



PECADOS
DEL
IMPERIO
O'ROURKE

LA SALVACIÓN DEL GUERRERO

ARIANA COOPER

LA SALVACIÓN DEL GUERRERO

ARIANA COOPER

Copyright © 2025 por Ariana Cooper

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

✿ Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Pecados del Imperio O'Rourke

[La Cautiva del Jefe](#) || [La Redención del Ejecutor](#) || [El Precio del Diabolo](#) || [La Salvación del Guerrero](#)

Relaciones Festivas de Medianoche

[Un Regalo Prohibido por Navidad](#) || [Una Ganga Navideña](#) || [Un bebé escandaloso para el multimillonario](#)

Arreglos ejecutivos

[La Falsa Prometida del Jefe Millonario](#) || [Una Segunda Oportunidad para el Papi](#) || [Una Noche con Mi Jefe Multimillonario](#)

Libros independientes

[Encuentros Picantes en la Oficina](#) || [Nunca Te Olvidaré](#)

ÍNDICE

Blurb

1. Evie
2. Lochlan
3. Evie
4. Lochlan
5. Evie
6. Lochlan
7. Evie
8. Lochlan
9. Evie
10. Lochlan
11. Evie
12. Lochlan
13. Evie
14. Lochlan
15. Evie
16. Lochlan
17. Evie
18. Lochlan
19. Evie
20. Lochlan
21. Evie
22. Lochlan
23. Evie
24. Lochlan
25. Evie
26. Lochlan
27. Evie
28. Lochlan
29. Evie
30. Lochlan
31. Evie
32. Epílogo

BLURB

Amarle estaba prohibido. ¿Llevar a su bebé? Imperdonable.

Me crié entre sombras, pero nunca se me permitió ver la oscuridad.

¿El mundo de poder y susurros de mi padre? *Prohibido.*

Hasta que el peligro les obligó a asignarme un protector—

**Lochlan O'Rourke. Ex-soldado. Psicológicamente
destrozado. Y devastadoramente prohibido.**

No debía enamorarme de él.

Pero su tacto encendió un fuego que nadie podía extinguir.

Su lealtad. Sus cicatrices. *Su beso.*

Se convirtió en mío... antes de que me diera cuenta del precio.

Entonces llegó el chantaje.

—Reúnete con nosotros. Traiciónalos. O mira arder a tu padre.

Elegí a la familia. Y alimenté al enemigo con secretos.

Ahora Loch cree que le engaño.

Y llevo a su bebé en mi vientre.

Mi madre quiere que me case con alguien limpio, alguien seguro.

Pero ya pertenezco a un hombre con *sangre en sus manos y guerra en sus ojos.*

Ahora exige la verdad que he enterrado durante semanas.

¿Cómo le digo a mi protector que está a punto de convertirse en padre...

...cuando quizás no me perdone por lo que he hecho?

Nota para el lector: Si te gusta el **romance mafioso prohibido** con un protector roto, embarazo secreto, traición y pasión con diferencia de edad, *La Salvación del Guerrero* es para ti.

Lee gratis con Kindle Unlimited.

EVIE

La voz de papá es tan fuerte que hace retumbar las paredes. Te juro que si fuera un tono más agudo, las ventanas se harían añicos. Miro a Jasper, que está sentado frente a mí masajeándose las sienes como si tuviera dolor de cabeza, y sé que no soy la única que está sintiendo los efectos de la ira de nuestro padre —y jefe—. Hoy todos en la oficina del sindicato están tensos. Es como si todos tuvieran el síndrome premenstrual o algo así, y eso que soy la única mujer aquí.

—Oye —susurro con dureza, captando la atención de Jasper.

Sus manos bajan lentamente y abre los ojos para lanzarme una mirada fulminante. —¿Qué? —Su siseo de respuesta es menos agradable de lo que esperaba.

—¿Qué demonios está pasando ahí dentro? —Señalando con la cabeza hacia el despacho de nuestro padre, echo un vistazo alrededor de la oficina. Todavía me estoy adaptando, y quizás esto ocurra con más frecuencia de lo que espero, pero tengo la sensación de que la mecha que arde tras esa puerta no es solo por una frustración pasajera. Papá suena como si fuera a asesinar a alguien, como aquella vez que Jasper prendió fuego al garaje por accidente y tuvimos que usar el extintor para apagarlo justo cuando llegaban los bomberos con sus mangueras. Nunca he visto su cara más roja.

—Ocúpate de tus asuntos, Evie —me gruñe Jasper justo cuando la puerta de la oficina se abre de golpe y entra carne fresca.

Me giro para ver a un hombre alto, de hombros anchos, pecho robusto, pelo recogido en un moño y ojos que me atraviesan mientras lo miro. Lochlan O'Rourke ha asomado la cara por aquí un par de veces, pero no es de ahí de donde lo conozco. Mi padre es amigo suyo, algo que no agrada mucho a mi madre. Ella misma lo ha dicho en más de una ocasión.

No sé qué pensar al respecto. En Dublín, el apellido O'Rourke es sinónimo de peligro, delincuencia y cosas oscuras de las que nadie habla por miedo a que su jefe persiga a los entrometidos en plena noche. Trago saliva, intentando no quedarme mirando, pero es difícil. Difícilmente pasa desapercibido. Con esos bíceps, los tatuajes que se asoman bajo las mangas, y la forma en que flexiona el músculo de la mandíbula, resaltando la fuerza de esos labios, me sorprende mordéndome los mios e imaginando su cara entre mis muslos.

—Loch —dice Jasper, poniéndose de pie y extendiendo la mano. El estruendo tras la puerta del despacho de nuestro padre continúa, aunque nadie puede distinguir lo que está diciendo.

Lochlan estrecha la mano de mi hermano e inclina la cabeza hacia la fuente del alboroto. —Está un poco tenso hoy, ¿no? —Se ríe, curvando los labios en una sonrisa que ilumina todo su rostro, y no puedo evitar babear. Cada vez que he visto a este hombre, me ha cautivado. Hace que mi corazón lata de forma extraña y que las palmas de mis manos suden. Es más de diez años mayor que yo y alguien a quien ni debería mirar dos veces, pero maldita sea si mis bragas no se empapan en el momento en que entra en la habitación.

—Evelyn —dice, asintiendo hacia mí, y me estremezco.

—Loch —respondo, sintiendo que mi garganta comienza a contraerse. Tengo que recordarme a mí misma que es un maldito delincuente, una mala influencia, alguien a quien mi madre odia y con quien mi padre no debería tener ninguna relación. Pero me está mirando con esos ojos azules y se me hace la boca agua.

—Debería calmarlo —dice Jasper, dirigiéndose hacia el despacho, pero los gritos ya han cesado, se han desvanecido mientras yo perdía la cabeza por un segundo.

Cuando la puerta del despacho de papá se abre, agacho la barbilla hacia el pecho y olvido los pensamientos ilícitos que corren por mi mente. Estoy aquí para aprender sobre sindicatos y negocios y poner en práctica el título que casi he terminado. Estoy a punto de acabar, solo me quedan algunas clases, y por fin mi padre ha aceptado que puedo ser útil aquí, para disgusto de mi madre. Ella cree que no es seguro, aunque no entiendo por qué. Vale, papá hace negocios con Lochlan O'Rourke. Eso no significa que él también sea un delincuente.

Sé que la familia O'Rourke dirige algunos negocios legítimos, y por lo que he entendido trabajando aquí estos últimos meses, están sindicados como muchos otros negocios en Dublín. No es ningún misterio por qué los empresarios acuden a mi padre, y conozco su corazón. Es un buen hombre, no un delincuente. La conexión es una coincidencia y nada más.

—Draco, monstruo —bromea Lochlan, dándole una palmada en la espalda a papá en un abrazo varonil, y luego se separa—. He venido en cuanto me has llamado.

—Ni un momento demasiado tarde —dice papá, apartándose. Luego se vuelve hacia el resto de la oficina: diez o más escritorios organizados en grupos que se miran entre sí. El mío está frente al de Jasper, pero un tercero en el extremo está vacío, reservado para el nuevo contable que aún no ha comenzado—. Todo el mundo, tengo noticias. —Papá se pasa una mano por la cara, y veo el estrés que pesa sobre él. Su espeso pelo negro está salpicado de canas plateadas, con líneas de preocupación grabadas en su frente y alrededor de los ojos. No duerme mucho, no hace nada más que trabajar últimamente... y beber. Él y Jasper beben mucho.

—Tenemos una pequeña situación en la línea de piquetes. Nuestros equipos de los muelles están en huelga, y nos hemos encontrado con manifestantes que no están muy contentos al respecto. Jasper y yo tenemos que manejar algunas situaciones, lo que significa que podríamos estar en la línea hasta que termine la huelga —suspira y apoya ambas manos en sus caderas mientras fija sus ojos en mí—. Evelyn, dejo al señor O'Rourke al mando, así que le reportarás a él. Pero también necesito que lo pongas al día. Es

nuevo en todo esto, pero confío en él con mi vida. Irá aprendiendo sobre la marcha, y cuento contigo para mostrarle todo lo que sabes. Lo que no sepas, Jasper puede complementarlo por teléfono.

Con mi curiosidad despertada, me levanto lentamente de mi asiento y aliso mis manos por la parte delantera de mis pantalones grises. —Da, yo también soy nueva aquí. Quiero decir... —trago saliva al ver que Lochlan me mira fijamente—. Tiene que haber alguien aquí que sepa más que yo.

—No alguien en quien confíe con todo —los ojos de Da me clavan a mi escritorio, y mi mano revolotea hacia la cruz alrededor de mi cuello—. Ahora, esto podría llevar unos días, tal vez unas semanas. Si tienes preguntas, puedes llamarme a mí o a Jasper. Todo lo demás recaerá sobre los hombros de Lochlan —sus ojos recorren a la media docena de otros empleados en la sala y luego se posan en Jasper—. Adelántate. Tengo algunas cosas que terminar —le dice a Jasper.

Da asiente a Lochlan antes de gruñir. —Volveré en unos minutos y te daré el recorrido, Loch. Ponte cómodo.

Me muerdo el labio inferior mientras veo a Da y Jasper salir de la oficina y me quedo allí boquiabierta mirando a Lochlan, que parece tan perdido como yo me siento. Los demás se encogen de hombros y vuelven a concentrarse en su trabajo, y siento calor acumulándose en mi vientre, uniéndose al remolino de ansiedad al darme cuenta de que realmente lo dice en serio. Voy a tener que mostrarle a Lochlan qué hacer y ni siquiera estoy segura de lo que eso significa completamente, pero es mi oportunidad para demostrar a mi padre que soy capaz. Mi título de empresariales —casi a mi alcance— se supone que me ayudará con eso, y no voy a echarme atrás ante un desafío.

—Evelyn, voy a...

—Evie —suelto de golpe, metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Me gusta que me llamen Evie. Lo siento —haciendo una mueca por mi propia estupidez, aparto la mirada para evitar el contacto visual. Mis mejillas arden como el sol y sonrío. Debe pensar que soy una idiota. Veintiún años y me estoy comportando como

una jodida niña con un crush. No sé ni cómo actuar cerca de él. Es tan jodidamente guapo.

—Evie —dice suavemente. Su voz es baja, así que soy la única que puede oírlo. Los otros al otro lado de la habitación están ocupados tecleando en sus ordenadores—. Voy a instalarme y hacer algunas llamadas, pero puedes entrar en unos —mira su reloj— ¿quince minutos? —Sus cejas se elevan, y un solo hoyuelo aparece cuando sonrío suavemente—. ¿Me pones al día?

No confío en mí misma para hablar sin hacer el ridículo, así que asiento y me rizo más pelo detrás de la oreja, dándome cuenta de que todavía estoy pellizcando mi collar de cruz entre el pulgar y el índice.

Lochlan me sonrío como si entendiera lo nerviosa que estoy, dando dos pasos hacia atrás antes de girarse y caminar a través de la puerta abierta de la oficina de Da. Lanza una mirada por encima del hombro, y juro que me guiña un ojo, pero estoy demasiado nerviosa para concentrarme ahora.

Mis manos tiemblan mientras vuelvo a iniciar sesión en mi ordenador, desbloqueándolo y apagando el protector de pantalla. Si tener un maldito flechazo por él no fuera ya bastante malo, mi padre tiene que traerlo a esta oficina para supervisar mi trabajo. Las visitas a nuestra casa una o dos veces al mes ya son bastante malas. Acabo con sueños sobre un tórrido romance o fantasías sobre él que me hacen querer tocarme, ¿y ahora tengo que trabajar con él cara a cara durante unos días o semanas?

Sonrío mientras abro mi cliente de correo electrónico y espero a que cargue para al menos intentar distraerme del torrente de endorfinas que recorren mi cuerpo. Disfruto la sensación de estar tan excitada, pero sé que me va a distraer y probablemente me meterá en problemas. Tendré que luchar contra la nube de lujuria por un tiempo, pero tal vez al hacerlo, me demostraré a mí misma que soy capaz de más de lo que mi madre piensa.

Mis ojos escrutan la pantalla mientras leo los asuntos y remitentes de al menos treinta correos electrónicos que tengo que revisar desde la hora del almuerzo. Uno, en particular, llama mi atención, ya que no tiene nombre para el remitente, solo una serie

de números y letras en un servidor de dominio genérico. Dice "*Abrir inmediatamente*" en la línea de asunto, así que selecciono ese y lo leo.

Srta. Evelyn O'Leary,

Lamento informarle que sus actividades ilegales no pueden seguir pasando desapercibidas. Debe rendir cuentas de todo el mal que ha hecho a través de este sindicato, y voy a ocuparme de que lo haga. Me pondré en contacto con usted, pero queda advertida, si no responde o si intenta involucrar a autoridades externas, las pruebas que poseo saldrán a la luz, y todo el sindicato será desmantelado. Por favor, comprenda que no hay otra manera, aunque lamento profundamente que esto tenga que suceder.

Estaré en contacto.

...

Miro la pantalla con la mente en blanco, preguntándome de qué se trata esto. Compruebo el remitente de nuevo, luego la firma —sin nombre. La dirección IP ni siquiera está rastreada. Ha sido enrutada a través de la web oscura o algo así, y me hace preguntarme qué demonios está pasando realmente. Primero, el ataque de gritos de Da, luego Lochlan O'Rourke en la oficina, ¿y ahora esto?

Miro hacia la puerta de la oficina pensando que tal vez debería decírselo a Lochlan, pero él no es realmente mi jefe. Da lo es. Y si estoy a cargo de mostrarle lo que sé, significa que él sabe menos que yo. Aun así, después de ver a Da tan alterado, no estoy segura de querer preocuparlo si no es nada. Algunas personas les gusta gastar bromas a otros, y tal vez eso es todo lo que es. Por ahora, simplemente lo guardaré y espero que no llegue a nada. Si lo hace, lo tendré guardado en mis archivos.

—¡Evie! —oigo a Lochlan bramar, y me tenso.

Ahora, si puedo mantener mi libido bajo control mientras este bombón está en la oficina trabajando codo con codo conmigo, estaré bien. Solo que no prometo que no vaya a casa y me masturbe cuando termine este día.

LOCHLAN

Sentado detrás del enorme escritorio de Draco con sus responsabilidades pesando sobre mis hombros no es precisamente mi idea de una misión, pero después de perder los estribos demasiadas veces en trabajos anteriores, mi hermano, el jefe, cree que necesito dar un paso atrás. Miro con desdén el desorden de archivos sobre el escritorio y me masajeo el puente de la nariz. ¿Quién habría pensado que sería yo el que estaría en el banquillo? Soy el único profesionalmente entrenado para hacer los trabajos que Ronan necesita.

—¡Evie! —grito y me recuesto en la silla con un suspiro. Lo primero que voy a preguntar es quién coño es el responsable de limpiar este desastre, porque un hombre en la posición de Draco no debería estar empujando papeleo como este. Debería tener gente para eso. Y yo debería estar ahí fuera en la calle, donde los chicos O'Leary se dirigen para hacer la verdadera lucha, no atrapado detrás de su escritorio cubriéndole las espaldas.

La puerta se abre, pero en lugar de ser Evie como esperaba, es el propio Draco, la nueva mano derecha de Ronan, un reemplazo después de que su último hombre fuera acribillado a sangre fría hace unos meses. Me paso la mano por la cara para ocultar la frustración que he dejado aflorar en mi expresión y me levanto.

—¿Listo? —pregunta, y asiento mientras me pongo de pie.

—No puede ser tan difícil, ¿verdad? En realidad no estoy tomando decisiones, solo siendo una cara visible en esta oficina para asegurarme de que todos hagan su trabajo. —Miro alrededor de la pequeña oficina sintiéndome muy fuera de lugar. Los paneles de madera con tablones de anuncios llenos de notas y folletos hacen que este lugar parezca sacado directamente de los noventa. Es como si Draco dirigiera un sistema anticuado incluso con toda la última tecnología a su alcance.

—Bien, vamos entonces. —Me hace un gesto para que le siga, y rodeo el escritorio. Fingir que estoy bien ocupando un puesto de oficina es más difícil de lo que pensaba. Mis días de cazar criminales en Afganistán quedaron atrás hace mucho tiempo, e incluso como ejecutor aquí en Dublín desde que regresé a casa, he estado al acecho, rechazando a los enemigos de mi familia y manteniendo nuestro territorio a salvo. Hasta ahora.

—Recorreremos primero las oficinas y luego el almacén, para que puedas hacerte una idea de todo. —Draco habla mientras camina, atravesando el espacio principal de la oficina donde las cabezas están agachadas o mirando sus ordenadores. Estoy a cargo de menos de una docena de personas aquí, pero también de más de setecientos empleados y miembros del sindicato en toda la ciudad. Aunque no conozco los entresijos del funcionamiento de los sindicatos, ese no es realmente el motivo por el que estoy aquí.

Evelyn, la única hija de Draco, se encargará de la mayor parte del trabajo legítimo que se realiza. Ella sabe lo que ocurre y puede manejarlo. Para lo que estoy aquí es para mantener el resto de la operación funcionando sin problemas, motivo por el cual estoy haciendo esta pequeña visita guiada.

—Por supuesto, ya conoces a la pandilla de aquí —dice Draco, deteniéndose cerca de la puerta que conduce a la oficina exterior y los ascensores que bajan al almacén—. Tenemos catorce empleados más, oficinas de reclutamiento abajo y otras tres oficinas por toda la ciudad para gestionar asuntos de los miembros. —Hace un gesto hacia Evelyn, quien está tímidamente de pie junto a su escritorio, probablemente atendiendo a mi llamada.

—Volveré enseguida, y entonces podrás ayudarme a revisar los archivos de mi escritorio. —Mis ojos se encuentran con los suyos mientras hablo, y todavía percibo los indicios de atracción en su mirada. Está ahí cada vez que nos encontramos, pero no me sorprende. No hay mujer viva que no me mire, excepto las que están fuera de límites de todos modos. Pero Evie es la hija de mi buen amigo, y la he visto crecer durante los últimos cinco años más o menos desde que regresé. Es tentador, pero probablemente una mala idea.

Volteándome, sigo a Draco a través de la oficina exterior donde menciona un montón de nombres que olvido antes incluso de que pulse el botón del ascensor. Me explica atropelladamente las diferentes funciones del sindicato y lo que hace cada uno de sus empleados para mantener la organización funcionando sin problemas: recaudaciones de fondos, educación para que los trabajadores avancen en sus carreras, publicidad y marketing, y defensa legal, que es el departamento que ve toda la acción real.

Luego me conduce hasta el almacén donde se realiza el trabajo menos conocido. La enorme sala abierta está oscura, así que enciende el interruptor de la luz y entra. Siguiéndole, apoyo las manos en mis caderas y dejo que mis ojos examinen las cajas, algunas con tapas clavadas en su sitio, otras aún abiertas, esperando ser llenadas y transportadas.

—Recibiremos un envío más tarde esta tarde, pero por supuesto el equipo piensa que son todos portátiles para seguridad gubernamental... —Draco se dirige hacia una de las cajas que tiene la tapa torcida, aún no llena de mercancía. Empuja la pesada madera hacia un lado y se inclina, sacando uno de los pesados maletines gris acero por su asa, y lo coloca sobre la tapa—. Seguro que no tengo que decirte que debes estar presente cuando se estén cargando. No están cerrados, por lo que cualquiera podría abrirlos.

Sus pulgares presionan los botones del frente al mismo tiempo y el maletín se abre con un clic, la tapa levantándose unos centímetros. Luego mira por encima de su hombro hacia la puerta abierta, y cuando está seguro de que no hay moros en la costa, levanta la tapa para mostrarme lo que realmente está pasando.

—Cuatrocientos de estos llegarán desde Alberta más tarde esta mañana. Serán entregados en el muelle nueve y traídos aquí en sus propias cajas. Hay que sacarlos, reemplazar las etiquetas y luego transferirlos a estas cajas para su envío a Glasgow esta noche. —Draco entorna los ojos hacia mí mientras examino el arma en el contenedor, encajada en espuma negra para protección durante el transporte.

Las Glocks robadas probablemente se originaron en algún lugar de Estados Unidos y fueron sustraídas en ruta hacia su destino previsto. Así es como trabaja O'Leary, por eso Ronan se asocia con él. No importa lo que nuestros clientes necesiten, él lo encuentra y nos lo proporciona. Nosotros nos llevamos nuestra parte, él se encarga del envío, y todos ganan un dinero. Mientras tanto, tenemos clientes satisfechos y nadie se entera de nada. Los trabajadores sindicales creen que están prestando un servicio al sindicato con los portátiles que se envían para causas gubernamentales y militares.

—Entendido —le digo, cerrando el maletín de golpe. Hace clic al encajar, y levanto la mirada hacia él—. Entonces, ¿los hombres que trabajan en este almacén no están al tanto? —pregunto con cautela.

—Evie tampoco, así que tienes que mantenerla ocupada o enviarla a casa antes de que llegue el cargamento —Draco coge el maletín por el asa y lo coloca suavemente en la caja, luego reajusta la tapa. Le ayudo a posicionarlo. Es pesado, pero no demasiado para levantarlo entre dos.

—¿Y supongo que estos registros están ocultos de alguna manera? —Levanto las cejas mientras me sacudo el serrín de las palmas, y él frunce los labios.

—¿Por qué crees que tengo tanta mierda en mi escritorio? —Negando con la cabeza, se frota la cara con la mano—. Voy a ser sincero contigo, Loch. La situación en el piquete se está poniendo tensa. Les están dando duro ahí fuera. Estamos intentando mantener a nuestros hombres al frente para que cuando Doyle intervenga, sean nuestros hombres quienes se lleven la peor parte, pero algunos trabajadores leales que no forman parte de este juego han resultado bastante mal heridos.

Mi ira se enciende y aprieto los puños. Debería estar en primera línea fingiendo ser un trabajador en huelga, como mis hermanos que están allí para defender nuestro territorio. En cambio, Ro me ha sacado del juego y estoy haciendo de niñera del negocio de tráfico de armas de Draco y de su niña.

—Bueno, no tengo miedo de pelear —le digo, pero sé que nunca pasará por encima de Ro para ponerme allí. Necesita a alguien que se asegure de que los envíos salgan a tiempo, y he perdido la confianza de Ro después de mi último error. Perdí los estribos demasiadas veces y me costó caro.

—¿Sabes por qué puedes luchar? —me pregunta Draco, presionando su mano en mi hombro—. Lucha por mantenernos en el calendario. Es más difícil de lo que piensas. Y asegúrate de que Evie no husmee por aquí —Me da una palmada en el brazo y se dirige hacia la salida trasera.

Con el ceño fruncido, regreso al pasillo donde apago la luz y cierro la puerta. Sé que esto es una lección de autocontrol, pero creo que Ronan se equivoca al mantenerme encerrado. ¿A quién coño le importa si le partí la cabeza a uno de los Doyle por mirarme mal? Se lo merecía.

Yo, por otro lado, no merezco estar apartado, pero aquí estoy.

De vuelta en mi oficina, que se siente raro llamarla así, paso por el escritorio de Evelyn. Está concentrada respondiendo correos electrónicos de los miembros cuando le toco el hombro y le hago un gesto con el dedo. Me mira mientras la llamo a la oficina del fondo donde tengo una montaña de papeleo, que aparentemente es toda la información que necesito para organizarme. Tiene sentido que Draco lo mantenga fuera de sus servidores, pero qué manera tan mierda de hacer las cosas hoy en día. ¿Nunca ha oído hablar de ciberseguridad y cortafuegos?

—¿Sí, señor? —Evelyn se queda en la puerta de la oficina retorciéndose las manos, mordiéndose el labio cuando me doy la vuelta.

—¿Qué tipo de cosas manejas por aquí? —Me siento y hojeo algunos de los archivos. Hay nombres que reconozco y otros que no. Ella me observa mientras responde.

—Yo, eh... —Se aclara la garganta y continúa—. Ayudo a papá a coordinar nuevos miembros, hago seguimiento con los actuales. Me encargo de las quejas y las envío al departamento correcto, principalmente legal. Y yo...

—¿Los envíos? —pregunto, interrumpiéndola. Draco piensa que ella no sabe nada, y probablemente así sea, pero en un lugar tan pequeño, la información se filtra. Necesito saber cuán ignorante es realmente sobre este negocio de contrabando de armas. Estoy seguro de que también está falsificando libros contables, probablemente blanqueando dinero, tal vez algo de contrabando de drogas. Me adentraré más en esto mientras reviso estos archivos, seguro.

—Aceptamos donaciones para nuestra ala educativa de vez en cuando, y nuestros miembros en los muelles también ayudan a rastrear y monitorizar envíos. Hay cuatro empresas de transporte con las que contratamos, así que nosotros...

—Me refiero a los envíos de tu padre —pregunto directamente. Entrecierro los ojos mirándola, y ella me mira con el ceño fruncido.

—Mire, señor O'Rourke, no soy estúpida. Sé quién es usted y a qué se dedican usted y su familia. Si está insinuando que mi padre dirige algún tipo de negocio turbio desde su sindicato, está equivocado —Resopla y cruza los brazos bajo los pechos, haciendo que se levanten ligeramente. Está mona cuando está enfadada, y me gusta cómo su escote se asoma por esa blusa color crema que lleva.

Ahora la atracción que normalmente hay en sus ojos de gacela cuando me mira está enmascarada por una actitud defensiva. Es ingenua. Le doy crédito por eso. Y es leal. Es típico de Draco criar una familia leal a él, incluso si ignoran a quién están defendiendo. Es una buena cualidad.

—No estoy insinuando nada —Mi mano descansa sobre la evidencia que le mostraría exactamente quién es su padre, pero tengo órdenes estrictas de mantener su pequeña mente inocente libre de preocupaciones—. Estoy preguntando qué envía —Pero ahora que sé que realmente es tan ignorante sobre su verdadero trabajo como él dice, sé dónde estoy parado—. ¿Cuándo salen sus

envíos? ¿El calendario? —Levanto las cejas y ella palidece avergonzada.

—Dios mío, lo siento mucho —se apresura, luego camina hacia el escritorio para inclinarse sobre mi hombro. Su mano alcanza el ratón, y apoya sus pechos en mi hombro. Huele bien, como a flores o algo así. Me hace desear que me mirara como lo hace normalmente—. Aquí... —Sus clics en el ratón hacen aparecer una lista de envíos y se endereza. La forma en que se aparta el pelo de la cara de manera nerviosa llama mi atención.

Sonríe nerviosamente y luego asiente—. Si necesita algo más, estaré en mi escritorio —Evie retrocede, nuevamente nerviosa, probablemente sintiendo la carga de química entre nosotros que yo siento.

Así que tal vez estar atado a un escritorio no esté tan mal. Al menos hay algo agradable a la vista, y puedo ver de cerca la mercancía que Draco envía para nuestra familia. La observo mientras sale, pensando que será mucho más fácil tolerar esta tarea de supervisar el trabajo de Draco y mantener a su hija al margen. Especialmente si se pone así de nerviosa cada vez que entra en esta oficina.

EVIE

Lanzo el dardo, y vuela de mi mano atravesando la habitación hasta la diana donde se clava muy a la derecha del centro. Jasper aplaude ruidosamente y se ríe, casi doblándose y tambaleándose. Ha bebido una copa de más esta noche, pero yo no voy muy por detrás. Frunzo el ceño juguetonamente y cojo mi cerveza, dando un trago.

—Si vas a tener agallas para exigir vivir aquí fuera, al menos deberías tener la decencia de practicar los dardos para poder ganarme —se endereza y coge su último dardo. Entrecierra un ojo mientras lo levanta y bombea el brazo unas cuantas veces antes de lanzarlo hacia la diana. Se clava justo en el centro junto a sus otros dardos. Mientras tanto, tres de los míos están en el anillo exterior y uno se ha clavado directamente en la pared debajo de la diana.

—Cállate —gruño, empujándole con fuerza mientras doy el último trago a mi cerveza—. Tiene sentido. Tú nunca estás en casa de todas formas. ¿Por qué te darían este sitio para vivir cuando pasas la mayor parte del tiempo en la carretera? —El antiguo apartamento anexo en la parte trasera de la propiedad de mis padres estuvo vacío durante años, y cuando cumplí veintiún años el otoño pasado, pregunté si podía alquilarlo.

—Papá solo te deja quedarte aquí para tenerte cerca y poder vigilarte —explica Jasper mientras se acerca para arrancar los dardos de la diana y la pared. Soy muy consciente de los motivos ocultos de

mi padre y no me importa. Tengo mi propio sitio donde puedo ser independiente lejos de sus intromisiones, y él puede seguir sintiéndose con el control sobre mí.

—Así que tienes que traer mujeres a casa de mamá y papá —le guiño un ojo y me dirijo hacia la nevera.

Esto no era más que nuestra sala de juegos hasta que insistí en que quería alquilarla. Ahora el amplio estudio es mi apartamento, con acceso a la piscina y la casa de duchas. Puedo entrar y salir a mi antojo con poca interferencia de mis padres pero con la seguridad de saber que, si algo ocurre, están justo aquí. No estoy segura de si realmente me gustaría vivir sola lejos de aquí, pero esto está bien.

Cuando regreso de la nevera con dos cervezas, lista para jugar la siguiente ronda, Jasper deja los dardos y aparta la cerveza. —No, gracias —canturrea mientras se pasa una mano por el pelo—. Tengo una cita.

—Ah, ¿así que realmente vas a traer a una chica a casa de mamá y papá? —Me río mientras dejo su cerveza a un lado y abro la mía.

—Qué va, es algo del trabajo. Tengo que hacer un seguimiento de uno de los miembros heridos —Jasper está demasiado dedicado al trabajo, siempre haciendo recados fuera de horario. Es un rasgo noble, pero creo que lo hace solo para enorgullecer a papá, y está perdiendo el tiempo. Papá ya está orgulloso de los dos, y Jasper no tiene que esforzarse tanto.

—Oye, hablando del trabajo —digo, dando un sorbo a mi cerveza, probablemente la última de la noche si él se marcha tan temprano—. Recibí un correo electrónico extraño. No le dije nada a papá porque está tan disgustado por las huelgas y por cómo la gente sigue agrediendo a los miembros del sindicato en la línea de piquetes... —Me muerdo el labio inferior mientras él niega con la cabeza.

—Usaron jodido napalm, Evie. Esa mierda se pega a cualquier cosa que toca y quema. Este tío está en la unidad de quemados, suplicando que le corten la pierna para aliviar el dolor. ¿Te lo puedes imaginar? —Veo la rabia en los ojos de Jasper y puedo imaginármelo.

No tengo ni idea de por qué algunas personas están tan enfadadas. Esos trabajadores portuarios solo quieren un salario justo y más días de baja por enfermedad. Están en huelga por una buena razón y parece que los hombres cuyos envíos ya no salen con tanta rapidez están tan enfadados que están dispuestos a matar a los trabajadores en huelga. Me da asco. Nada es tan importante como para ponerse violento por ello.

—Lo he oído. Sé que papá está bastante disgustado por eso, así que nunca dije nada —Me siento culpable incluso por mencionárselo a Jasper, pero no estoy segura de cómo manejar el extraño correo electrónico que recibí. Si se lo digo a Lochlan, solo se le subirá a la cabeza pensando que tiene razón, y mi padre es como él. Además, no es que realmente esté dirigiendo el cotarro. Solo está ocupando un escritorio durante unos días o una semana hasta que termine esta huelga y papá pueda centrarse en el negocio de nuevo.

—¿Qué decía? —pregunta, mirando de reojo la cerveza que le traje. Acabará llevándosela a su reunión, estoy segura.

—Solo alguien diciendo que el sindicato ha hecho cosas malvadas e ilegales, que tienen pruebas y que traerán un ajuste de cuentas... —He exprimido mi cerebro de mil maneras distintas intentando averiguar qué tipo de cosas ilegales podría haber hecho alguien. Lo más que puedo suponer es que son más propietarios de fábricas enfadados cuyos envíos no salen a tiempo y quieren asustarnos para que cedamos.

Personalmente estoy de parte de los miembros. Se merecen un mejor salario y más bajas por enfermedad. Nadie debería tener que trabajar por cuatro duros y nunca tener tiempo libre.

—No te preocupes por eso —Jasper hace un gesto despectivo con la mano y arruga la cara mientras alcanza la cerveza sin abrir—. La gente hace esa mierda todo el tiempo. Eres nueva, así que no has estado por aquí el tiempo suficiente para verlo. Si recibes otro correo, simplemente bórralo —El chasquido de la cerveza al abrirse le hace sonreír—. Me voy a largar. Practica. Eres realmente horrible.

Le empujo de nuevo y me río mientras él se dirige rápidamente hacia la puerta, tambaleándose unos pasos hacia un lado. No

debería conducir, pero es mayor que yo y terco. Hará lo que le plazca sin importar lo que yo diga, de todos modos.

Me aparto de la puerta y de los dardos con la cerveza en la mano y veo la pila de libros a los pies de mi cama llamándome. Tengo muchísimos deberes y solo me quedan unas pocas clases para terminar mi carrera. Graduarme en unos meses significa tener por fin ese maldito certificado que diga que estoy capacitada para hacer el trabajo que ya estoy haciendo. Quizás Da me dé un aumento o un ascenso. No estoy segura, pero sé que significa que puedo trabajar donde quiera a partir de ese momento.

Seguiré trabajando para Da, sin embargo, porque *la familia es lo primero*. Es lo que dice Mum. "La familia es lo primero". Como si, por el simple hecho de nacer en una familia, significara que ellos van primero, lealtad hacia ellos, fidelidad...

Gruñendo, me derrumbo en la cama y dejo mi cerveza en la mesita de noche, cogiendo mi libro de texto de *Filosofía de los Negocios* de la pila y abriéndolo. Pero me salva la campana, o en realidad el tono de llamada. Kelly, mi mejor amiga desde octavo curso, me envía un mensaje con una invitación que suena más como una exigencia.

Kelly 20:47: Encuéntrame en The Underground. Necesito bailar...

Una serie de emojis sigue a su mensaje, y sonrío a mi teléfono. No puedo conducir, definitivamente estoy demasiado borracha para eso, pero puedo pedir un Uber, y así me libero de los aburridos deberes. Así que cierro el libro de golpe y me dirijo a mi armario para elegir el vestido más pequeño que tengo.

Treinta minutos después, estoy tirando del dobladillo de mi ajustado minivestido negro y mis tacones repiquetean en la acera mientras me pavoneo pasando la fila de sedientos aspirantes a la discoteca. Ni una sola vez he tenido que pagar entrada o esperar en la cola. Mis curvas y el hecho de que todo el mundo en esta ciudad conoce el nombre de mi padre me permiten entrar donde quiera.

—Señorita O'Leary —dice el portero con una sonrisa—. Adelante. —Desabrocha la cuerda de terciopelo y me hace un gesto con la cabeza mientras paso junto a un grupo de mujeres de aspecto frustrado que son las siguientes en la fila.

—Gracias, Fridge —le digo, dándole una palmadita en su grueso bíceps.

Este es nuestro lugar habitual, y estoy deseando encontrar a Kelly y tomar otra copa. La música pulsa tan fuerte que no puedo oír mis propios pensamientos. Veo a Kelly en la barra deslizándose algo de dinero por la superficie lisa encerada mientras se inclina sobre dos bebidas rosadas afrutadas. Me ve y sonrío, gesticulando salvajemente para que me una a ella.

Sus salvajes rizos rojos han sido domados en una trenza, y toma uno de los vasos y comienza a sorber mientras yo vuelvo a tirar del dobladillo del minivestido para colocarlo en su sitio nuevamente.

—¿Alguna acción ya? —grito por encima del estruendo del ritmo.

—Acabo de llegar —responde, casi atragantándose con su bebida. Se ríe y me empuja la mía, y la cojo y me la bebo en tres grandes tragos. No quiero quedarme hablando junto a esta barra. Quiero bailar, y quiero encontrar a un bombón que me ayude a liberar parte de esta energía sexual reprimida que he estado acumulando durante dos días teniendo que babear por Lochlan O'Rourke sin alivio.

—¡Vamos entonces! —le digo, agarrándola por la muñeca. Ella deja su bebida apresuradamente y coloca el vaso vacío en la barra, y ya estamos rebotando al ritmo antes de llegar a la pista de baile.

La multitud es espesa. Hombres y mujeres nos rodean mientras nos agitamos al ritmo de la música. Como de costumbre, Kelly es coqueta y un poco seductora. Se contonea un poco contra mí mientras hace ojitos a algunos hombres. A ellos les gusta verla hacer eso. Y con el humor en el que estoy esta noche, si me rogaran por un trío, podría aceptarlo.

Pasan dos canciones y comienza una tercera, y empiezo a tener sed de nuevo. Pero un guapo hombre rubio con las manos en el aire y la camisa abierta por delante baila hacia nosotras. Está bueno, quizás tiene veinticinco años. Sus ojos se fijan en los míos, y todo lo que veo son los abdominales marcados que está exhibiendo.

Apartando a Kelly, toma su lugar y baila demasiado cerca para mi comodidad. Es guapo, pero no como Lochlan. Aun así, no me

importa un arreglo rápido para mi problema, y si él está dispuesto, quizás yo también.

El tatuaje de calavera y huesos cruzados en su pectoral derecho también es bastante sexy, del tipo que imagino que Lochlan podría tener. Hombres como él siempre tienen tatuajes y cicatrices. Es un chico malo, probablemente acostumbrado a disparar a la gente o a golpearlos hasta la muerte. Y aunque no sé cómo es sin camisa, puedo imaginar que es muy parecido a este sexy hombre frente a mí. No puedo luchar contra la tentación de extender la mano y tocar su cuerpo sudoroso, y él no se aparta.

—¿Quieres ir a un lugar más tranquilo? —pregunta, gritándome al oído. Me hace vibrar hasta la médula. Miro a Kelly, que ha encontrado su propio hombre guapo para acurrucarse con él en la pista de baile.

Este, cuyo nombre ni siquiera conozco todavía, tiene mis piernas abiertas, su rodilla entre mis muslos mientras su pelvis empuja arriba y abajo por mi pierna al ritmo de la música.

Realmente no quiero dejar el club, pero no soy una chica de sexo en público. Miro alrededor buscando una solución, pero mi cerebro ligeramente borracho no ve ninguna. No voy a subirme a un coche con él, y no va a seguirme a casa, así que no estoy segura de cómo hacer que este dolor entre mis piernas desaparezca a menos que vaya a masturbarme en este club oscuro con cuerpos girando a nuestro alrededor.

La comprensión de que o bien voy a follar con él aquí en público o voy a tener que rechazar su oferta comienza a penetrar. Su mano agarra mi cadera, y puedo sentir su polla hinchada a través de sus vaqueros frotando mi pierna.

—Yo, eh... —empiezo a decir, probablemente demasiado bajito para que me oiga, y entonces como un gran depredador que aplasta los árboles que se doblan o rompen ante él, Lochlan O'Rourke aparece de la nada. Los cuerpos son empujados a un lado, y agarra al hombre frente a mí por el cuello y lo empuja con fuerza.

Jadeo, retrocediendo, mientras se abre un hueco en medio de la multitud. El hombre tropieza de rodillas y luego se pone de pie de nuevo. Parece furioso, como si fuera a atacar a Lochlan, pero

cuando sus ojos se elevan para encontrarse con la cara de Loch, palidece y sacude la cabeza.

—Lo siento, tío... —grita—. No lo sabía.

El rubio retrocede, con las manos levantadas en defensa, y yo me burlo y frunzo el ceño a mi no deseado protector.

—¿Para qué demonios fue eso? —Antes de que mis palabras se formen completamente, Lochlan me agarra por el bíceps y comienza a arrastrarme hacia la salida. Miro por encima de mi hombro, haciendo una mueca mientras la pura fuerza de su movimiento me catapulta lejos de Kelly. Ella está perdida en la bebida y el baile, y me encuentro siendo manoseada fuera del club y hacia un callejón.

—¿Qué demonios? —Aparto mi brazo de Lochlan cuando la puerta se cierra y la música queda casi silenciada. Puedo oír el golpe del bajo y un zumbido en mis oídos. Su pecho se agita y parece furioso.

—¿Siquiera sabes quién era ese? —Lochlan planta sus manos en sus caderas mientras me mira como si fuera mi jodido padre.

—¿Qué importa? No es como si me fuera a casar con él. —Tiro del vestido otra vez, muy consciente de lo alto que se estaba subiendo el dobladillo. Mis dedos rozan mis bragas húmedas, empapadas de excitación, y por una fracción de segundo no veo a Lochlan como el problema sino como mi solución. Pero aquí, en el callejón, después de que básicamente me agrediera, no es la forma en que quiero que eso suceda.

—Es un puto asesino de mierda, eso es lo que es. Acaba de salir de prisión, ¿o no viste el tatuaje en su pecho?

La vergüenza se apodera de mí y siento que mis mejillas empiezan a arder. Trago saliva con dificultad, pensando que a pesar de mi aversión a que los hombres me traten como su muñequita a la que tienen que proteger, estoy agradecida de que lo haya impedido. Nunca se sabe quién podría recogerte en una pista de baile.

—¿Qué coño haces tú aquí? —siseo, tratando de enmascarar mi alivio con fingida ira. Dios, está buenísimo y estoy borracha y le deseo.

—Soy el dueño del local, y si sabes lo que te conviene, no volverás. Evelyn, esto...

—Te he dicho que me llames Evie —replico, girándome para alejarme por el callejón. Quiero volver dentro y me da igual si a él no le gusta.

Loch me alcanza, agarrándome del codo otra vez. —¿Adónde vas?

—Vuelvo dentro. —Intento liberarme de nuevo, pero es demasiado fuerte. Tropiezo y casi me caigo, y él me sujeta contra su cuerpo mientras mi cabeza da vueltas. Mis tetas están aplastadas contra sus costillas, una casi medio fuera. Si mirara hacia abajo, vería mi pezón expuesto.

—Voy a pedirte un taxi y te vas a casa. Tu padre te mataría. —Mira su móvil con enfado, y yo pongo mi mano en su pecho. Su corazón late violentamente contra sus costillas. Dejo que mis ojos se cierren y me pregunto cómo se sentiría entre mis muslos.

—Bueno, no quiero ir a casa —digo, pero mis protestas se están debilitando. Estoy cansada y borracha. No debería haber bebido tantas cervezas con Jasper.

—Pues vas a casa. Un antro de la mafia no es un buen sitio para ti, Evie. —La voz de Lochlan se suaviza y en lugar de oír a un hombre enfadado conmigo, oigo preocupación. Luego oigo—: Jasp... Evie está en el Underground. Ven a buscarla. Está como una cuba y estaba a punto de acostarse con Hacksaw... Sí... No, estoy con ella. No va a volver dentro.

Mis ojos están pesados, mi cuerpo se siente blando mientras apoyo la cabeza en su pecho. —Loch, eres un cretino —arrullo, aspirando profundamente su colonia. Huele bien, varonil e intoxicante. Ojalá no estuviera tan borracha porque probablemente intentaría besarle.

—Lo sé, Evie... Lo sé.

Lo siguiente que sé es que Jasper está aquí y Lochlan me está tumbando en su asiento trasero. No quiero irme a casa a tener sueños húmedos, pero al menos serán sobre los gruesos bíceps de Lochlan O'Rourke mientras me rodea con sus brazos. Y con suerte, no me despertaré con una resaca terrible.

LOCHLAN

Cuando Jasper se marcha con Evelyn casi inconsciente en el asiento trasero, me escabullo de nuevo al club y regreso a la barra. La vi entrar contoneándose, ya bastante borracha y vestida como una fulana. Draco me mataría si supiera que la dejé pavonearse por la pista de baile así, restregándose contra su amiga y luego contra ese capullo que se la habría llevado a casa para hacerle cosas innombrables. Cuando me pidió que la mantuviera a salvo, me lo tomé como algo personal.

Malhumorado, me desplomo en un asiento y asiento con la cabeza a Siphon, que sirve bebidas. Levanta ligeramente la barbilla hacia mí, haciéndome saber que ya viene con mi Tennessee Fire, y cruzo los brazos, apoyándome en la barra con los codos plantados. La música sigue retumbando, pero la han bajado un poco desde que monté el numerito regañando a ese imbécil. Debería haber sabido que no se juega en mi club, y especialmente con la hija de Draco. No es como si la gente aquí no supiera cómo funcionan las cosas.

—¿Cascarrabias esta noche, eh? —Connor se hunde en el taburete junto a mí, de cara a la pista de baile mientras lanzo una mirada a Siphon esperando que tenga mi bebida lista. Ya me he tomado unas cuantas, pero no las suficientes para calmar mi mal humor. Esta semana no ha sido la mejor, y aún no he encontrado la manera de tranquilizarme.

—¿Acaso no me conoces? —gruño, pensando en ese pervertido poniendo sus manos en las caderas de Evie, restregándose contra su muslo como si fuera de su propiedad. Cosas como esta me irritan muchísimo y ni siquiera puedo explicar por qué, aunque la mujer de Ro, Maeve, me soltaría alguna psicología barata sobre el TEPT y por qué la muerte de Maelyn es la causa raíz de todo.

Todavía veo el edificio envuelto en llamas cuando cierro los ojos por la noche, escucho sus gritos cuando la habitación está en silencio. Es por eso que prefiero el ruido atronador del club, por lo que duermo con el ventilador encendido.

—Joder, Loch. Anímate. —Conner me golpea con el hombro, y gruño en señal de desaprobación. Ninguno de ellos lo entiende, y no quiero sentarme a hablar de mis sentimientos para explicarlo. Sería mejor si simplemente me dejaran en paz. Los últimos dieciocho meses no han sido más que un terror tras otro.

Si no era lidiar con mis hermanos y sus mujeres siendo secuestradas o atacadas, era ver cómo mi propia vida comenzaba a desmoronarse. Sé que estoy en una espiral, bebiendo demasiado, enfadado todo el tiempo, y no hay forma de detenerlo. Así que solo mantengo la cabeza gacha y me muerdo la lengua a menudo. Eventualmente, mi vida dejará de dar vueltas y veré con claridad de nuevo. O me moriré antes. Una de las dos.

—El piquete fue atacado de nuevo ayer... —Connor está al tanto de lo que está sucediendo con los Doyle y cómo están presionando en nuestro territorio. Quieren los muelles porque significa que pueden controlar las importaciones y exportaciones en Dublín, al menos parte de ellas. Pero conociendo a Ronan, habrá una guerra a gran escala antes de que permita que eso suceda.

—Ya me enteré. —Asiento a Siphon que me trae la bebida, la miro y la cojo, y él capta la indirecta. No es ajeno a quién soy o al hecho de que este es un establecimiento familiar. Pero es lo suficientemente inteligente como para saber cuándo evitar una conversación.

—Ro cree que van a ir tras O'Connor de nuevo —dice Connor hablando por la comisura de los labios antes de dar un gran trago a su cerveza. No quiero oír hablar de la línea del frente, de cómo

Doyle y sus hombres están asaltando huelgas laborales legítimas para provocarnos. Quiero emborracharme, follar y perder el conocimiento para no tener que sentirme tan malditamente enfadado.

—Sí, bueno, estoy apartado, así que cuéntaselo a alguien a quien le importe una mierda. —El whisky baja suavemente, quemándome la garganta, calentando mi estómago, y Connor resopla y sacude la cabeza.

—¿Qué demonios te pasa? Volviste del extranjero y estabas bien. Entonces de repente, te convertiste en este maníaco furioso. Ya sabes por qué Ro te apartó. Eres un cabeza caliente. Mira cómo echaste a la pobre Evie O'Leary por la puerta lateral como si fuera una puta de dos duros que te mordió la polla. —Connor no está preparado para que me lance de la silla y lo inmovilice contra la pared por el cuello, y yo mismo me sorprendo por mi rápida acción. Tengo la mandíbula apretada, la mano envuelta alrededor de su cuello ante la mera mención de mi trato hacia Evelyn.

—No tienes ningún derecho —gruño, parpadeando rápidamente en un intento frenético de contener mi temperamento—. Draco me puso a cargo de su seguridad y tú mismo viste con quién estaba bailando.

Mi pecho se hincha. Aflojo mi agarre, y Connor me empuja, luego se coloca la chaqueta en su sitio. Está enfadado conmigo, y quizás tiene derecho a estarlo, pero no puedo eludir mi deber de proteger a Evie.

—Necesitas controlarte, Loch. —Mi hermano menor se acerca a mí y presiona su pecho contra el mío, mirándome fijamente como si fuera a ponerme en mi lugar—. Sabes que si pierdes los estribos como lo hiciste hace dos semanas, Ro te enviará lejos. No permitirá que lo jodas todo con tanto en juego.

Mi mente corre, la ira arremolinándose en mis pensamientos y enganchándose con púas que desgarran mi conciencia. Mis recuerdos están todos revueltos: ver a Maelyn entrar en ese edificio, ver a Evie desmayarse en el asiento trasero de Jasper. Yo era su compañero, encargado de mantenerla fuera de la línea de fuego. Era mi trabajo y fallé.

—Yo... —No puedo hablar ahora mismo. Las palabras no salen. Connor pone un dedo en mi pecho y sus fosas nasales se dilatan.

—Lo vi en tus ojos cuando te enteraste de que habían cogido a Siobhan... No estás bien ahí arriba. —Su dedo toca mi sien, y aparto su mano de un manotazo—. Tienes que calmarte.

Empujándolo con fuerza, dejo escapar un rugido, y la gente se dispersa a nuestro alrededor. Se golpea contra la pared y viene hacia mí con el hombro bajo, preparándose para embestirme el estómago, pero lo esquivo y le pongo el pie por delante, haciéndole caer sobre un grupo de personas que están bailando. Jadean y se apartan, y me dirijo hacia él mientras se levanta, pero levanta las manos en señal de rendición y sacude la cabeza.

—Me largo... Me rindo con esta mierda, Loch. Sácate la cabeza del culo antes de que hagas daño a alguien o a ti mismo —Connor se sacude las manos y se dirige hacia la entrada del club, y la gente a mi alrededor se me queda mirando.

Ignorándolos, me doy la vuelta y regreso a la barra donde está mi bebida. Quizás tenga razón y esté fuera de control, pero ¿cómo se supone que voy a controlarme de forma mágica?

Tiene razón. Cuando la pareja de nuestro hermano fue secuestrada por los Doyles, tuve una especie de desconexión de la realidad. Perdí la cabeza, casi le disparo al jefe, y ahora estoy pagando por ello. La pobre Evie probablemente no merecía la forma en que la agarré y la saqué a rastras, pero algo dentro de mí vio una bandera roja y tuve que protegerla a toda costa.

—Dame otro —le gruño a Siphon, y él me hace un gesto afirmativo, girándose para rellenar mi vaso. Ahora voy a beber hasta que no pueda mantenerme en pie y con suerte perderé el conocimiento para librarme de mi miseria. Si no, acabaré haciéndole daño a alguien tal como dijo Connor. Y eso solo me hará parecer aún menos fiable.

EVIE

Me tiemblan las manos mientras escribo en el teclado. Esta mañana cuando llegué al trabajo había un segundo correo electrónico en mi bandeja de entrada. Desde entonces me he estado sintiendo mal del estómago. No estoy segura de qué hacer con él porque este es más amenazante que el anterior, y Lochlan no deja de rondar, pasando por mi escritorio como si me estuviera vigilando o algo así. No sé si vio mi pantalla cuando lo abrí, pero no quiero que sepa lo que está pasando.

Por mucho que quiera pensar que puedo manejar esto por mí misma, sé que no puedo. Esto está muy fuera de mi zona de confort, y no me pagan lo suficiente para lidiar con cosas como esta. Pero la indiferencia de mi hermano al respecto me hace detenerme a considerar si solo estoy exagerando por nada. Dijo que cosas como esta suceden todo el tiempo, que a la gente de la industria no le gustan los sindicatos y acosarán al más débil para salirse con la suya.

Es la razón por la que los trabajadores están ahora mismo en la línea de piquete, porque las fábricas y las empresas no valoran el tiempo y los esfuerzos de los trabajadores. Se declaran en huelga para hacer oír sus voces, y ahora mismo, su voz es alta y clara. Respiro hondo y vuelvo a abrir el correo para asegurarme de que no es más que una amenaza vacía para alterar a mi padre, aunque el remitente no se da cuenta de que soy yo quien está recibiendo su

correo electrónico ahora mismo. Solo quieren que él se sienta frustrado o asustado.

Si papá puede manejar esto, yo puedo manejarlo. Solo me pone nerviosa que Lochlan meta las narices en asuntos familiares y saque la conclusión equivocada: que mi padre realmente es corrupto como él, que es débil o que el clan O'Rourke puede manipularlo. Papá es un hombre inteligente, pero me preocupa que un hombre como Lochlan pueda aprovecharse de él manipulando alguna debilidad.

—¿Todo bien? —pregunta Lochlan mientras pasa de nuevo por mi escritorio, y asiento pero le miro con el ceño fruncido. No he olvidado cómo me sacó bruscamente de la pista de baile arruinando mi noche. Puede que me desmayara en el asiento trasero de Jasper y me despertara en mi cama en medio de la noche, pero nunca voy a olvidar cómo Lochlan me trató como si fuera mi jefe.

—Estoy bien —digo secamente, sonriéndole profesionalmente mientras se aleja sigilosamente. Ya se disculpó una vez, pero estoy demasiado enfadada. Sí, puede que me haya salvado de algo nefasto que ese hombre podría haber querido hacer... o quizás solo interrumpió un momento caliente que podría haber apagado la lujuria que he estado tratando de sofocar durante días.

De cualquier manera, acabé desmayada demasiado temprano. Una parte de mí se pregunta si ese camarero puso algo en mi bebida, pero si la familia de Lochlan es dueña del club, ¿no lo haría eso cómplice?

—Bueno, si necesitas algo... —Su voz se apaga mientras se aleja, encerrándose en la oficina de papá, y mi mano en el ratón maniobra para abrir mi cliente de correo electrónico otra vez.

La pantalla parpadea y veo tres nuevos correos electrónicos, uno de ellos de la misma dirección extraña. Miro hacia la puerta, cerrada con la cortina echada, y suspiro mientras siento que mi pecho se contrae de nuevo. Estos cabrones son implacables, lo que explica por qué papá y Jasper siguen ahí fuera cuatro días después, todavía lidiando con los piquetes y los malditos idiotas a los que les gusta provocar conflictos en la línea de piquete.

Mis ojos recorren los nuevos correos electrónicos y elijo leer primero el que sé que contendrá más amenazas. Los otros son solo

de negocios, cosas que puedo manejar cuando mi mente esté clara. Pero este tiene varios archivos adjuntos, imágenes por lo que parece. Abro el correo electrónico y escaneo el contenido, más amenazas sobre prestar mejor atención a quienquiera que sea este o habrá "un precio que pagar".

Luego espero a que el antivirus termine de comprobar los archivos adjuntos y empiezo a abrirllos. Una por una, las imágenes aparecen en mi pantalla: una foto de la casa de mamá y papá, el coche de Jasper, mi apartamento. Hay imágenes fijas de papá en la línea de piquete con aspecto enfadado, una donde tiene su pistola en la mano mirando a lo lejos. Puedo ver a los manifestantes detrás de él y sé que ha llevado esa pistola allí para protección. A mamá le horroriza, pero entiendo por qué lo hace.

Me hace estremecer de miedo, sin embargo, ver estas imágenes. ¿Por qué tomarían fotos de mi familia y mi casa? ¿Por qué intentar empujarme tan lejos, y por qué motivo? Esto no parece el tipo de amenaza vacía que Jasper me dijo que sucede todo el tiempo. Esto parece más serio.

Mirando hacia la puerta de la oficina, me pregunto si esto me supera, si Lochlan sería la mejor persona para manejar estos correos electrónicos. Se supone que mi trabajo es simple: responder a las quejas de los miembros, asignar tareas al nuevo personal, asegurarme de que los envíos lleguen a tiempo. Solo desearía saber si esto va a pasar o si Lochlan le daría demasiadas vueltas.

En lugar de dejar que esto salga del ámbito familiar, decido llamar a Jasper. Sé que él y papá están ocupados, pero dijeron que llamara si tenía alguna pregunta, y en lugar de preocupar a nuestro padre, sé que Jasper podrá tranquilizarme o ayudarme.

Pero su teléfono suena varias veces antes de ir al buzón de voz. Puede que lo haya dejado en su coche, o quizás esté en medio de algo. Así que le dejo un rápido mensaje de voz para que me llame cuando reciba el mensaje y bloqueo mi teléfono, pero antes de que pueda guardarlo en el cajón de mi escritorio, suena con un mensaje entrante.

Desconocido 10:37 AM: No hagas eso...

Me detengo, escaneando la habitación para ver si alguien me está observando, pero todos están ocupados trabajando. Nadie ha levantado la vista de su ordenador. Entonces, mi teléfono suena de nuevo.

Desconocido 10:38 AM: Estoy aquí, y si no haces lo que te pido, me aseguraré de que todos sepan que Draco O'Leary es un criminal. Ahora, reúnete conmigo en el aparcamiento. Tienes dos minutos.

Se me contrae la garganta. Parpadeo varias veces mientras leo el mensaje de nuevo, pero no estoy segura de qué hacer. Quien sea que esté detrás de esto debe haberme visto llamando a Jasper. Esa fue la advertencia de "no hacer eso". Pero ¿por qué? ¿Y dónde están?

Por un segundo, pienso en no hacer lo que dicen. ¿Qué pasará si me quedo sentada aquí y finjo que no he recibido ningún mensaje? ¿Qué pasaría si le cuento a Lochlan y él va al aparcamiento a encontrarse con este bicho raro? Pero ¿y si tiene que ver con él? ¿Y si esto está relacionado con la presencia de Lochlan O'Rourke aquí en las oficinas de mi padre dirigiendo todo? ¿Es por eso que nos están apuntando ahora? Creen que mi padre es corrupto porque es amigo de un O'Rourke, pero mi padre no es un criminal.

Y yo no soy una pusilánime. Voy a bajar allí y decirles que se pierdan. Mi padre es un buen hombre, no es corrupto, y tampoco lo es nada de este sindicato. Si creen que pueden intimidarme, están equivocados. No voy a dejarme amedrentar en absoluto.

Me levanto, dejo mi teléfono en el escritorio y salgo por la puerta. Tomo el primer ascensor hasta el vestíbulo y paso con decisión por las estaciones de trabajo hacia el almacén. Está oscuro y no me molesto en encender la luz. Lo atravieso y salgo al aire libre por la puerta trasera, donde un hombre con cabello ondulado oscuro, gafas de sol negras y un traje negro a medida está esperando con las manos cruzadas frente a él, sujetándose una muñeca.

—¿Quién eres? —exijo, reuniendo toda mi audacia y actitud. Es como debería haberme comportado el viernes por la noche cuando Lochlan me arrancó de la pista de baile. En lugar de eso, me colgué de él y casi me lanzo a sus brazos. Pero se siente bien sacar pecho,

cuadrar los hombros y hablarle a este capullo como si fuera el mosquito molesto que es.

Se ríe con un tono cálido y sedoso, y me tenso al escucharlo. El sonido que vibra desde su interior casi no parece humano, casi imitando el gruñido de un depredador.

—Vaya, eres más feroz de lo que pensaba. —El hombre se quita las gafas de sol y mira hacia la cámara sobre la puerta, rota y colgando del cable. No ha funcionado en meses, pero quizás él ya lo sabe. Por eso me pidió que bajara aquí—. Pensé que la hija de Draco tendría una actitud desagradable como él.

—¿De qué estás hablando? —Cruzo los brazos bajo mis pechos y doy un paso vacilante hacia atrás—. ¿Y por qué estás aquí? ¿Qué quieres de nosotros? —Intento no tomarme esto demasiado personalmente, recordando que soy nueva en este trabajo. Quizás Jasper tenga razón y esta mierda ocurre constantemente, pero no me ocurre a mí constantemente. Nunca me ocurre a mí. No voy a quedarme quieta y dejar que alguien me moleste o me amenace.

—Oh, cariño, es a ti a quien quiero. —Dobla las gafas de sol con naturalidad, deslizando una patilla por el frente de su camisa blanca abotonada que cuelga un poco abierta por delante. El vello del pecho se asoma por el hueco, y me pregunto qué edad tendrá. No puede ser mucho mayor que Jasper, tal vez ni siquiera de la edad de Lochlan, pero tiene una espesa mata de pelo y una sombra de barba que oscurece su mandíbula—. Verás, mientras tu padre está fuera intentando mantener la paz, yo estoy aquí para causar problemas. Ya sabes... —Sus dedos se extienden y se curvan alrededor de mi mejilla, tocándome ligeramente—. Cuando el gato no está, los ratones juegan... ese tipo de cosas.

Aparto su mano de un golpe y le miro fijamente, manteniendo un pie listo para volver corriendo por la puerta abierta hacia el almacén. Me hace hervir la sangre, pero también me asusta. Me siento estúpida por haber bajado aquí sola. Quizás Lochlan tiene razón y me arriesgo demasiado. Esto ha sido una estupidez.

—¿Qué quieres? —Intento que mi voz suene decidida, pero estoy temblando. Tiene que verlo.

—Quiero que me des información. Cualquier cosa que te pida. Y la quiero de manera oportuna. ¿Entiendes? —Quiero alejarme, pero él agarra un puñado de mi pelo y cierra su puño alrededor. Cuando doy un paso, mi cabeza se inclina hacia atrás, con el cuello arqueado en un ángulo rígido que me hace ahogarme.

—¡Suéltame! —jadeo, girándome bruscamente para golpearle, pero él tira de mi cabeza hacia atrás con más fuerza y levanta su mano.

Pienso que va a golpearme con su otra mano, pero no lo hace. En su lugar, sostiene su teléfono en alto, con la pantalla iluminada, y en ella veo un extracto bancario. Tiene el membrete del sindicato de mi padre, el número de cuenta de la empresa y varias transacciones rodeadas en círculo, aunque no puedo distinguirlas con los ojos bizcos en esta posición.

—¿Ves esto, preciosa? Tu padre es un blanqueador de dinero. Apuesto a que no lo sabías, ¿verdad? —Cuando se pone hostil, su voz empieza a quebrarse, su acento se vuelve más marcado—. Y lleva haciéndolo un tiempo. Y creo que no quieres que esto se sepa. El pobre papá acabará en la cárcel si eso ocurre. No queríamos eso, ¿verdad? ¿Quién cuidará de mamá?

Parpadeo con fuerza contra el dolor y alcanzo donde está agarrando mi pelo para quitarle los dedos de encima. —¡Que te jodan! —siseo, tratando de arreglarme un poco el pelo, pero me da un fuerte golpe que me hace tropezar hacia atrás contra la pared.

—Ahora escúchame, Evie-bug... —Se me hiela la sangre. Nadie utiliza ese nombre para mí excepto mi padre, y solo dentro de nuestra casa. ¿Cómo conocería este hombre ese apodo?—. Tengo más que suficientes pruebas para entregárselas al fiscal público y asegurarme de que tu padre no vuelva a casa nunca más.

Me agarro la mejilla, entrecerrando los ojos contra la luz del sol, intentando que no caigan las lágrimas que me queman los ojos. —Eres un mentiroso. Nada de eso es verdad. —Estoy temblando, preguntándome si he sido tan ingenua como para haber pasado algo por alto. Mi padre es amigo de los O'Rourke, pero eso no significa que sea corrupto, ¿verdad? Este hombre no podría estar diciendo la verdad.

—Investígalo, preciosa. Verás que no estoy mintiendo. Y cuando vuelva a contactarte, si siquiera piensas en llamar a Jasper, te liquidaré en el acto y culparé a tu padre. Ahora haz lo que te digo y toma esto. —Mete un teléfono en mi mano desde su bolsillo—. Es como me pondré en contacto contigo. Y cuando lo haga, no llegues ni un segundo tarde. No te gustaré cuando me enfade.

El hombre se da la vuelta para irse y yo le grito: —¡Cabrón!

—Me llamo Darren, cariño. Darren Connelly es como puedes llamarme. Pero no me llames. Hasta que yo te llame a ti.

Darren camina tranquilamente hacia un coche y se desliza en el asiento trasero mientras yo corro de vuelta al interior del edificio. Me tiemblan las manos y tengo el pelo todavía hecho un desastre. Estoy a punto de mearme encima del miedo porque, diga lo que diga Jasper, esto definitivamente no es normal para nadie. Y cuando las luces del almacén se encienden y veo a Lochlan acechando en la puerta del lado opuesto del edificio, siento que el alivio inunda mi cuerpo.

Una parte de mí quiere correr a sus brazos y contárselo todo, pero la amenaza que me hizo ese hombre me paraliza. Si me amenazó con matarme y culpar a mi padre solo por contárselo a Jasper, ¿qué hará si se lo cuento a Lochlan?

Joder, ¿qué está pasando?

LOCHLAN

Después de llamar varias veces a Evie sin obtener respuesta, me levanto y camino hasta la puerta de mi despacho para echar un vistazo. No está en su escritorio, ni a la vista, y tres de los empleados levantan la mirada hacia mí.

—¿Habéis visto a Evie? —gruño con frustración, pero niegan con la cabeza como idiotas. Por supuesto que no están prestando atención. No les pagan para vigilar a la hija de Draco. Están aquí para hacer su trabajo.

Suspirando con fastidio, me quedo en el umbral durante unos segundos, preguntándome si solo está usando el baño o si ha salido del edificio. Draco me pidió que la vigilara y me asegurara de que estuviera a salvo y alejada de nuestros asuntos comerciales, pero ¿cómo se supone que voy a hacer eso si desaparece? No hay mucho por aquí que pueda ponerla en peligro, pero no puede ocurrir que descubra la mierda que sucede en el almacén.

—Maldita sea —refunfuño, decidiendo que tengo que ir a buscarla. Me masajeo las sienes mientras camino hacia la puerta exterior de la oficina, pasando junto al ficus de plástico y dirigiéndome al ascensor. No está en el pasillo. No se oyen ruidos procedentes del baño de señoras. Si ha salido de la oficina sin avisarme, vamos a tener un problema.

Siempre estoy tenso, pero en momentos como este, cuando la persona de la que se supone que debo estar a cargo no está donde

debería, me encuentro un poco más nervioso. Como en el club el fin de semana pasado. Ella no tiene ni idea de los problemas que estaba atrayendo a su vida y no tiene ni idea de lo que la salvé. ¿Y ahora esto? ¿Desaparecer durante las horas de trabajo?

Las puertas del ascensor se abren en la primera planta y examino la zona. No estoy seguro de qué hace exactamente en su trabajo, pero quizás tiene que bajar aquí por alguna razón. Aun así, no veo rastro de ella. Los hombres y mujeres sentados en sus escritorios aquí en reclutamiento están trabajando duro. Algunos de ellos asoman la cabeza y me saludan con un gesto. Me han visto por aquí.

Cuando veo que la puerta del almacén en la parte trasera está entreabierta, mi temperamento se enciende. Intento no perder el control de inmediato, pero es difícil no enfadarme y culparme por esto. Evie es ingenua. No tiene ni idea del peligro en el que se pondrá si obtiene conocimiento del verdadero negocio de Draco aquí. Es delicada y vulnerable, y los hombres malos de esta ciudad que quieren llegar a su padre la usarían como moneda de cambio más rápido de lo que ella podría parpadear.

Mi mano presiona la fría puerta de metal, empujándola para abrirla, y antes de que pueda pronunciar una sílaba, Evie está allí, con los ojos muy abiertos, las manos temblorosas, los hombros encogidos. Su piel está pálida, las pupilas tan diminutas que pensarías que está drogada, pero es miedo. De mí.

—¿Qué demonios? —gruño, sintiendo toda la rabia de un millón de toros furiosos en mi pecho. La contengo tanto como puedo, pero aun así estalla dentro de mí. Mis hombros se tensan, mis manos se cierran en puños y mi cuerpo está alerta, preparado para atacar si es necesario. Odio esa reacción; me invade instantáneamente incluso en situaciones como esta, donde el riesgo es bajo, el peligro mínimo. Quiero que pare, pero lo mejor que puedo hacer es apretar los dientes e intentar recordarme que estoy hablando con una mujer, no atacando a un grupo de insurgentes.

—Muévete —sisea ella. Su voz se quiebra, su tono lleno de emoción. Extiende su mano contra mi pecho y me empuja hacia atrás, y yo lo permito. Si quisiera detenerla, podría, pero parece aterrorizada. No me gusta asustarla tanto y sé que probablemente

es porque entiende quién soy y quién es mi familia. La sigo hacia el ascensor y la oigo sollozar, y tampoco me pasa desapercibida la marca roja en su mejilla.

Entramos en la cabina del ascensor y las puertas se cierran, pero cuando va a pulsar el botón del nivel dos, interpongo mi mano. —¿Por qué estabas en el almacén? —pregunto, y ella me fulmina con la mirada.

—Salí para coger algo de mi coche. —Agita un teléfono y luego se pasa la mano por debajo del ojo, secándose una lágrima. Me doy cuenta de que quizás es mi tono lo que la está alterando y me siento como un idiota por ser tan torpe.

Retrocediendo, bajo la mano y ella pulsa el botón. No vamos a tener una buena relación laboral, y voy a tener muchas dificultades para proteger los secretos de Draco y la vida de Evie si ella está constantemente asustada de mí.

—Te estaba buscando porque necesito ayuda. ¿Podrías venir a mi despacho para mostrarme algunas cosas? —Dando un paso atrás, entrelazo mis manos sobre la hebilla del cinturón e intento usar un tono lo más calmado posible.

—¿Te refieres al despacho de mi padre? Y sí —dice mansamente, empezando a relajar parte del miedo de sus hombros.

Las puertas se abren. La mitad de la sala observa cómo me sigue hasta el despacho de Draco, donde Evelyn pasa junto a mí y yo cierro la puerta. Ninguno de los otros empleados ha comentado nada sobre que yo ocupe su lugar, pero para Evie esto debe parecer una intrusión. Hay muchas razones para que esté enfadada conmigo y me tema. Si puedo reducir algunas sentándola y teniendo una charla, lo haré. Quizás es por esto por lo que Ronan me obligó a hacer esta tarea que está por debajo de mí. Sabe que tengo que ablandarme para lidiar con todo esto.

—Evelyn —comienzo, lo que enciende un poco de fuego en sus ojos. Odia su nombre completo, pero esto es serio y quiero que entienda por el contexto lo serio que soy. Me acerco a mi asiento y me siento cómodamente. Ella se queda junto al extremo de mi escritorio mordiéndose el labio, jugueteando con el teléfono en su mano—. No soy tu enemigo, ¿vale? No quiero estar aquí más de lo

que tú quieres que esté, pero tu padre me pidió que le hiciera este favor. Solo quiero hacer un buen trabajo, y lo siento si te asusto. No es mi intención.

Sus hombros se relajan un poco y se limpia la cara. Los círculos de rímel bajo sus ojos son la única señal de que estaba llorando, aunque su nariz está un poco roja. Asiente y mete el teléfono en su bolsillo, pero todavía no puedo olvidar la marca roja en su cara.

—Quiero preguntarte qué estabas haciendo realmente ahí fuera... —Niego con la cabeza—. Tu mejilla parece como si alguien te hubiera golpeado. —Señalo hacia ella, gesticulando con mi mano. No soy bueno captando pistas sutiles, pero no hay nada sutil en esa marca.

—El viento atrapó la puerta de mi coche y me golpeó en la cara —dice mientras se cubre la mejilla con la mano—. ¿Se ve muy mal? —Su mano tiembla un poco. Tengo la sensación de que está ocultando algo, pero no soy su padre. Está a salvo en este edificio y, hasta ahora, no hay indicios de que haya descubierto ninguno de los secretos de Draco.

—Está bastante roja... —Sigo dándole vueltas—. ¿Por qué pasar por el almacén en lugar de usar la puerta lateral como siempre? —No hay mucho en el almacén que pueda meterla en problemas ahora mismo. Los envíos de armas salieron la semana pasada, pero tenemos una caja de drogas esperando el barco de mañana. ¿Quizás por eso está alterada? ¿Vio eso?

—¿Estamos jugando a las veinte preguntas? —espeto, y me río de su carácter. Me recuerda mucho a Maelyn, con su deseo de independencia y su odio a la autoridad.

—Está bien, vale... Declaremos una tregua. No quiero que estés enfadada conmigo como si fuera el malo. Estoy aquí para ayudar a Draco a hacer su trabajo y mantener este lugar funcionando. —Evito decirle que me pidió que la protegiera. Odiará la insinuación de que es débil—. Así que si tú haces tu trabajo y estás aquí cuando te necesito, yo haré el mío y podremos mantenernos fuera del camino del otro.

Mi frustración comienza a disminuir ahora, transformándose en una cálida atracción que siento cada vez que ella está cerca.

—Bien —dice con calma—. Pero no necesito una niñera. Solo fui a mi coche. ¿Eso es un crimen?

El ambiente sigue tenso, más de lo que me gustaría, pero hemos acordado esta tregua y quiero cambiar el rumbo. Me giro hacia mi ordenador y oriento la pantalla más hacia ella.

—Necesito saber dónde encontrar los horarios de envío. Draco me mostró el edificio pero no me enseñó el software. ¿Te importa ayudarme? —Levanto la mirada hacia ella, que ya se está moviendo, caminando hacia mí. Se inclina sobre mí. Sus pechos rozan mi hombro y huelo un toque de menta en su aliento, el aroma de perfume o champú de lilas. Me envuelve y me relajo con su toque femenino.

—Aquí. —Evelyn alcanza el ratón y lo mueve, señalando el explorador de archivos. Observo cómo saca con experiencia el programador de envíos y abre los archivos—. Los manifiestos están enlazados aquí —dice, dirigiendo el icono del ratón a las palabras azules enlazadas—, y aquí. —Cuanto más tiempo permanece sobre mí, más me siento atraído por ella.

No puedo quitarme de encima la similitud entre ella y Maelyn. Tiene el mismo tipo de cuerpo que tenía Maelyn, los mismos dedos delgados. Incluso huelen igual, o tal vez sea mi mente jugándome una mala pasada. Hace que surjan todo tipo de recuerdos que tengo que reprimir. Evelyn no está en peligro. No tengo que sentirme así, pero lo siento. Siento el impulso de poner un brazo protector a su alrededor, empujarla detrás de mi espalda, listo para luchar contra cualquier persona o cosa que pueda hacerle daño.

—Y eso es todo... —dice, y me doy cuenta de que me he perdido en mis pensamientos sin prestar atención. Tendré que hacer más preguntas que ella pensará que son tontas, pero significa más tiempo cerca de ella. Me gusta la idea. Estar cerca de ella me hace sentir controlado y en paz.

—Lochlan —dice, y luego se gira para apoyarse en el borde de mi escritorio. La miro preguntándome qué va a preguntar mientras continúa—. ¿Crees que mi padre es un criminal? —Evelyn hace una mueca y baja la mirada, diciendo—: No estoy tratando de acusarte

de nada, pero conozco tu reputación. —Sus ojos recorren mi cuerpo hasta encontrarse con los míos—. ¿Crees que es como tú?

La pregunta viene de la nada y me pregunto si tiene algo que ver con lo que pudo o no haber visto en el almacén, pero respondo con cautela—. Tu padre es un buen hombre, Evie. —Quiero tocarle el brazo o la pierna, mostrarle mi lado compasivo, pero no quiero que piense que es inapropiado—. No creo que debas preocuparte por eso. Tiene un buen corazón y te quiere.

—¿Pero crees que está en peligro? —Veo el miedo muy real en sus ojos, el mismo miedo que vi en los ojos de Maelyn antes de entrar en aquel edificio. Debería haber ido yo primero. Debería haberla protegido.

—No, Evie. Creo que sabe lo que está haciendo. La familia se cuida mutuamente, ¿sabes? Así que está protegido. —Mi desliz ni siquiera le molesta. Está mirando fijamente la pared donde cuelga uno de los muchos tablones de anuncios de Draco. Ella asiente y se levanta, alisándose la falda con la mano, luego se gira hacia mí.

—¿Qué quisiste decir con...? —Su teléfono suena, haciéndola saltar. La veo palidecer y alcanzarlo, murmurando—: Tengo que contestar —antes de salir corriendo. Me quedo preguntándome qué podría haber oído o visto para hacerla sospechar de Draco, pero ahora sé que tengo que intensificar mi observación.

Si Evie está empezando a sospechar algo, tengo que saber qué sospecha y tengo que evitar que obtenga cualquier confirmación de esas sospechas. Es por eso que estoy aquí. Puede que le fallara a Maelyn, pero no fallaré en esto. No puedo.

Draco cuenta conmigo.

EVIE

La comida de mamá está deliciosa, pero no tengo mucha hambre. Desde el momento en que Lochlan cruzó la puerta principal y se unió a nuestra mesa, he estado distraída. Papá ha estado tan ocupado gestionando asuntos en el piquete que no ha pasado por la oficina, así que esta cena familiar se ha convertido en una charla de negocios.

—¿Pero los envíos han salido a tiempo? —pregunta papá, mirándome de reojo, y luego a Lochlan. Jasper tiene la cabeza agachada, con el móvil en la mano mientras se lleva comida a la boca. Parece completamente desinteresado en hablar de trabajo, pero con todo lo que está ocurriendo me siento aún más alerta. Aquella llamada del otro día fue una advertencia para que no hablara con nadie sobre lo que dijo ese hombre, Darren.

Me amenazó de nuevo, dijo que haría daño a mi padre o que entregaría pruebas a los fiscales o a la Garda que expondrían los supuestos negocios ilegales de mi padre. Pero he examinado minuciosamente nuestro sistema informático y no he encontrado rastro de ninguna irregularidad. Todo parece estar en regla, tal como dijo Jasper, tal como Lochlan me aseguró. Mi padre es un buen hombre.

—Sí, señor —responde Loch, y me doy cuenta de que también me lanza una mirada. Cada vez que lo hace, recuerdo cómo su temperamento cambió radicalmente el otro día. Estaba tan asustada

por ese imbécil en el aparcamiento que pareció que tenía miedo de Lochlan, y él me llevó al despacho de papá para ayudarme a calmarme. Mi propio padre me habría dicho que me animara y me habría dejado en mi escritorio. Me pareció un gesto amable, aunque fue un poco exigente.

—Las cosas van bien, papá —me llevo un trozo de carne a la boca y mastico pensativamente, estudiando su expresión facial. Le importa tanto el sindicato que está dispuesto a salir a hacer piquetes junto a nuestros miembros, y eso demuestra su corazón. Pero se preocupa demasiado. Lochlan y yo nos estamos ocupando de todo en la oficina mientras él realiza el trabajo más importante de asegurar que nuestros miembros reciban aquello por lo que pagan. Para ellos, esas cuotas sindicales no son baratas, así que ver a su líder en la línea de piquete significa mucho—. Nosotros nos encargamos de todo.

Papá gruñe y asiente, y Lochlan interviene:

—Es fenomenal, Draco —me señala con la cabeza mientras se lleva un bocado a la boca, hablando mientras mastica—. Realmente tienes algo especial aquí. Evie es lista como un látigo. Cuando todo esto termine y ella haya completado su carrera, deberías darle un aumento.

No estoy segura de dónde viene ese gran elogio, teniendo en cuenta que solo estoy haciendo mi trabajo, pero me siento halagada. Mis mejillas se calientan, y evito mirarlo porque sé que si lo hago, verá lo que realmente siento. Me atrae cada palabra que dice. Me quedo prendada de ellas y me encuentro tan hipnotizada que me quedo mirándolo fijamente.

—Bueno, me alegra que las cosas vayan bien —dice papá. Se limpia la boca y su teléfono empieza a sonar—. Disculpadme. Tengo que atender esta llamada —se levanta llevándose el teléfono al oído, y por primera vez en toda la noche, Jasper levanta la mirada de su móvil. Incluso Lochlan sigue con la mirada los movimientos de papá hacia la puerta por la que sale.

—Ahora vuelvo —murmura Jasper, y él también se levanta y sale, dejando a Lochlan sentado incómodamente en la mesa frente a mí.

—¿Qué tal está? —nos pregunta mamá a los dos, probablemente para hacer conversación ya que mi padre acaba de marcharse descortésmente dejando a su invitado, y yo gimo de placer mientras mastico.

—Está muy bueno, Miriam —Lochlan le sonríe, y quedo cautivada. Es tan guapo, tan seguro de sí mismo. Su camisa negra de vestir le da un tono muy cálido a su piel. El pelo le cae ligeramente sobre los ojos, y me imagino esos gruesos bíceps rodeándome, sus brazos envolviéndome. Es una fantasía tonta, pero eso no me impide pensarla.

Kelly me dice constantemente que "viva un poco" porque sabe que cuando mis padres se salgan con la suya, mi vida habrá terminado. Las cosas que a una chica normal de veintitantos se le permitiría hacer me estarán prohibidas, y me casaré con un hombre al que nunca habré llegado a conocer realmente. Es el modo de proceder en mi familia y siempre he sabido que sería mi destino. No significa que me guste, pero lo comprendo.

—Dejadme recoger estos platos —dice mamá distraídamente mientras se levanta para recoger los platos de Jasper y de mi padre. Lochlan le sonríe de nuevo, y cuando ella se marcha, centra su atención en mí.

Me pone nerviosa cuando dirige toda la fuerza de esa sonrisa hacia mí. Ni siquiera es una sonrisa completa que le llegue a los ojos, solo una pequeña media sonrisa. Pero es encantador y divertido. Me he sentado aquí mientras hablaba amablemente con mi padre, comentaba sobre la comida, la familia y luego el trabajo. Ahora, mientras me observa terminar mi último bocado y limpiarme la boca, siento la necesidad de excusarme. Empiezo a levantarme, y papá entra a grandes zancadas.

—Tengo que irme. Hay problemas en el piquete otra vez —está frunciendo el ceño mientras me mira—. ¿Qué estás haciendo? —me pregunta, y me siento acorralada. Es descortés dejar a Lochlan sentado aquí solo, pero eso es exactamente lo que estaba a punto de hacer.

—Iré contigo —le digo, tropezando con mis palabras, desesperada por no estar a solas en la misma habitación con el

señor O'Rourke. Me pone nerviosa, pero no de una manera de "tengo miedo". Más bien, estoy nerviosa por la estupidez que pueda decir para parecer tonta o inmadura.

—No, tú quédate aquí —Da se gira hacia Lochlan—. Volveré en breve. Siéntase como en su casa. Tome algo. Evelyn puede ayudarlo a instalarse.

—Por supuesto —dice Lochlan con suavidad. Él también se pone de pie, y ahora me siento atrapada.

—Pero Da, si voy a aprender todo el negocio, ¿no crees que debería...?

—Ya me has oído, Evelyn.

—Da, Jasper puede quedarse y hacer compañía al señor O'Rourke. Yo quiero...

—Evelyn —los ojos de Da se entrecierran mirándome, cortando mis palabras. Es la misma expresión que tiene cuando he hecho algo mal y tiene que reprenderme.

Asiento, apretando los labios hasta formar una fina línea, y lo veo salir, diciéndole algo a Jasper en el pasillo antes de que la puerta principal se cierre tras ellos. Lochlan permanece de pie al otro lado de la mesa mirándome fijamente, y yo bajo la mirada y la desvío mientras rodeo el extremo de la mesa.

—Vamos, te mostraré el mueble bar —digo en voz baja. Si Da supiera lo que pasa por mi mente, nunca me habría dejado a solas con este hombre. Me pondría una correa o me encerraría en mi habitación para preservar mi inocencia. No soy tan inocente, pero eso es lo que mi padre pensaría.

Lochlan me sigue por el pasillo. Todavía estoy nerviosa, sintiéndome muy cohibida. Todo en este hombre encantador y atractivo me hace temblar las rodillas. Me resulta difícil formar pensamientos coherentes que no giren en torno a cosas muy indecentes, y mi cuerpo acaba completamente alterado. Es difícil concentrarse en el trabajo, pero aquí en casa, es imposible hacer cualquier cosa.

—¿Por qué me odias? —pregunta, y me detengo a pocos pasos del mueble bar. Confundida, me giro y lo veo de pie junto al sillón color salmón. Su mano descansa en el respaldo, con el pecho

hinchado haciendo que los botones sobresalgan, la camisa estirada al máximo. Me siento turbada. Parpadeo varias veces y niego con la cabeza.

—¿Por qué piensa que le odio? —Tengo las palmas sudorosas y la lengua pegada al paladar. El termostato debe estar estropeado en esta habitación. Estoy sudando.

—Eso, o me tienes terror. ¿Es por mi apellido? —Se acerca poco a poco, dejando caer la mano de la silla mientras camina. De repente, parece más grande de lo normal, como si hubiera crecido unos centímetros y sus hombros se hubieran vuelto más anchos.

—Señor O'Rourke, no le tengo miedo en absoluto. —Doy un paso atrás porque tengo miedo de mí misma, de lo que su forma de hablarme está haciendo a mi cuerpo. La atracción que siento es ridícula. La sentí también en su oficina el día que le mostré los horarios de envío. Me incliné sobre su hombro y mi pecho lo rozó. Olía tan bien. Seguro que ahora también huele bien.

—Entonces, ¿por qué intentas salir corriendo de la habitación cada vez que entro? ¿Por qué te tiemblan las manos?

Da me matará. Es todo lo que puedo pensar: lo enfadados que estarían mis padres si supieran lo mucho que este hombre hace que me palpite el sexo. Es tan sexy, y estoy segura de que la mitad es porque es un chico malo. Es un criminal y probablemente ha hecho cosas muy malas. Sin embargo, ellos quieren que me case con Elvin Murphy, que tenga una vida mejor. Técnicamente, estoy comprometida, y ni siquiera debería estar pensando estas cosas impuras, pero, Dios mío, cómo deseo que Lochlan me toque.

—No huyo. —Dando otro paso hacia atrás, siento la firme madera del mueble bar en mi cadera. No puedo retroceder más—. ¿Por qué cree que estoy huyendo? —Me lamo los labios y parpadeo con fuerza. Mi entrepierna está empapada. Puedo sentir la humedad en mis bragas empapando mis muslos, y palpita, suplicando ser satisfecha.

—Lo estás haciendo ahora mismo. Tu padre te dijo que me hicieras compañía, que me ayudaras a instalarme, y estás lista para huir de nuevo. No soy una persona que dé miedo, Evelyn.

—Evie —le corrijo y suspiro—. Sé que no da miedo. Aparenta ser un tipo duro, pero en realidad es un hombre dulce. —La forma en que me ayudó a calmarme después de aquel lunático en el aparcamiento dice mucho sobre su verdadera naturaleza. No deja que la gente vea ese lado de él, pero yo sí. Y después de que me apartara de aquel hombre en la pista de baile —alguien a quien ahora me doy cuenta de que nunca debería haber mirado siquiera— sé que Lochlan también es leal.

—¿Dulce? —Lochlan se ríe, y dejo que mis hombros se relajen un poco—. No es algo de lo que me hayan acusado antes.

Mi mente vuelve a aquel día, cuando temblaba como una hoja, cuando Lochlan me pidió que entrara en la oficina de Da para mostrarle los horarios de envío. Entré hecha un desastre, y solo estar en su presencia me calmó. Una parte de mí se pregunta cómo reaccionaría al descubrir que este tal Darren me está chantajeando. Si Lochlan pensaría que soy débil o frágil. Si le pediría a Da que me sacara de las oficinas.

Mum me obligaría a casarme con Elvin inmediatamente, lo que no quiero. No me importa casarme con él. Hice las paces con eso hace mucho tiempo, pero quiero experimentar la vida primero. Pero sé que si se supiera que Darren me está chantajeando, Da realmente me encerraría en casa. Me arrastrarían al altar, lejos de hombres como Lochlan O'Rourke —que le da a mi corazón esta sensación excitante— y eso sería todo.

—Sí, dulce. Crees que comportándote como un completo imbécil vas a mantener a la gente alejada, a evitar que se acerquen, pero yo veo la bondad en tus ojos. —Las palmas de mis manos se apoyan en el borde del mueble detrás de mí. Está cerca, pero no lo suficiente para tocarme, y estoy empezando a calmarme y a dejar que la sensación de excitación se asiente.

Lochlan es inteligente y reservado. Es imposible que pueda mirarme durante tanto tiempo y no ver la obvia atracción que siento. Mis mejillas arden, así que deben estar completamente rojas, y si siento la humedad en mis bragas de esta manera, significa que probablemente mis pupilas están dilatadas y mis labios enrojecidos.

Sus ojos siguen bajando hacia ellos, para luego volver a encontrarse con mi mirada.

—Los hombres como yo... podemos ser bestias aterradoras. —Da otro paso adelante, con las manos entrelazadas frente a él. Esto hace que sus hombros se ensanchen aún más y que mi interior se tense.

—¿Ah, sí? ¿Me estás diciendo que te alimentas de mi miedo? ¿Quieres que me acobarde? Porque no te tengo miedo... —Descuido terminar la frase, pero quiero decirle lo que realmente siento.

—Solo digo que, si hay otra razón por la que te sientes tan incómoda a mi alrededor que sientes la necesidad de salir corriendo de la habitación para evitar estar a solas conmigo, la voy a descubrir.

—Otro paso más cerca, y su aroma flota hacia mí.

—Si estás tan seguro de que estoy acobardada y huyendo, ¿por qué te importa? ¿No es eso lo que hacen los hombres como tú? ¿Hacer que su presa se acobarde? ¿No es eso lo que te gusta? —Estoy jugando con él ahora, observando cada inflexión de los músculos de su cara. Sonríe con suficiencia, entrecerrando los ojos. Está disfrutando de esto, y el aire entre nosotros se siente denso con química.

—¿Hombres como yo? —pregunta, finalmente acercándose lo suficiente para apoyar una mano en el armario detrás de mí. Se inclina sobre mí, lo bastante cerca como para que pudiera levantarme y presionar mis labios contra los suyos si quisiera—. ¿Te refieres a criminales peligrosos? ¿O quieres decir algo más? ¿Algo en lo que una mujer como tú no debería estar pensando?

Trago saliva contra la forma en que se me contrae la garganta. Su cuerpo roza el mío, y me contengo de tocarlo. Es obvio que me está provocando, aunque eso solo se me hizo evidente en los últimos segundos. La línea entre la seducción y la intimidación es muy delgada, pero esto no me está intimidando. Está presionando mis botones, haciendo que mi centro palpite.

—Supongo que si quieres saber cómo me siento realmente sobre ti, tendrás que pasarte por mi apartamento. —Lo esquivo. No hay forma de que vaya a insinuarme aquí en la casa de mis padres cuando mi madre podría entrar en cualquier momento—.

Encontrarás la puerta sin llave. Está en la parte de atrás, pasando la piscina.

Hablando por encima de mi hombro mientras camino, siento que una energía nerviosa comienza en mi centro y se dispara hacia mis extremidades. Mis pies se sienten pesados y torpes. Creo que puedo tropezar con ellos mientras camino, pero logro moverme con gracia fuera de la habitación y atravesar el comedor donde la mesa está casi despejada.

Mamá no dice ni una palabra mientras me escabullo por la cocina y salgo por la parte trasera, y el aire fresco de la noche enfría mi rostro ardiente. No estoy segura de qué demonios acabo de empezar, pero si viene a la puerta de mi apartamento, no puedo echarme atrás.

Kelly me dice todo el tiempo que viva un poco. Si esto no es "vivir un poco", no sé qué lo es.

LOCHLAN

Evie sale de la habitación con un aire de confianza que me consume. Mi polla palpita, abultándose en mis pantalones de una manera que espero no sea demasiado obvia. Me giro para observar el contoneo de sus caderas, y ella ni siquiera mira atrás. No ha estado aterrorizada de mí. Ha estado tan alterada que apenas puede controlarse, y no estoy seguro de cómo no vi las señales. Probablemente porque he estado tan atraído por ella que he pasado por alto ciertas cosas.

—¿Adónde se ha ido esa chica? —Miriam frunce el ceño mientras entra en la habitación con una lata de galletas. Niega con la cabeza mientras me mira—. Lo siento mucho, Lochlan. Evelyn no tiene modales. No debería haberte dejado solo. No me importa compartir un rato contigo mientras esperamos a Draco.

Siempre hospitalaria, Miriam coloca la lata de galletas sobre la mesa de centro y se sienta. Su falda de color pastel cae sobre sus piernas y ella la alisa. Cuando sus ojos se alzan para mirarme, no estoy seguro de cómo responder. Evie me ha dejado en un torbellino de pensamientos tal que no sé ni dónde está arriba ahora mismo.

—Estoy bastante lleno de la cena. Draco probablemente estará fuera un buen rato. Creo que simplemente me iré a casa. —El licor detrás de mí me llama, incitándome a servirme una copa y quedarme, a pensar en lo que Evie quiso decir con "lo que realmente piensa de mí". No hay una célula en mi cuerpo que no

quiera seguirla hasta su apartamento y ver de qué está hablando, pero Draco me mataría. Sé perfectamente que ella ha sido prometida a otro hombre. Así es como funciona esta familia. Sin embargo, eso no me impide desear mojarme en su pozo.

—Oh, es una pena. Las he horneado hoy pensando que vosotros, los hombres, las disfrutaríais. —Miriam sonríe, aunque su tono tiene matices de decepción—. Vete, entonces. No quiero alejarte de tus asuntos.

—Agradezco la oferta, y gracias por prepararlas. Quizás la próxima vez. —Ya me estoy moviendo hacia la puerta, obligándome a poner un pie delante del otro para llegar a mi coche y salir de esta propiedad antes de hacer algo insensato—. Dígale a Draco que me llame cuando tenga oportunidad —digo por encima del hombro, pero mi trayectoria está dirigida hacia la puerta principal.

—Por supuesto —responde Miriam—. Buenas noches, Lochlan.

La frialdad de la brisa nocturna del océano no hace nada para refrescar mi cuerpo acalorado. Evelyn estaba jugando conmigo, provocándome, coqueteando. Vi la mirada en sus ojos, el tono de sus labios al llenarse de sangre. Solo puedo imaginar que su coño goteaba humedad mientras sus labios allí abajo se enrojecían del mismo tono. Y pensar en eso me ha puesto tan duro que me duele la polla.

Parándome junto a mi coche, casi lo consigo. Casi tengo la fuerza de voluntad para girarme y abrir la puerta, pero mi mirada se desvía hacia la parte trasera de la propiedad, detrás de la piscina, más allá de la pérgola donde las luces del apartamento de invitados proyectan un tenue resplandor. Casi.

Antes de poder detenerme, estoy moviéndome, haciendo una mueca con un arrepentimiento instantáneo pero sin dar marcha atrás. Su puerta me llama, la luz extendiéndose por el patio trasero para agarrar mi deseo y absorberme. Echo un vistazo rápido a la parte trasera de la casa, donde Miriam está claramente visible lavando los platos con la criada, y sé que no pueden verme aquí fuera donde está oscuro. Luego me concentro en el pequeño apartamento y paso entre las tumbonas, más allá de la piscina, bajo

la pérgola, y mi mano descansa en el pomo de la puerta del apartamento.

Por un segundo, sé que todavía tengo tiempo para darme la vuelta y no hacer esto. Sé lo que Evie estaba insinuando. Sé lo que quiere. Sé lo que yo quiero, y sé que si Draco se entera, nunca me dejará vivir en paz. No solo será el padre de Evie. Jasper querrá matarme. Ronan nunca me quitará los ojos de encima, y se desatará el infierno para esta familia. Evie está prohibida. Es demasiado joven, es la hija del subjefe de Ro, y yo soy un hombre estúpido, estúpido.

Pero giro ese pomo y entro y la veo usando un camisón diminuto, tendida al pie de su cama como una modelo provocativa en una revista para hombres. Su cara está sonrojada y su cuerpo parece rígido, pero me está mirando con ojos de cierva, y mi polla probablemente está goteando.

No habla, no se levanta ni se mueve. Simplemente me mira mientras me quito las botas con los pies y luego me desabotono la camisa. Dejo que la tela se deslice por mis brazos y la coloco sobre el brazo del sofá. Las cortinas están cerradas, la puerta cerrada con llave detrás de mí, y tengo al menos una hora mientras Draco revisa la línea. Me acerco sigilosamente a ella, y mi intención es clara cuando mis manos van hacia la hebilla de mi cinturón, y aun así ella no se inmuta.

Veintiún años y esta chica es tan audaz que me ha invitado a su habitación para un encuentro casual, pero ni siquiera coquetea con la mirada. Extiende su mano en el edredón, observa mis movimientos. Sus ojos se detienen en mi torso, recorren los tatuajes de mi pecho y brazo. Se pone tensa mientras saco mi polla y me acaricio. Sus ojos se agrandan. Veo que sus dedos de los pies se curvan y luego me bajo los pantalones, y a medida que me acerco a la cama, ella se sienta, dejando caer sus piernas por el borde.

Su camisón se desplaza, presionándose contra su cuerpo. Veo sus pezones endurecidos a través del satén y tomo sus mejillas con ambas manos, obligándola a mirarme.

—¿Esto es lo que piensas de mí? —le pregunto, pero no es realmente una pregunta.

Los ojos de Evie están inciertos, parpadeando, buscando en mi expresión. No tiene mucha experiencia. Puedo notarlo por la forma en que agarra mi grosor y acaricia lentamente. Su lengua se desliza sobre su labio inferior, y me guía hacia su boca, haciendo largos y lánguidos lametones a lo largo de mi tronco, desde los testículos hasta la punta.

Mis manos enmarcan su rostro y la observo. Nunca deja que sus ojos se aparten de los míos, como si estuviera esperando aprobación o una señal de placer, y decido en ese mismo momento mostrarle cómo se hace esto realmente.

—Niña, necesitas hacerlo así —le digo con un gruñido bajo, y cuando alinea la cabeza de mi polla con su boca, tiro de su cabeza hacia adelante, empujando mis caderas hasta que mi polla está profunda en su garganta. Sus manos se extienden en mis muslos, empujándome hacia atrás, y siento su garganta contraerse a mi alrededor mientras ella se atraganta una vez, luego dos, y sus ojos se humedecen.

Retrocedo, dejándola chuparme, y ella araña mis muslos pidiendo más, así que empujo de nuevo, hundiendo toda mi longitud en su boca hasta que ella se atraganta de nuevo. Durante unos minutos, disfruto del placer que ella quiere darme, pero no es por esto que entré aquí. Ella también quiere algo, y no voy a malgastar ni una gota de mi energía si ella no va a quedar satisfecha.

—Joder —sisea cuando saco mi polla de su boca. Soltando su cabeza, le dejo limpiarse la boca mientras mi polla golpea contra mi vientre inferior. Evie me mira con timidez, y me encanta esa mierda.

—Túmbate —le ordeno, y antes de obedecer, se quita el camión por encima de la cabeza. Su cuerpo es puro, sin contaminar por tatuajes o cicatrices. Sus tetas están perfectamente proporcionadas a su cuerpo, con los pezones erizados por la excitación.

—Sí, vale —murmura, retrocediendo en la cama. Es como si esperara que la follara en posición del misionero o algo así, como si nunca hubiera hecho esto. Me acaricio mientras ella observa. Ni siquiera se toca a sí misma, mostrando nuevamente su inexperiencia.

—Tócate el clítoris —le ordeno y la miro mientras ella pone vacilante unos dedos sobre su coño y se frota ligeramente—. No, me refiero a que te folles ahora. Tócate de verdad. —Me acaricio y la contemplo mientras ella intenta complacerme, tan inocente e ingenua—. ¿Nunca has hecho esto? —le pregunto.

—No, sí que lo he hecho, lo juro —. Su labio tiembla, pero no es mi intención asustarla. Sus dedos frotan con más fuerza, hundiéndose en su entrada, y después se los lleva a los labios para lamerlos. Quizá no sea virgen, pero joder, es tremendamente sexy. Observo cómo su sexo se contrae y relaja, y la manera en que se tensa su trasero me vuelve loco.

—Más fuerte —gruño, y ella hace lo que le ordeno.

Me arrodillo en la cama y agarro sus tobillos, abriéndola con facilidad. Levanto una mano, escupo en ella y alcanzo su sexo, dándole un ligero toque en el clítoris. Ella jadea y arquea su cuerpo hacia el contacto, suplicando por más. —Ahora, dime por qué me has traído aquí —. Se estremece y frota su clítoris con más fuerza.

—Te deseo —suspira, y la creo. No podría estar tan húmeda si no me deseara.

Alcanzo sus caderas por debajo y la arrastro hasta el borde de la cama. Ella jadea cuando muerdo delicadamente su muslo interno y sisea mientras esas mordidas se acercan cada vez más a su centro.

—Mmm, ¿por qué me chupaste la polla? —pregunto mientras introduzco un dedo en su interior y sus dedos de los pies se curvan. Está estrecha. Me gusta. Quiero sentir ese coño envolviendo mi verga pronto.

—Porque... ¿tú querías? —gimotea, y es tan adorable. Deslizo un dedo adicional en su interior, abriéndolos en tijera. Gime y después se muerde el labio—. Loch —me suplica—. Por favor...

—No supliques, Evie —gruño lentamente y retiro mis dedos. Vuelve a gimotear, pero cuando mi lengua recorre sus pliegues, encontrando la hendidura y subiendo hasta su clítoris, ella clava sus uñas en mi cabeza. Chupo y lamo, dejando que mis dientes rocen su entrada y su piel húmeda hasta que se deshace, sacudiéndose y temblando. Sus caderas se agitan salvajemente hacia arriba. No le ha tomado nada de tiempo llegar al clímax, lo que es una prueba

más de lo mucho que me deseaba. Y ahora puedo disfrutarla de verdad.

—¿Y qué quieres? —le pregunto cuando está calmada, lamiendo lentamente la nueva humedad. Se estremece cada vez que mi lengua pasa por su clítoris. Esto es demasiado fácil. Tendré que hacer algo al respecto la próxima vez.

—Quiero... que estés dentro de mí —. Sus dedos arañan mi cuero cabelludo, así que me incorporo lentamente y me inclino sobre ella, capturando sus labios con los míos. Mi polla roza su centro, y ella me acaricia. Sé que se prueba a sí misma en mis labios, pero no se aparta. De nuevo, es excitante.

—Dime exactamente qué parte de mí quieres dentro de ti, Evie —gruño, y ella gime en mi boca.

—Tu polla —susurra, con voz temblorosa. Es tan tímida, tan distinta de la mujer que acabo de ver salir de ese salón, y de alguna manera, eso me excita aún más. Me coloco contra su entrada húmeda y empujo milímetro a milímetro. Su carne cede para aceptarme, y cuando estoy completamente dentro, ella gime, poniendo los ojos en blanco mientras arquea la espalda—. Sí —. Su sexo se contrae, sus manos arañan mis costados mientras ondula contra mí.

Permanezco quieto un momento, dejando que se acostumbre a mi grosor y entonces es ella la que se balancea contra mí, atrayéndome más profundo con cada embestida. —Más fuerte —gruñe entre respiraciones entrecortadas, y quiero recordarle quién tiene el control aquí, pero ahora mismo no importa porque cada rebote de sus caderas se siente tan bien.

Por un momento, saboreo la unión, robándole besos y mordiéndole el labio. Cuando su sexo se aprieta a mi alrededor, sé que está cerca, y me retiro, para su disgusto. Gime, intentando alcanzarme, pero la volteo y le doy una fuerte palmada en el trasero, tras lo cual chilla e intenta alejarse gateando.

Pero estoy en la cama inmovilizándola, deslizando mi verga en su interior desde atrás antes de que pueda escapar. —Quieres esto, Evie. Me provocaste, me invitaste aquí, y ahora vas a saber lo que se siente al ser follada por un hombre de verdad.

—Oh, mierda... Dios, Loch —murmura, su voz amortiguada por las almohadas—. Joder, eres enorme.

—Y lo deseas. Di que lo deseas —le ordeno. Todo mi peso está sobre su cuerpo, mis caderas embistiéndola. Gimotea y araña el edredón, y deslizo una mano bajo su cuerpo para encontrar su centro empapado.

—Dios, lo deseo jodidamente. Sí... —Sus caderas se elevan, y le froto el clítoris. Aumento el ritmo, empujando tan profundo como puedo, hasta que sus paredes internas me impiden ir más allá. Está tan húmeda, y puedo sentir su coño ordeñando mi polla mientras nos movemos juntos. La cama cruje bajo nuestro peso, y el cabecero golpea contra la pared. Cada embestida nos acerca más al borde del abismo.

—Ungh —gruñe, y sé que está cerca de nuevo. Pequeños espasmos de su clímax acercándose me empujan más allá del punto de no retorno. Sus uñas se clavan en las sábanas mientras se estremece, sus caderas embistiendo salvajemente contra mí, perdida en el éxtasis. No cedo hasta que queda flácida debajo de mí, jadeando como una virgen desflorada, y finalmente me rindo. Hundiendo mis dientes en su hombro, vierto cada gota de mi semilla dentro de su cuerpo doliente mientras sus paredes se contraen a mi alrededor en espasmo tras espasmo.

Estoy jadeando, con el corazón acelerado, y ella está tan flácida como una muñeca de trapo. Cuando me retiro y me aparto, veo cómo su sexo se contrae y pulsa todavía, mi semen drenando de ella hacia su edredón. Gira la cabeza hacia un lado, con el rostro oculto por un enredo de pelo, y le doy otra fuerte palmada en el culo, dejando otra marca roja.

Evie se ríe por lo bajo y rueda hacia un lado, apartándose el pelo de la cara mientras me pongo los calzoncillos y los vaqueros. Me observa con el mismo silencio curioso que tenía cuando entré. Pero ahora, parece mucho más cómoda conmigo mientras se apoya sobre un codo y suspira profundamente, el tipo de suspiro que revela relajación.

—¿Por qué has vuelto aquí?

—¿No es obvio? —pregunto, alcanzando mi camisa. Sus ojos siguen mis movimientos mientras me la pongo y me abotono—. Si vas a hablarme como lo hiciste hace un momento, en la casa de tu padre... Más te vale dar lo mejor de ti en la cama.

Un atisbo de vergüenza cruza su expresión, lo que en sí mismo es tremendamente excitante. Quizá la próxima vez, la humille haciéndola correrse tan fuerte que se orine. Solo pensar en ello me hace sonreír con malicia, y meto la camisa por dentro antes de abrocharme el cinturón.

—Y no vayas contando lo que ha pasado —. Me ajusto el cuello, alcanzo mis botas y me las pongo—. Negaré cualquier cosa, y tú quedarás como una idiota —. Si dice una palabra, soy hombre muerto.

—Seré inexperta, pero no estúpida —. Evie se incorpora y se desliza hasta el borde de la cama. Ya no es tímida. Eso es bueno. Con suerte, esto quedará entre nosotros.

—La próxima vez, intenta oponer resistencia. El numerito de sumisa es mono, pero lo digo en serio. Da lo mejor de ti si quieres mantenerme interesado —. Alcanzo la puerta mientras ella resopla, y sonrío para mis adentros durante todo el camino de vuelta a través del césped.

Comía de mi mano y, sin duda, siendo tan combativa como es, con tanto que demostrar, si hay una próxima vez, veré a la verdadera Evie O'Leary en la cama. Por Dios, espero que haya una próxima vez.

EVIE

No me puedo creer que Lochlan haya dicho eso. Me apresuro a cruzar la habitación con la intención de abrir la puerta de golpe y gritarle, pero lo pienso mejor. Mamá podría oírme, o papá podría estar en la entrada y verme desnuda. Así que, en su lugar, me quedo junto a la ventana observándole mientras camina a través del resplandor de luz que sale de la parte trasera de la casa hacia su coche. Lo único que puedo hacer es tragarme el insulto y sonreír por lo increíble que me ha hecho sentir.

Ni me molesto en ponerme ropa. Voy tranquilamente a mi nevera y me sirvo una copa de vino de la botella medio vacía tras la visita de Kelly hace unos días, después me meto en la cama y me acurruco con un buen libro. La novela de misterio ha mantenido mi atención durante algunos días, pero mientras sorbo el vino e intento concentrarme en las palabras, me encuentro pasando páginas sin saber qué está ocurriendo.

Lochlan ha arruinado mi capacidad de concentración. Su contacto, la forma en que tomó el control de mí... es todo en lo que puedo pensar. Y dijo "la próxima vez" como si tuviera la intención de hacerlo de nuevo. ¿Conmigo? Pero, ¿cuándo?

Me siento eufórica ante la idea de que pueda querer tener sexo conmigo otra vez, no solo porque fue increíble, sino también por lo mucho que le deseo. Dos orgasmos no son suficientes. Mi centro aún palpita de deseo. Si se hubiera quedado, estaría follando con él

una y otra vez, y la única razón que se me ocurre es que representa libertad y emoción.

Apenas me veo tan excitada por tener sexo con Elvin una vez que esté casada. Podría equivocarme. Él también podría ser increíble en la cama, pero algo me dice que su comportamiento relajado indica que es un hombre muy pasivo. Probablemente ni siquiera sabe dónde tocarme para hacerme estremecer, pero Lochlan lo consigue solo con su mirada.

Sé que está mal. Sé lo horrible que es, las cosas de las que probablemente sea culpable. Su familia es notoria en esta ciudad, y liarme con él es probablemente una muy mala idea, pero el fuego que enciende dentro de mí es inconfundible. Y joder, cómo se sintió su boca recorriendo mi zona íntima.

Sí, definitivamente lo repetiré si él quiere. Solo tengo que tener cuidado de proteger mi reputación y, probablemente, usar protección la próxima vez para que no tengamos un accidente. Elvin nunca aceptará casarse conmigo si estoy embarazada del bebé de otro hombre.

Lo cual es exactamente en lo que empiezo a reflexionar mientras mi mente se desliza hacia un sueño tranquilo. Tengo algunos sueños ardientes donde me siento en la cara de Lochlan, follo con él mientras conduce su coche, y uno donde papá nos interrumpe y lo echa. Y justo antes de despertar, sueño que estoy embarazada de su bebé y Elvin lo mata, lo que hace que mi corazón lata salvajemente fuera de control. Es suficiente para impulsarme a la ducha donde me lavo el sexo y me preparo para el trabajo.

Mi rutina matutina es normal: ducha, desayuno, pelo y maquillaje, vestirme y coger un café de camino a la oficina. Pero llegar al trabajo es cualquier cosa menos normal. Veo el coche de Darren antes incluso de aparcar el mío, y por un segundo, considero no parar, simplemente salir del aparcamiento y dirigirme directamente a los piquetes donde papá y Jasper probablemente están ayudando a prepararse para el día.

Luego pienso en Lochlan, en cómo me ordenó dar lo mejor de mí, y me pregunto si así soy yo. Me meto en situaciones donde se supone que debo ser audaz y dura, y luego me acobardo y me doblo

como un traje barato. Darren Connelly puede pensar que puede intimidarme, pero no soy una pusilánime.

Cuando cursé mi carrera de empresariales, mis padres aborrecían la idea. Me lo pusieron difícil, pero como adulta, legalmente tenía derecho a hacer lo que quisiera. Finalmente, cedieron cuando le dije a papá que planeaba trabajar para él usando mi título. Mamá se resistía, pero llegamos a un acuerdo. Siempre que prometiera casarme con Elvin cuando fuera el momento, aceptarían que yo quería más de mi vida que ser una madre que se queda en casa criando a los mimados y ricos hijos de Elvin.

Esa columna vertebral es lo que me impulsa a aparcar mi coche y dirigirme hacia el edificio sin temer lo que Connelly quiere. Está aquí para intimidarme más. Estoy segura. Pero no voy a dejar que me afecte. Voy a cuadrar mis hombros y poner cada onza de valentía en este momento que pueda.

Pero cuando me corta el paso, colocándose entre la puerta y yo, sosteniendo su teléfono en mi dirección, la ansiedad empieza a joderme.

—¿Qué quieres? —le suelto, intentando caminar a su alrededor, pero reconozco la voz en el vídeo frente a mí. Me hace detenerme y mirar su teléfono.

—Solo mira, cariño. —Connelly tiene el descaro de aparecer aquí de nuevo. He ignorado sus llamadas y mensajes. Debería haber tirado el maldito teléfono cuando juró que papá es un blanqueador de dinero, pero lo conservé. Una mórbida curiosidad que tengo.

Mis ojos caen sobre el vídeo aunque no quiero, y noto que es TD Scott, y está diciendo algo sobre mi padre. Entrecierro los ojos y escucho.

—El señor O'Leary me prometió el favor de dos millones a cambio de mi silencio. Digo esto por mi propia voluntad, y admito que he cometido errores...

El vídeo se detiene y él me mira con una sonrisa burlona mientras dice: —Sobornar al diputado del Dáil es un delito muy grave, señorita O'Leary... —Los ojos de Connelly se centran en mí mientras guarda su móvil en el bolsillo y se acerca—. ¿Me crees ahora? El diputado Scott está grabado confesando haber aceptado

un soborno de tu padre, lo que enviará a ambos a prisión. Ahora — inhala profundamente y mira alrededor del aparcamiento, luego vuelve a mirarme—, o me das lo que quiero, o tu padre irá a prisión por mucho tiempo. ¿Quién dirigirá su preciado sindicato cuando esté encerrado?

—Que te jodan —siseo, caminando a su alrededor. Mi desayuno está llamando a la puerta, intentando liberarse, y corro hacia la puerta lateral del edificio, pero Darren me agarra del brazo y me da la vuelta. Tiene un cuchillo, que engancha el dobladillo de mi blusa y lo corta. Luego lo presiona contra mi garganta mientras me rodea con su brazo, inmovilizándome contra su pecho.

—Esa no es forma de hablarme, cariño. A papá no le hará mucha gracia saber que su niñita está dispuesta a dejarlo pudrirse en la cárcel. —El filo del cuchillo es afilado, pero aún no ha sacado sangre. Trago contra la presión e intento mantener la calma.

—¿Qué quieres? —La única manera de salir de esto es cumplir, darle lo que pide. Entonces se irá y podré volver a mi vida normal.

—Quiero que envíes unos contenedores para mí. Necesito saber cuándo puedes enviarlos desde aquí a Amberes, y luego a Bruselas.

—Su cuchillo no vacila. Su mano está firme. Pero mi respiración entrecortada me asusta. Si no presiona, estaré bien, siempre y cuando no me desmaye y caiga sobre la maldita hoja.

—No tengo esa información —miento. Puedo consultarla cuando quiera.

—Pues averígualo. El contenedor estará aquí en tres horas y si no está en el próximo barco, enviaré este vídeo al director de la fiscalía pública. —Darren me empuja, y tropiezo hacia la puerta, sin mirar atrás mientras la abro de un tirón y me meto dentro.

Mis manos tiemblan mientras me tambaleo hasta el ascensor y pulso el botón. Mi primer pensamiento es ir directamente a Lochlan y contárselo todo, hacerle saber lo que está pasando porque no creo que mi mejor estrategia sea suficiente para este lío. Pero no está en la oficina de mi padre, y algunos de mis compañeros me miran como si fuera una niña porque las lágrimas corren por mis mejillas.

Me siento en pánico e histérica, especialmente cuando recibo un mensaje de texto con una advertencia de no decir una palabra a

nadie o entregará la grabación también por ese delito. Y ahora estoy aterrorizada. Si mi padre realmente es culpable de lo que dijo Darren, no puedo dejar que vaya a prisión. Me pregunto qué haría un hombre como Lochlan en esta situación, cómo lo manejaría. Ellos cometen delitos todo el tiempo y no los atrapan, así que ¿cómo puedo permitir que mi padre caiga por esto? Tengo que hacer lo que me pide. Y también debo mantenerlo en secreto. De lo contrario, perderé a mi padre para siempre. No puedo dejar que eso suceda.

LOCHLAN

Al entrar con el coche en el aparcamiento, veo a un hombre extraño. Su figura se mueve por el recinto, caminando con una extraña urgencia que inmediatamente capta mi atención. Lleva una chaqueta oscura y pesada que parece fuera de lugar para el tiempo que hace; no hace suficiente frío para algo tan grueso. Es demasiado... evidente. Su postura es tensa, con los hombros ligeramente encorvados, como si estuviera intentando hacerse más pequeño, pero al mismo tiempo, mira por encima del hombro cada pocos segundos, como si esperara que alguien le siguiera.

Hay algo en su manera de moverse que hace saltar una alarma en el fondo de mi cabeza. O tiene prisa o está intentando volverse invisible; ninguna de las dos opciones me inspira confianza. Y como Draco está fuera y este es mi territorio para defender, inmediatamente me siento protector.

Le observo durante unos segundos, apretando ligeramente el volante. No me mira cuando se desliza dentro de un coche que sale del aparcamiento, con un ligero chirrido de neumáticos al acelerar. Tiene un conductor, así que es lo suficientemente adinerado para ese tipo de cosas, pero no es un coche lujoso, por lo que quizás no sea tan acaudalado como podría ser. Mis sospechas aumentan y mi mente mastica esta información.

No puedo quitarme la sensación de que acabo de presenciar algo... raro. No le había visto por aquí antes, y eso solo profundiza

mi sospecha. No es el tipo de persona que simplemente ignoras. Considero seguirle, pero mi deber está aquí. Sea quien sea, definitivamente está tramando algo. ¿Pero qué? La falta de respuestas me corroe mientras relego el pensamiento a un segundo plano por ahora.

En el momento en que mis botas pisan la segunda planta, me recibe el zumbido de la oficina a mi alrededor. El sonido de las conversaciones, el suave tintineo de las tazas de café y el constante murmullo del aire acondicionado le dan al lugar una falsa sensación de calma. Es casi demasiado normal. Pero entonces suena mi teléfono, sacándome de mis pensamientos. Me quedo en la entrada junto a la puerta de los aseos para responder.

Miro la pantalla. No hay identificación de llamada, lo que normalmente significa que es alguien a quien no conozco o alguien que está intentando ocultar su identidad. Ya estoy nervioso, pero esto lo empeora.

—Lochlan... —La voz de Cormac Doyle es inconfundible. Crepita a través del teléfono, más baja de lo habitual, tensa con malicia—. Dile a tu maldito sindicato que abandone la línea de piquetes. Morirán más hombres si no lo haces.

Un escalofrío me recorre la espalda, agudo y frío. La implicación detrás de sus palabras es clara. Cormac no se refiere solo a amenazas físicas en la línea. Está hablando de algo más profundo, algo más personal. Mi estómago se retuerce mientras echo un vistazo por la estrecha ventana hacia el espacio de oficina donde trabaja el personal. He visto jugar sucio a los Doyle, y no puedo evitar sentir que esta vez están a punto de cruzar una línea que aún no han cruzado. Han estado acosando a los piqueteros durante semanas.

—¿Qué quieres decir con eso? —Fuerzo las palabras a través de una mandíbula tensa. No quiero saberlo, pero necesito hacerlo. Si ya ha estado presionando a Draco y a Jasper, no hay razón para que venga a por mí aquí.

—Lo descubrirás muy pronto —se burla Cormac—. ¿Crees que la línea de piquetes es un problema? Eso no es nada comparado con lo que tenemos en mente. Dile a Draco que retire a sus miembros. Es

una lástima que hombres inocentes vayan a ser enterrados. Piensa en sus esposas e hijos. Y en esas señoritas con sus bonitas faldas de tubo sentadas alrededor de sus escritorios escribiendo a máquina. Qué pena, de verdad.

Siento que mis músculos se tensan, los pelos de la nuca se me erizan cuando sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. ¿Qué tiene en mente? Se refiere a atacar dentro de las paredes de esta oficina, a las personas de aquí. Personas que Draco me pidió que vigilase.

Un brusco suspiro se escapa entre mis dientes. —No hagas amenazas que no puedas cumplir, Doyle —gruño, aunque las palabras suenan huecas incluso para mí. Sé que no está fanfarroneando—. ¿Qué demonios estás planeando realmente?

Hay una larga pausa al otro lado de la línea. —Lo verás muy pronto —dice finalmente, y la línea se corta antes de que pueda responder. El sonido del tono de marcado resuena en mi oído, dejándome en un amargo silencio.

Me quedo allí, inmóvil, en medio de la entrada. Mi mente ya está dando vueltas. Pienso en las personas de este edificio: los hombres y mujeres que trabajan tras sus escritorios, los que vienen a trabajar cada día pensando que están a salvo.

Mis pensamientos inevitablemente se dirigen a Evie. Su forma de actuar últimamente, su cautela, la mirada asustada en sus ojos cuando la sorprendí el otro día... hay algo más en todo esto. Está involucrada de alguna manera, y no puedo entender cómo o por qué, pero sé que no es una coincidencia. Esto es más que una simple disputa sindical. Siempre lo ha sido, y quizás Cormac está intentando hacer que esto sea personal para Draco. Algo en lo que no creo que nadie haya pensado.

Sacudiéndome la inquietud, me dirijo a la oficina, empujando la puerta y entrando en la sala principal. Mi mirada la recorre rápidamente, un hábito que he perfeccionado a lo largo de años trabajando en este negocio. Mis ojos se posan en ella casi inmediatamente.

Evie está sentada en su escritorio, inclinada sobre unos papeles, con el ceño fruncido, pareciendo más tensa de lo habitual. Está

mordisqueándose el interior del labio, un hábito inconsciente que he notado que hace cuando algo le preocupa.

Su cara está pálida, demasiado pálida, y cuando me ve, da un respingo, sobresaltada. Sus hombros se encogen instintivamente, como si se estuviera preparando para algo. Sus manos se congelan a medio movimiento como si no esperara que hubiera alguien detrás de ella.

—Evie —la llamo, con voz firme y autoritaria mientras me acerco—. A mi despacho. Ahora.

Se levanta rápidamente, pero no hay chispa en su movimiento como de costumbre. Ni ligereza. Ni energía. Parece más bien que está actuando mecánicamente, como si llevara algo pesado. Sus hombros caen, y puedo ver un destello de algo en sus ojos... ¿ansiedad? ¿Miedo? Las dos emociones se mezclan, y eso hace que se me oprima el pecho.

La observo mientras me sigue hasta mi despacho, mi mirada recorriendo el modo en que sus manos tiemblan ligeramente al cerrar la puerta tras ella. Se queda de pie frente a mí con una postura defensiva. Sus brazos cruzados firmemente sobre el pecho. Es sutil, pero está ahí: se está protegiendo.

—¿Qué ocurre? —pregunto con naturalidad, esperando no asustarla. He llegado tarde hoy, así que puede que piense que esto es una simple comprobación por mi parte. Tenía algunos asuntos que gestionar, pero ahora me arrepiento de esa decisión. Si Cormac está listo para atacar la oficina central y no solo la línea de piquetes, significa que cualquiera aquí está en peligro, incluida Evie. Y le di mi palabra a Draco de que la protegería tanto a ella como a su negocio.

Sus ojos rehúyen los míos por un momento, pero cuando vuelve a mirarme, fuerza una sonrisa que no llega a sus ojos. —Nada. Es solo que... hay mucho trabajo. Ya sabes cómo es esto.

No me lo trago. La tensión en su cuerpo, la forma en que evita mi mirada... algo no va bien. Pero aún no la presiono. Necesito más de ella, y no voy a arrinconarla solo para obtener respuestas. Solo conseguiría que me hiciera más preguntas como la que me lanzó el otro día sobre si su padre era un corrupto.

—¿Ha ocurrido algo extraño? ¿Algún correo raro? ¿Visitas? ¿Algo fuera de lo común? —pregunto, y ella se estremece ligeramente como si no esperara la pregunta, pero mantiene su posición.

—No —dice, demasiado rápido—. Nada. Solo lo habitual. —Sacude la cabeza, con el pelo alborotado alrededor de su cara. Es algo sexy, pero con su expresión de pánico, no puedo permitirme ese pensamiento.

Las palabras parecen quedar suspendidas entre nosotros, pesadas e insinceras. No estoy convencido, pero no puedo obligarla a contarme algo que no está preparada para soltar. Si está lo suficientemente asustada, vendrá a mí. Por ahora, quizás mi mejor opción es simplemente tomar el control donde pueda, asegurarme de que esté a salvo aunque no quiera mostrarse vulnerable. Algo me dice que el hombre de antes en el aparcamiento tiene que ver con esto.

—Muy bien —respondo tras una pausa, tomando la decisión en mi mente—. A partir de ahora, te llevaré al trabajo y te traeré de vuelta. Por seguridad. Las cosas están escalando en las líneas de piquetes, y no voy a arriesgarme a que te ocurra algo aquí. Tu padre me mataría.

Sus ojos se abren ligeramente, la sorpresa cruzando sus facciones antes de que rápidamente la enmascare. Abre la boca para protestar, pero la interrumpo. —Sin discusiones. Esto no está abierto a debate.

No discute. La tensión en la habitación disminuye muy levemente, aunque puedo notar que no está del todo contenta con mi decisión. Tiene un carácter fuerte, pero no voy a ceder en esto. No después de la amenaza que acabo de recibir. No cuando sé de lo que son capaces los Doyle.

Asiente en silencio y camina hacia la puerta más lentamente de lo habitual, su lenguaje corporal diciendo más que sus palabras jamás podrían. En cuanto la puerta se cierra tras ella, cojo mi teléfono de nuevo, marcando el número de Ronan. Contesta al segundo tono, y antes de que pueda hablar, descargo.

—Ronan —digo con urgencia—. He visto a un hombre fuera de la oficina antes. No lo reconocí, pero algo en él me dio mala espina.

Tenemos que estar alerta. No me fío de esto. Algo está pasando.

La respuesta de Ronan es rápida y tajante. —De acuerdo, vigila todo de cerca. La oficina es demasiado valiosa para perderla. Nuestros envíos no salen si el sindicato sufre un golpe. Draco ha trabajado demasiado duro para mantener las cosas funcionando para nosotros. No podemos permitirnos un error.

Asiento, aunque no puede verme. —Entendido. Aumentaré la seguridad aquí.

Hay una pausa, y puedo notar el cambio en el tono de Ronan. —¿Qué más? No me has llamado tan alterado solo por un tipo en el aparcamiento.

Me paso una mano por el pelo, tratando de mantener mi voz firme. —Cormac me llamó. Me dijo que retirara el piquete o morirán más hombres.

El tono de Ronan se vuelve más frío, pero siempre está tan sereno. —¿Qué más dijo?

—Amenazó con más violencia. No solo los piquetes, algo más grande. No sé a qué se refiere aún, pero tengo la sensación de que habla de las oficinas.

—No me sorprende. —La voz de Ro es casi un gruñido ahora. Sabe tan bien como yo que si Cormac quiere, puede hacer estallar nuestra cadena de suministro simplemente atacando esta oficina. Los pequeños empujones en nuestra línea de límite son solo tácticas de intimidación. Quiere a los O'Rourkes fuera de juego en los muelles y quiere que su propia línea de suministro tenga prioridad. Si ataca la oficina, significa guerra.

—Hablaré con Draco. Tú asegúrate de que todo siga funcionando. Y por el amor de Dios, asegúrate de que su hija esté a salvo. Ese maldito idiota nunca debió dejar que trabajara para él. — Me imagino la expresión enfadada de Ronan mientras piensa en su propio hijo y entiendo cómo se siente.

—Me encargo, Ro. —Cuelgo el teléfono, pero mi mente vuelve al extraño comportamiento de Evie. Ya no solo vigilo esta oficina. Mi trabajo ahora es proteger este lugar de los ataques de Cormac y mantener a estos trabajadores inocentes lo más ajenos posible al verdadero negocio de Draco, mientras protejo también sus vidas.

Empezando por su hija.

EVIE

No quiero subirme al coche de Lochlan. Soy perfectamente capaz de conducir sola hasta casa, pero aquí estoy, parada junto a la puerta del copiloto con los brazos cruzados, fulminándole con la mirada.

—Estoy bien —espeto con voz tensa—. Puedo conducir yo misma.

Lochlan ni se inmuta. Ni siquiera parece molesto, solo mantiene esa mirada determinada en sus ojos. —No. No voy a dejar que conduzcas. Hoy no.

Me hierva la sangre por la facilidad con la que me desestima. —Estás siendo ridículo.

Se encoge de hombros, impasible. —No voy a arriesgarme. Sube al coche.

Pongo los ojos en blanco, pero hago lo que dice. No tiene sentido discutir con la forma en que son las cosas. Me siento expuesta, sin control. No puedo explicar por qué, pero así es. La amenaza se siente real, y una parte de mí quiere sentirse segura, aunque eso signifique estar cabreada con Lochlan.

El motor del coche ruge y nos quedamos en silencio durante unos momentos. El día me abruma; todo ha ocurrido tan rápido, hay tanto que procesar. Todavía estoy intentando asimilar lo que pasó antes. El vídeo, las amenazas, mi padre... No sé a qué me enfrento, pero sé que no puedo echarme atrás. Ahora no.

Lochlan me mira de reojo mientras se incorpora al tráfico, con la mandíbula tensa. —¿Estás bien? Te comportabas de forma extraña esta mañana.

Me pongo tensa, pillada por sorpresa. —Estoy bien. Solo... cansada —miento, manteniendo mi voz firme.

Su mirada se agudiza, pero no dice nada más. La tensión en el coche se hace más densa, y siento que me asfixio. Quiero contarle la verdad, pero no puedo. Si descubre las amenazas contra mi padre, me sacará de la oficina, y no puedo permitir que eso suceda. Necesito averiguar hasta dónde llegan los vínculos de mi padre.

Me mintió el otro día, me dijo lo que quería oír. Pero mi padre está metido en este asunto de alguna manera, aunque sean Lochlan y su familia quienes le hayan puesto en medio de la situación. Ese vídeo solo lo demuestra, y ahora estoy atrapada en una situación que no pedí, teniendo que proteger a mi propio padre de algo que nunca verá venir. Tengo que indagar más profundamente y averiguar hasta dónde llega para ver si hay alguna manera de salvarle.

—Bueno, puedes contármelo si quieres. No voy a alucinar ni a pensar que eres débil. —Me mira de reojo mientras conduce, y mis ojos se dirigen hacia él con curiosidad. ¿Por qué diría algo así a menos que ya supiera lo que está pasando? Pero si supiera lo que está ocurriendo, ya lo habría detenido, habría intervenido y clavado a Darren Connelly a la pared.

—Estoy bien —digo, suavizando mi tono. No es culpa de Lochlan que esto esté sucediendo, y tengo que ser sincera conmigo misma. Me siento más segura con él en su coche que siendo interceptada por ese tipo espeluznante. Quizás si ve que Lochlan está conmigo cada segundo del día, captará el mensaje. Tiene que saber quién es Lochlan O'Rourke.

—¿Es porque nos acostamos? —Es tan directo, parando en un semáforo en rojo y mirándome fijamente. Sus ojos taladran mi piel, poniéndome nerviosa y un poco alterada. Con todo lo que pasó en el trabajo, el sexo era lo último que tenía en mente. Pero ahora que lo ha mencionado, me siento más acalorada, algo excitada.

Trago para disipar la tensión de haber sido obligada a hacer algo que no me agradaba y dejo que su pregunta cale. Cuando salió de

mi apartamento la semana pasada, dijo que la próxima vez tendría que dar lo mejor de mí. Él obviamente sabe lo que quiere, pero yo no, así que me da curiosidad escuchar sus pensamientos. Reúno un poco de audacia y digo: —Sí, el sexo... —Es una excusa patética, pero se la cree y me sonrío con suficiencia, lo que me avergüenza un poco.

—¿A qué te referías con dar lo mejor de mí? —Esta vez, me toca a mí mirarle fijamente mientras se aleja de la intersección y gira hacia la casa de mi padre.

—Me refiero a que pasaste de ser una zorra al acecho en el salón de tu padre a un cachorro con correa. Si quieres complacerme, tendrás que ser un poco salvaje. Me gustan las chicas con carácter. ¿Por qué crees que te seguí hasta tu suite? —Una sonrisa juguetea en sus labios. Tengo la sensación de que está pidiendo algo, y si quiere a la zorra, entonces tengo que sacarla a relucir y fingir que sé lo que estoy haciendo.

Mi centro se tensa. Estoy segura de que mi cuerpo está produciendo montones de humedad mientras giro mis hombros hacia él. Él está concentrado en la conducción, y siento que el ambiente en este coche acaba de cambiar. Así que está siendo un poco sobreprotector al llevarme en coche. Al menos puedo divertirme un poco con ello. De modo que desabrocho mi cinturón de seguridad y me inclino sobre él, frotando su entrepierna. Sorprendentemente, encuentro un ligero bulto que se endurece bajo mi tacto.

—¿Una zorra? —ronroneo, conjurando imágenes de una mujer vestida de cuero negro con un látigo y un hombre atado a una cama. Estoy segura de que no es lo que él quiere decir, pero es todo lo que puedo pensar—. ¿Quieres ser dominado? —susurro en su oído, y él se ríe.

—Quiero que pelees un poco conmigo. Que lo hagas interesante.

Lochlan habla con tanta confianza que no estoy segura de qué pensar. —¿Pelear contigo? —pregunto, dándome cuenta de que mi mano ha dejado de masajear su polla hinchada mientras él entra en el camino de entrada y rodea la casa para aparcar junto a mi apartamento.

—Sí —dice mientras pone el coche en punto muerto. Me agarra la muñeca y aprieta su agarre con fuerza alrededor de ella, luego presiona un beso en la palma de mi mano—. Pelea conmigo.

—¿Quieres violarme? —Trago saliva con dificultad, notando cómo se me alzan las cejas—. ¿En qué demonios me estoy metiendo?

—¿Quieres ser violada? —La forma en que sus palabras retumban en su garganta me hace estremecer. Esto le está excitando, y a mí también me está tocando fibras que desconocía.

—Claro que no... —Apenas puedo respirar. Me excita muchísimo, pero por lo que dice, parece que quiere cosas que no tengo ni idea de cómo darle o si quiera si las quiero.

—¿Puedo enseñarte? —pregunta, y tengo la sensación de que no tengo elección.

Asiento con la cabeza, retrocediendo. Mi mano busca a tientas el tirador de la puerta detrás de mí mientras él sale del coche y lo rodea. Antes de que pueda ponerme en pie, ya está ahí, cargándose sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

Su agarre es firme e implacable mientras abre con la rodilla la puerta de mi apartamento. La cierra de una patada y gruñe:

—Esta es tu palabra de seguridad —y deja caer las llaves de su coche en mi mano—. Si quieres que pare, la usas, ¿entiendes?

—Sí... llaves... —Asiento, por fin encontrando mi voz mientras me deja en el sofá de mi salón—. Entiendo —jadeo, todavía temblando como una hoja en su presencia. Este Lochlan no se parece en nada al hombre con el que he estado estos últimos días. Es depredador, primitivo, y me gusta más de lo que debería.

Entonces, antes de que pueda procesar lo que está ocurriendo, mis muñecas están atadas sobre mi cabeza con su corbata. La mirada oscura de Lochlan se encuentra con la mía, enviando una punzada de miedo a través de mí. Me tensó, intentando levantar las rodillas, pero su cuerpo me presiona hacia abajo, su mano alcanzando el frente de mi camisa. Esto se siente mucho más como un hombre tomando lo que quiere que como hacer el amor, y no estoy segura de cómo debo sentirme. Pero estoy segura de que no es miedo.

—Relájate —gruñe, aunque hay una corriente subyacente tranquilizadora en su voz—. No te haré daño. Si quieres que pare, dices "llaves". ¿Entendido? —Sus dientes se hunden en mi cuello y gimo mientras una oleada de endorfinas recorre mi cuerpo hasta mi centro. Hace que mis rodillas se separen para él, que mi cuerpo se arquee hacia el suyo.

La mezcla de miedo y excitación es como nada que haya experimentado antes, y se me pone la piel de gallina. La tensión sexual se intensifica mientras alcanza mi camisa, abriéndola bruscamente y exponiendo mi sujetador, que arranca sin pensarlo dos veces. Sus manos están por todas partes, acariciando, apretando, explorando, y me descubro arqueándome hacia sus caricias. Mis gemidos son bajos y necesitados, mi espalda hundiéndose en el sofá mientras se coloca a horcajadas sobre mí.

—Lochlan —gimo, sin saber si es consentimiento o una súplica para que se detenga. Quizás un poco de ambos.

Cuando se aparta y me arranca los pantalones sin siquiera desabrocharlos, oigo cómo se rasga la tela y jadeo. Mis pies se lanzan hacia fuera y le patean involuntariamente, y él me agarra por los tobillos y los inmoviliza contra la cama con una rodilla.

—Eso es. Así —ronronea mientras se desabrocha cuidadosamente la camisa.

—Joder —siseo sin aliento. ¿Quiere que le patee? No sé qué está pasando.

Cuando está sin camisa, me quedo mirando el perfecto abdomen que ha esculpido para sí mismo y por un momento, me quedo sin palabras. Antes de que pueda ordenar mis pensamientos, Lochlan ha aflojado sus pantalones lo suficiente para liberar su dura longitud. Mis ojos se ensanchan cuando se agarra a sí mismo, acariciándose una vez... dos veces... y una tercera vez antes de bajarse los pantalones de un tirón y quitárselos de una patada.

—Aléjate de mí —gimo, sonando más tímida y asustada que otra cosa. Él lo devora.

—¿Y si no lo hago? —pregunta mientras se arrastra por la cama, sometiendo mis piernas inquietas contra el colchón. Separa

ampliamente mis rodillas, presionándolas contra la cama a cada lado, exponiendo mi centro a su aliento caliente.

—Yo... yo... —¿Se supone que debo luchar contra esto? Pero joder, lo quiero. Esa boca en mi centro. Le quiero a él.

—¿Tú qué? Dilo —Lochlan se inclina y muerde mi clítoris. Literalmente lo muerde hasta que estoy siseando y chillando. Mis caderas se elevan y me retuerzo.

—¡Para de una puta vez! —gimo, sin quererlo decir en absoluto, pero cuanto más peleo contra él, mejor se pone. Tiro de las ataduras, intento liberar mis rodillas, pero él es muy fuerte—. No hagas eso. ¡Para! —Mi grito le hace reír.

—Preciosa —dice, soplando un flujo constante de aire sobre mi humedad, lo que me hace estremecer.

—Madre de Dios, quítate de encima —Esta vez, cuando levanto mis caderas, mi pelvis golpea su cara y él sonríe, limpiándose mis jugos de la barbilla. Su mano desciende en una fuerte bofetada a mi centro. Pica y luego arde, y jadeo mientras aspiro aire.

—Maldíceme —dice, acercándose, acariciándose.

—Que te jodan —siseo, interpretando a su víbora—. Te odio a ti y a tu maldita polla. Déjame ir, Lochlan. Vete a la mierda.

—Eso está mejor —Sonríe, posicionando la cabeza de su miembro contra mi entrada húmeda—. Ahora, intentémoslo de nuevo.

—No —empiezo a decir, moviendo mis caderas de lado a lado. Me retuerzo con tanta violencia que tiene que dejar de acariciarse para sujetarme. Es excitante, y hace que su deslizamiento a través de mi humedad sea aún más estimulante. Estoy tan excitada que podría explotar en cuanto esté dentro de mí.

—Sí —gruñe, introduciendo solo la corona y luego retirándose. Todo mi cuerpo se tensa, se arquea hacia arriba para encontrarle—. Quieres más, ¿verdad? Admítelo. ¿O tengo que demostrártelo?

—Quítate de una puta vez —jadeo, temblando de deseo y una necesidad que no entiendo. Él sonríe sabiamente mientras introduce su longitud profundamente, de los testículos al coño en una poderosa embestida, y grito por la repentina invasión.

—Cristo —gimo, tirando de las ataduras de nuevo antes de rendirme y permitirle marcar el ritmo. Su mano cae sobre el costado de mi trasero, y gimo, casi soltando mi palabra de seguridad, pero no estoy lista para terminar con el placer. Me tambaleo en un límite que nunca pensé que vería entre el placer cegador y el terror, y cuando su mano rodea mi cuello, mis ojos se abren de par en par.

—Esa es mi chica —dice Lochlan, recompensándome con una palmada en mi trasero que envía descargas eléctricas directamente a mi centro—. Dime algo realmente sucio.

Sus dedos se aprietan. Mis ojos se cierran. Gruño:

—Eres un animal. Un perro sucio —El calor comienza bajo en mi centro, arremolinándose y pulsando hasta que detona. Mi cuerpo explota en oleadas de placer. Su agarre se afloja en mi cuello, y su mano golpea mi trasero de nuevo, tan fuerte que esta vez, veo estrellas.

El orgasmo me arrolla como un maremoto, y estoy gritando contra el cojín del sofá, arqueándome de forma indecente contra él cuando se libera con un gruñido gutural propio. Sus caderas bombean más lentamente. Su corazón late con fuerza en su pecho. Apenas puedo respirar mientras me besa suavemente, luego desliza su mano por mis brazos.

Me quedo ahí jadeando, cubierta de sudor y agotada mientras Lochlan me desata con delicadeza del cabecero. Cuando sale de mí, siento cómo su sexo se derrama sobre el colchón, pero estoy tan exhausta que no puedo moverme. Él retrocede, se viste lentamente, observa mi sexo aún expuesto a su mirada.

—Si vamos a hacer esto, eres mía. ¿Lo entiendes? No comparto —se desliza los brazos en su camisa, abrocha los botones y se coloca la corbata alrededor del cuello.

Sea lo que sea "esto", me gusta. Aunque su fetiche sea dominar a una mujer hasta el borde de la locura, empujándome al punto del miedo y el terror para luego sumergirme en su placer... puedo soportarlo. Lo disfruto, y es mucho más excitante que Elvin Murphy. Asiento, pero no le digo que estoy prometida. Creo que lo sabe, pero no estoy segura de qué pensará cuando le diga que tengo que dejar

de acostarme con él para casarme. Si no va a compartirme, no veo que esto dure después de mis nupcias.

—De acuerdo —digo secamente, esperando que sea la respuesta adecuada.

Lochlan se tensa, cuadra los hombros y entorna los ojos, luego asiente. Si quiere una mujer audaz, eso seré. —Y no se lo digas a nadie.

—Por supuesto. ¿Acaso parezco estúpida? —me giro de costado, ocultando mi sexo de su vista. Él esboza una sonrisa socarrona.

—Eres demasiado inocente para ser una zorra, Evie. Me gustas tal como eres. Solo recuerda cómo complacerme en la cama, y nos irá bien —me sorprende cuando se inclina sobre la cama y me ofrece un beso prolongado. No lo rechazo. Estoy encandilada con él. Algo en él, incluso con su naturaleza dominante, es cautivador.

—Quédate —susurro, esperando tentarle a más placer. Quizás a una buena conversación.

—Mañana —dice, y se marcha.

Estoy frustrada, pero no hay nada que hacer con un hombre así. Hará lo que quiera cuando quiera, y lo único que puedo esperar es que en algún momento, me desee.

Cuando el sonido del motor de su coche se desvanece en la distancia, recojo mi bolso del suelo donde cayó cuando Lochlan me lanzó a la cama y saco aquel teléfono desechable. Envío el mensaje de que la carga ha sido enviada, y me alegro de que haya terminado.

No estoy segura de qué más va a exigirme ese hombre, pero seguramente no puede esperar que mantenga esta farsa con Lochlan respirándome en la nuca. Solo quiero averiguar por qué Darren piensa que mi padre es un criminal y hacer que deje de amenazar a mi familia. Y quiero que mi padre esté a salvo y no en prisión. Es solo cuestión de lo profundo que llegue el agujero del conejo.

LOCHLAN

S algo del apartamento de Evie con mi cuerpo aún vibrando por la sensación de su piel bajo la mía, el calor del momento todavía aferrándose a mí. Sin embargo, no me permito quedarme atrapado en las secuelas. No hay tiempo para dejarme llevar por emociones inútiles. Sé cómo me desconcentran y no puedo permitirme no estar al cien por cien ahora. Me costó demasiado con Maelyn.

El trayecto hacia el piquete es tenso. No estoy seguro si es por el peso de lo que está sucediendo o por el hecho de que aún puedo saborear a Evie en mis labios, pero no logro deshacerme de la sensación de que algo está a punto de estallar.

Cuando llego, la escena ya es un caos. Los equipos de noticias están por todas partes, filmando a los manifestantes, con micrófonos empujados en sus caras, cámaras captando la tensión. Los trabajadores gritan y corean, pero la ira en sus voces es diferente ahora. Es más afilada, más agresiva.

Algunos son genuinos, luchando por mejores salarios, mejores condiciones laborales. Pero otros se han infiltrado en las filas, forzando los límites de lo que pueden hacer. Solo están aquí para provocar problemas, probablemente enviados por el propio Cormac.

Esquivo algunas cámaras, sin querer quedar atrapado en el fuego cruzado del frenesí mediático, y me abro paso entre la multitud para encontrar a Draco y a Jasper en el borde de la protesta, apartados del ruido. Jasper tiene la cara magullada, un ojo morado hinchado

bajo su ojo izquierdo. Parece que ha estado en una pelea... joder, probablemente lo ha estado. Pero la expresión en su rostro es concentrada, profesional. Draco está a su lado, escudriñando a la multitud con su habitual mirada calculadora.

—¿Cuál es la situación? —pregunto, acercándome. No debería estar aquí, pero es donde está la acción, y donde está Draco. Tenemos que hablar.

Draco me examina rápidamente antes de volver su mirada hacia la multitud.

—Igual que antes. Algunos de estos tíos solo están aquí para causar caos, hacer las cosas más difíciles. Los hombres de Doyle están agitando el ambiente, tratando de hacer parecer que los huelguistas no pueden organizarse —gruñe y se frota la cara con la mano. Su frustración es palpable.

Siento que la tensión aumenta en mi pecho. Los movimientos de Cormac siempre son calculados. Nunca hace nada que no tenga un propósito. Está empujando, probando los límites.

—¿Cuántos? —Está aquí para distraernos de algo más grande.

—Suficientes para que las cosas se pongan feas —murmura Draco—. Algunos de ellos han estado causando problemas reales, alterando a la gente. Estamos intentando mantener a los huelguistas centrados, pero es solo cuestión de tiempo antes de que esto se convierta en algo peor.

Miro a Jasper, que todavía está cuidando su ojo morado.

—¿Estás bien?

Sonríe, haciendo una mueca de dolor.

—Estoy bien. Solo me pillaron en el lugar equivocado en el momento equivocado. Ya sabes cómo va esto.

Desafortunadamente, sé cómo va. He estado en su lugar y su padre tiene razón. Se va a convertir en algo mucho peor antes de que mejore.

Miro a Draco, tratando de ignorar el ruido a nuestro alrededor. Pero no puedo quitarme de encima lo que me ha estado carcomiendo todo el día: la llamada con Cormac. Puede que Ronan haya dicho algo o no, pero sé que tengo que hablar. Este es el bebé de Draco. Lo construyó con su sangre, sudor y lágrimas.

—Recibí una llamada de Cormac esta mañana —le digo, y él entrecierra los ojos hacia mí—. Nos está provocando. Me dijo que retirara el piquete o más hombres van a morir.

Los ojos de Draco resplandecen y aprieta los dientes. No dice nada de inmediato, pero puedo ver los engranajes girando en su cabeza. Sus ojos se cristalizan, se desvían hacia el caos.

—¿Qué más dijo?

—Lo dejó claro: no solo está hablando de los piquetes. Dijo que nos golpearían donde menos lo esperemos. Nos está atacando con más fuerza de lo que pensábamos. Y no se detendrá con los trabajadores. Creo que será un ataque a la oficina.

Draco me mira, entrecerrando ligeramente los ojos.

—No te equivocas. Siempre ha sido un cabrón. No se detendrá con unos cuantos puñetazos en la línea. Si realmente está presionando, ya no se trata solo de músculo y territorio. Irá tras el corazón de las cosas.

Las arrugas en su frente se profundizan. Entiende lo que eso significa.

Suelto un lento suspiro.

—Eso es lo que me preocupa. Ya tiene gente infiltrándose entre los manifestantes, avivando el fuego. Si no nos adelantamos a esto, podría explotar de una manera que no podamos controlar.

Draco asiente, con expresión sombría.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Estoy aumentando la seguridad alrededor de la oficina —respondo, mi mente ya trabajando en los pasos a seguir—. Necesitamos asegurarnos de que nadie se cuele, especialmente con los Doyle agitando las cosas desde dentro.

La mirada de Draco se endurece, y por un momento, no es solo el tipo que dirige el sindicato: es la figura paterna, el protector.

—Escucha, Lochlan... necesito que me prometas algo.

Mi estómago se tensa.

—¿Qué es?

Draco se acerca más, su voz baja pero urgente.

—Protege a Evie con tu vida. Es mi tesoro máspreciado, y ni siquiera puedo soportar pensar en lo que pasaría si le ocurriera algo.

¿Lo entiendes?

Asiento sin dudarlo.

—Tienes mi palabra.

Considero brevemente contarle lo que ha estado pasando entre Evie y yo. La atracción entre nosotros, la tensión que ha estado creciendo. Pero con Cormac presionándonos, no es el momento, no con la amenaza a la oficina pendiendo sobre nosotros. Mantengo la boca cerrada.

Justo cuando el momento queda suspendido entre nosotros, un grito rompe la tensión, seguido por el inconfundible sonido de puños golpeando carne. Me giro rápidamente y veo una pelea que estalla en medio de la protesta. La gente está gritando, los cuerpos empujándose unos contra otros.

—Mierda —murmuro, dirigiéndome ya hacia el caos. Draco está justo a mi lado y, juntos, nos movemos entre la multitud, interviniendo para detener la pelea.

La trifulca se intensifica mientras los cuerpos chocan entre sí. Un tipo lanza un puñetazo, acertando de lleno en la mandíbula de otro. La multitud a su alrededor estalla, gritando, empujando, forcejeando. Me muevo rápidamente, apartando a la gente mientras agarro a uno de los hombres por el cuello, arrastrándolo lejos del caos. Tiene la ceja caída y sangre manando de la nariz.

—¡Basta! —grito, mi voz cortando el ruido—. ¡No estamos aquí por esto! —La rabia burbujea justo bajo la superficie.

Lo empujo hacia la parte trasera de la multitud, pero gruñe y se abalanza de nuevo sobre el otro manifestante. Antes de que pueda reaccionar, Draco ya está en medio, agarrando al tipo por el brazo y retorciéndoselo a la espalda. Lo tiene todo bajo control, como siempre.

—No estás ayudando —gruñe Draco, con un agarre firme en la muñeca del hombre—. Contrólate antes de que lo haga yo por ti. —Debe saber que este hombre es una bomba de relojería.

El tipo forcejea pero finalmente se calma, la furia abandonándolo lentamente. Echo un vistazo para ver que la situación empiece a calmarse, pero mi sangre sigue bombeando con adrenalina. Esto...

esto es a lo que nos enfrentamos. Caos. Ya no se trata solo de la protesta. Es una bomba de tiempo.

Siento que mi teléfono vibra en el bolsillo, pero no lo miro. Tengo un mal presentimiento sobre la dirección que está tomando todo esto. Mis ojos escanean la multitud otra vez, pero esta vez no solo busco alborotadores. Estoy buscando la razón por la que esta huelga común se ha convertido en una zona de guerra.

No sé cómo, pero no puedo quitarme la sensación de que si no consigo que Evie se abra, va a verse atrapada en algo más grande. Cormac ya está jugando con nosotros, y cuanto más tiempo la deje reflexionar sobre lo que sea que está ocultando, más difícil será protegerla. Ella aún no entiende lo que es esto, pero yo sí.

Y si no intervengo, va a salir herida. Gravemente.

EVIE

Estoy sentada en el asiento del copiloto del coche de Jasper con mis pensamientos aún enredados por lo de ayer. Lochlan insistió en llevarme a casa anoche y, esta mañana, insistió en que no debería conducir yo misma al trabajo. No puedo evitar sentir que su mal humor se está volviendo más intenso, aunque sigue diciendo que intenta protegerme. No lo ha dicho directamente, pero sé que las huelgas están detrás de todo: la tensión constante, la amenaza de violencia que pende sobre nosotros. Si él supiera lo que estoy afrontando.

Jasper me habla sin parar mientras conducimos, ajeno al nudo que se retuerce en mi pecho. Está emocionado, todo sonrisas mientras habla sobre las negociaciones de la fábrica. —Evie, ¿puedes creer que por fin estén dispuestos a hablar? Los trabajadores han estado esperando esto.

Asiento, intentando mantener la sonrisa, aunque mis pensamientos siguen divagando. —Sí, es genial —digo, pero mi voz es demasiado suave. Apenas puedo concentrarme en sus palabras, no con todo lo demás nublando mi mente.

Recuerdo la llamada de Darren, las amenazas, el chantaje. Sus palabras aún resuenan en mi mente. *«La reputación de tu padre está en juego. Haz lo que te digo, o me aseguraré de que todos conozcan la verdad».*

No quiero saber qué podría estar ocultando mi padre, pero ahora es lo único en lo que puedo pensar. ¿Y si mi padre realmente está involucrado en algo ilegal? ¿Y si he estado ciega a todo esto durante años? Necesito conocer la verdad. El vídeo de Darren con ese miembro del parlamento incriminando a mi padre podría ser falso, pero algo me dice que es real y que he sido demasiado ingenua para verlo. Al fin y al cabo, tiene a Lochlan O'Rourke trabajando para él.

—¿Estás bien? —pregunta, y yo podría preguntarle lo mismo. Su ojo sigue hinchado y morado. Debió dolerle bastante cuando le golpearon.

—Solo estoy enfadada porque no puedo conducir yo misma. —Cruzo los brazos sobre el pecho y miro por la ventana, malhumorada.

—Sabes que papá y Loch solo quieren que estés a salvo, Evie. Los ataques de las protestas no fueron una broma. —Señala su propio ojo mientras gira hacia el aparcamiento del trabajo—. Papá solo quiere asegurarse de que estás protegida en caso de que esos cabrones vengan aquí.

La confesión sobre Darren Connelly está en la punta de mi lengua lista para salir, pero si se lo cuento a Jasper, se lo dirá a papá. Acabaré encerrada en mi apartamento y eso me impedirá husmear en los archivos del trabajo. Tengo que saberlo. No puedo simplemente quedarme sentada y fingir que no he visto ese vídeo.

—Solo acompáñame hasta mi escritorio, señor Guardaespaldas —digo, y él se ríe como si fuera una broma. Supongo que necesito practicar mi sarcasmo.

La oficina está rebosante de entusiasmo por las posibles conversaciones sobre el contrato. Papá está aquí, yendo y viniendo por el departamento legal, hablando con el equipo interno y los representantes sindicales. Jasper me acompaña hasta el segundo piso, a mi escritorio, donde me deja sin niñera. No sé dónde está Lochlan ahora mismo, pero me alegra que la oficina de arriba esté prácticamente vacía, especialmente cuando recibo un mensaje en el teléfono desechable que tengo en el escritorio. Ni siquiera estoy segura de por qué lo conservo, aparte de que es un vínculo con algo que temo que sea cierto. Quizás sea morbosa curiosidad que Darren

Connelly sepa más sobre mi padre que yo. Cosas que quiero descubrir.

Saco el teléfono y leo el mensaje, otra amenaza sobre mi padre yendo a prisión si no hago lo que él dice. Luego llega otro, exigiendo horarios de envío e información de afiliados. Es una violación total de la privacidad dar la información privada de nuestros afiliados, pero no estoy segura de tener otra opción.

Jasper regresa, y guardo el teléfono en el cajón de mi escritorio, silenciándolo primero para que no me vea con él. Si quiero que esto desaparezca, tengo que seguir el juego, pero también quiero algunas respuestas. Tal vez Connelly revele más detalles sobre las cosas que cree que hace mi padre. Si no, quizás deje de jugar a su juego.

Mis manos tiemblan mientras abro los archivos solicitados. No hay una manera fácil de transferirlos considerando que tengo hombres vigilando cada uno de mis movimientos ahora. Si imprimo algo, tengo que cruzar la habitación hasta la impresora, y Jasper me verá. O Dios no lo quiera, él recogerá los papeles y me los traerá, y luego preguntará qué estoy haciendo con esa información.

Así que en su lugar, saco un pendrive del cajón de mi escritorio, del tipo que nuestro equipo de marketing usa para transferir archivos grandes a la imprenta del centro para nuestros correos y boletines habituales. Siempre hay alguno por ahí y resulta que tengo varios en mi cajón.

Cuando Jasper se aleja hacia la cafetera en la esquina de la habitación, lo conecto a mi ordenador, transfiero rápidamente los archivos, lo expulso y me lo guardo en el bolsillo. Estoy decidida a llegar al fondo de todo esto.

Connelly quiere más que solo información sobre el sindicato, eso está claro. Simplemente no puedo saber qué es lo que quiere. Está empezando poco a poco, asegurándose de que le estoy dando archivos legítimos, pero va subiendo de nivel hacia algo más. Si puedo averiguar de qué podría ser culpable papá y qué cree Connelly que quiere, tal vez pueda ofrecer algún tipo de compromiso.

El teléfono en la oficina de papá suena y Jasper se pone alerta, mirando por encima de su hombro. —¿Loch no está aquí? —pregunta, y yo me encojo de hombros.

—No le he visto —respondo, y contengo la respiración. Cuando entre allí, tengo que hacer mi movimiento. Le enviaré un mensaje a Darren para decirle dónde encontrarnos, y me escabulliré cuando nadie esté mirando. Podría ser mi única oportunidad para quitarme a este hombre de encima y averiguar lo que necesito saber al mismo tiempo.

Jasper resopla y frunce el ceño, luego se levanta y entra en el despacho de papá, y yo agarro el teléfono desechable de mi cajón y mi juego de llaves de repuesto, saliendo disparada por la puerta y subiendo al ascensor antes de que Jasper pueda ver adónde he ido.

Me escabullo del edificio, manteniendo la cabeza baja y el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. El trayecto en el ascensor parece una eternidad. Miro por encima del hombro una vez más antes de salir al aparcamiento, manteniendo mi paso firme pero rápido, y dirigiéndome directamente a mi coche, enviándole un mensaje a Darren de que voy a reunirme con él en una pastelería en la esquina de Main y Montgomery.

Una vez dentro, arranco el motor y conduzco. Mi mente va a toda velocidad pensando en lo que estoy a punto de hacer. Esto parece una de las cosas más estúpidas que he hecho jamás, pero estoy demasiado metida como para echarme atrás ahora. El teléfono desechable vibra en mi bolsillo, y no necesito mirarlo para saber que es Darren. Mis dedos tiemblan mientras saco el teléfono y leo el mensaje.

Ya estoy aquí... Te espero.

Tecleo una respuesta rápida, diciéndole que llegaré en quince minutos. Mi pie presiona con más fuerza el acelerador, y el coche atraviesa un semáforo en rojo. No puedo seguir fingiendo que todo está bien cuando me estoy hundiendo más y más en este lío con cada paso.

Cuando llego al lugar donde le dije que nos encontraríamos, veo su coche aparcado junto a la acera. Aparco a su lado, mis manos aún tiemblan mientras cojo mis llaves y el teléfono desechable,

deslizándolo de nuevo en mi bolsillo con el pendrive. Respiro hondo y trago la ansiedad antes de salir del coche y caminar hacia él.

Darren está apoyado contra su coche, con los brazos cruzados, observándome acercarme. En cuanto me ve, sus labios se curvan en una sonrisa que se siente totalmente incorrecta. El traje caro le da un aire profesional, pero es un canalla.

—Ya era hora —dice, abriendo la puerta del pasajero—. Entra. Tenemos cosas que discutir.

Dudo por un momento, con el corazón martilleándome en el pecho. Ya no hay vuelta atrás. Entro sin decir palabra, y la puerta se cierra tras de mí. El coche huele a cuero y a un leve rastro de colonia que me revuelve el estómago. No hablo al principio, solo me quedo ahí sentada, intentando normalizar mi respiración.

Darren se desliza por el lado opuesto y parece más grande de lo que era. Su presencia llena todo el coche.

—¿Dónde están los archivos? —dice, con voz fría, cortante.

Le miro mientras mi estómago se retuerce.

—¿Qué va a hacer exactamente con ellos? —Mi voz es temblorosa pero más fuerte de lo que esperaba.

Se ríe, un sonido que me pone la piel de gallina.

—Lo que yo haga con ellos ya no es asunto tuyo, cariño. Lo que importa es que cumplas tu parte del trato. —Me mira brevemente, luego suspira y extiende su mano—. Los archivos por el futuro de tu padre.

Me estremezco y sus palabras me atraviesan como un viento frío.

—No seguiré haciendo esto. No seguiré ayudándole a hacer daño a mi familia.

Darren sonríe con una expresión oscura y burlona.

—¿Crees que tienes elección? No la tienes. Harás lo que te pida, o tu querido padre acabará en prisión.

Sus palabras duelen, haciendo que mi garganta se tense de rabia. Quiero gritarle, decirle que he terminado, pero me siento pequeña, impotente en el asiento junto a él.

—Lo quiero todo. Quiero la prueba de lo que tiene contra mi padre, y la quiero eliminada. Destruída.

Darren se ríe de nuevo, más fuerte esta vez, cruelmente.

—Debes pensar que soy estúpido. Así no es como funciona esto, cariño.

Mis manos se cierran en puños sobre mi regazo, y mi pulso se acelera.

—No voy a seguir haciendo esto —susurro, pero incluso a mis oídos, suena débil. Deslizo mi mano en mi bolsillo, saco el pendrive y lo coloco en su palma abierta. No soy la astuta seductora que Lochlan cree que soy. Soy débil, estoy indefensa y soy una tonta por pensar que puedo controlar algo.

Darren no dice nada. Solo me observa, su expresión endureciéndose mientras salgo de su coche. Mi cuerpo se siente pesado, y mi cabeza da vueltas mientras camino de regreso a mi coche. No quiero volver al trabajo. No puedo soportar estar allí, fingiendo que todo está bien.

Entro en mi coche y arranco el motor, conduciendo hacia casa en lugar de volver a la oficina. No quiero que nadie sepa dónde he estado. No quiero contarle a nadie la verdad, no cuando siento que me estoy desmoronando. Y las náuseas que revuelven mi estómago solo empeoran al darme cuenta de lo que he hecho. Entregué esa información sin protestar y ni siquiera conseguí lo que quería.

Cuando llego a casa, mamá está allí, sentada en el sofá, mirándome mientras entro.

—Evie —dice, su voz suave, llena de preocupación—. Estás pálida. ¿Te encuentras bien?

Intento sonreír, pero se siente forzado.

—Estoy bien, mamá. Solo cansada. Creo que me estoy poniendo enferma o algo así.

Se levanta y camina hacia mí, poniendo una mano en mi frente.

—No pareces tener fiebre. ¿Estás segura de que estás bien?

Asiento, con la garganta apretada.

—Sí. Estaré bien. Solo necesito descansar.

Me lanza una mirada que dice que no está convencida, pero no insiste. En cambio, me envuelve en un abrazo, y por un momento, me permito apoyarme en ella. Es el único consuelo que me queda, aunque no sea suficiente para evitar que el miedo se filtre en mi mente.

Mamá se separa ligeramente, mirándome con esa expresión familiar y preocupada.

—Sabes, Evie, Elvin Murphy es un buen hombre. Quizás si no tuvieras que trabajar tanto, la vida no sería tan estresante. Podrías dejar que él te cuidara. No tienes que hacer todo esto por tu cuenta. Cuando te cases, lo verás.

Sus palabras me golpean como una tonelada de ladrillos, y su expectativa me presiona. Sé que lo dice con buena intención, pero es lo último que quiero oír ahora mismo. Me estoy ahogando en mis propios pensamientos, en mis propios miedos, y no quiero hablar de matrimonio con un hombre al que no amo. Tiene razón. Él me cuidaría para que no tuviera que trabajar, pero yo quiero trabajar. Me gusta mi trabajo. Ella no lo entiende.

—Hoy no, mamá —digo, con la voz tensa—. Por favor. Solo necesito algo de espacio.

Suspira, claramente decepcionada, pero asiente antes de alejarse. La puerta se cierra suavemente tras ella, dejándome en el silencio de mis pensamientos. Me hundo en el sofá y me pongo la almohada sobre la cara. No puedo seguir haciendo esto.

LOCHLAN

Entro en la oficina ya irritado como el demonio. El negocio paralelo de Draco se está volviendo temerario, y soy yo quien se queda limpiando su desastre. No es que no hayamos traficado drogas antes, pero el fentanilo no es una mierda de aficionados que puedas meter casualmente y esperar que nadie se dé cuenta. Lo transportamos oculto a plena vista, cuidadosamente empaquetado junto a nuestros envíos legítimos de medicamentos recetados: es intencionado, eficiente, pero peligroso como la hostia.

Sin embargo, últimamente, los transportistas que Draco ha incorporado son unos cabrones descuidados y codiciosos que no podrían mantener la boca cerrada ni aunque sus vidas dependieran de ello. Y eso pone en peligro el cuello de todos nosotros.

Me encojo de hombros, intentando aliviar la tensión mientras escaneo la oficina. Evie no está en su escritorio, y algo en mi pecho se tensa inmediatamente. Ya debería estar aquí. Miro a Jasper, encorvado sobre su ordenador como imagino que es normal en él, y no parece preocupado por ello. Es un imprudente.

—¿Has visto a Evie? —Mi tono es más brusco de lo que pretendo, traicionando los nervios que tengo por dentro.

Él levanta la cabeza lentamente, parpadeando como si hubiera interrumpido algo importante. —No —dice, reclinándose perezosamente en su silla.

Mi mandíbula se tensa. La actitud de Jasper me irrita los nervios, pero no soy su jefe, ni tampoco su padre. —¿No has notado nada en absoluto? ¿No dijo que iba a salir?

—Lo siento —dice con sequedad—. Estaba atrapado en una llamada. No estaba prestando atención.

Me trago una maldición y me doy la vuelta, con la frustración carcomiendo mi mente. Evie no debería desaparecer sin decir una palabra, no después de todo lo que ha estado pasando últimamente. Los ataques del sindicato, las amenazas llegando desde todas las direcciones... es demasiado peligroso. Me froto la nuca para disimular lo peor de mi frustración y me giro.

Frunciendo el ceño, cruzo la habitación acercándome a dos de nuestros otros tipos que están cerca de la estación de café, susurrando como adolescentes chismosos. Su conversación muere inmediatamente cuando me ven venir. Está claro que se toman mi posición aquí más en serio que Jasper.

—¿Dónde está Evie? —pregunto, manteniendo mi voz firme, aunque la tensión se acumula en mi pecho con cada segundo que pasa.

El más alto, Greg, mira de reojo a su colega antes de contestar. —Eh, la vi antes escabulléndose. Parecía que no quería ser vista.

—¿Escabulléndose? —gruño, con la irritación transformándose rápidamente en ira—. ¿Sola?

Greg se encoge de hombros nerviosamente. —Vi a un tipo en el aparcamiento el otro día, pero esta vez no estoy seguro.

—¿Un tipo? —pregunto, preguntándome si es el mismo capullo elegante que vi merodeando el otro día.

—Sí, traje, coche de lujo. Parecía problemático. —Greg levanta la barbilla y alza su taza de café para dar un sorbo.

Mi pulso se dispara al instante, con la furia filtrándose en mis venas. ¿Evie reuniéndose con algún desconocido a mis espaldas? Se lo había dicho explícitamente: no comparto. Así no es como se supone que deben funcionar las cosas entre nosotros. Una oleada de protección supera mi ira, trayendo consigo viejos temores enterrados. Recuerdos de una explosión pasan por mi mente, un

calor fantasma en mi piel. El rostro de Maelyn está grabado en mi conciencia.

Me doy la vuelta bruscamente, dirigiéndome hacia las escaleras. Mis botas golpean cada escalón, el pánico mezclándose con la rabia mientras tomo la ruta más activa en lugar del ascensor, la furia acumulándose hasta que mis pensamientos se vuelven borrosos. Para cuando llego al vestíbulo, mi mano ya está alcanzando el teléfono. La llamo sin pensarlo dos veces en el mismo instante en que veo que su coche no está.

Ella responde después de dos tonos, su voz cautelosa, vacilante. —¿Lochlan?

—¿Dónde coño estás? —Mis palabras suenan como disparos, teñidas de una emoción apenas controlada.

Ella duda, y mi sangre se congela al oír el ruido de fondo del lugar donde está.

—Estoy en casa. —Oigo la irritación en su voz, pero no la registro hasta después de haber hablado de nuevo.

—¿Con quién coño estás, Evie? —interrumpo bruscamente, incapaz de evitar que la traición se filtre en mi tono—. No puedes desaparecer y esperar que no lo note. No con todo lo que está pasando.

—No lo entenderías —dice con voz temblorosa, distante.

Las palabras me provocan una descarga de ira directa. —Claro que lo entendería —espeto, cada sílaba cortando más profundo—. Estás siendo imprudente. Estoy tratando de protegerte... maldita sea, Evie.

—He vuelto a casa porque estoy enferma, ¿vale? No seas un capullo —suelta antes de colgar.

En mi ira, pienso en llamarla de nuevo. Me pellizco el puente de la nariz y gruño sonoramente, luego golpeo con el puño el exterior de ladrillo del edificio. Entre sentirme traicionado y temer que, de alguna manera, Doyle la hubiera alcanzado, mi instinto de lucha o huida está listo para matar a alguien. La reacción llega tan rápida y repentina que ahora no puedo detenerla. Mis manos se convierten en puños y mi sangre hierve.

Me gustaría pasar por su casa y comprobar cómo está, pero si realmente está en casa, en la propiedad de los O'Leary, está segura. Además, no le gustará el hecho de que revolotee a su alrededor. Me diría que no necesita una niñera, y tendría razón.

Me giro para volver a la oficina, y algo al otro lado de la calle despierta mi curiosidad. Hay un sedán negro y largo aparcado allí, con un hombre apoyado en él. Entorno los ojos y los protejo del sol que refleja el parabrisas y reconozco el rostro del hombre. Cormac Doyle está de pie con los brazos cruzados, mirándome fijamente.

Mi pulso se dispara inmediatamente, la hostilidad bombeando caliente por mis venas. La presencia de Doyle aquí no es una coincidencia. No puede serlo. Siempre tiene una agenda, siempre haciendo sus movimientos tres pasos por delante.

Cruzo la calle sin vacilación, fijado en él como un misil, serpenteando entre coches cuyos cláxones me pitán. Doyle no se inmuta, ni siquiera parpadea, simplemente sigue observando con esa sonrisa fría y divertida mientras acorto la distancia entre nosotros.

—¿Qué demonios haces aquí, Doyle? —Mi voz sale en un gruñido, más baja y áspera de lo que pretendo.

Cormac se ríe ligeramente, separándose del sedán y enderezándose las mangas de la chaqueta con calculada facilidad—. Disfrutando de las vistas, Lochlan. Pareces un poco tenso.

—No me jodas —espeto, acercándome hasta que apenas queda un palmo de espacio entre nosotros—. Tus amenazas no impresionan a nadie. Retrocede, o lo lamentarás.

Sus ojos oscuros brillan agudamente, algo peligroso centellea bajo el barniz pulido—. ¿Amenazas? Yo no hago amenazas. Deberías conocerme mejor a estas alturas. Cuando digo algo, cada palabra va en serio.

La ira se retuerce en mi pecho. El miedo frío acecha justo detrás. Lucho por mantener el control de mí mismo, sabiendo que las cámaras de la calle están captando cada movimiento que hacemos, cada palabra que decimos. Él también lo sabe, el muy cabrón. Doyle está jugando conmigo, esperando a que meta la pata para hacer su próximo movimiento.

—Ya te advertí una vez —digo, manteniendo mi voz cuidadosamente equilibrada, aunque la furia hierve justo bajo la superficie—. Sigue presionando, y descubrirás exactamente lo serio que puedo ser.

La sonrisa de Cormac se ensancha, una diversión cruel se muestra abiertamente en su rostro—. Tú y tus chicos parecéis nerviosos últimamente. ¿Problemas con vuestros envíos? Ya sabes lo que les pasa a los sindicatos que se vuelven descuidados.

Mis puños se cierran a mis costados, los músculos de mi mandíbula se tensan dolorosamente. Me contengo, aunque cada fibra de mi ser me grita que le arranque esa mirada engreída de la cara. Me está provocando, incitándome a hacer algo imprudente, algo que podría hacer estallar el frágil equilibrio de poder al que nos hemos estado aferrando.

—Hablas mucho, pero todo es fachada —escupo—. Cruza la línea, y te mostraré lo rápido que se ponen feas las cosas.

Doyle se inclina ligeramente hacia adelante, bajando la voz, con los ojos duros e implacables—. Cuidado, Lochlan. Sería una pena que alguien que te importa saliera herido porque no pudiste mantener las cosas bajo control. Ya tienes suficiente sangre en tus manos.

Mi visión se vuelve túnel, la sangre retumbando ensordecedoramente en mis oídos. El rostro de Evie cruza por mi mente, y cada instinto protector dentro de mí surge con violencia. Doyle ve la reacción al instante. Sus ojos brillan con satisfacción, la trampa saltó exactamente como él pretendía.

Mis puños se aprietan, músculos enrollados como un muelle a punto de saltar—. No quieres esta pelea, Doyle. Créeme.

Se ríe suavemente, retrocediendo y abriendo la puerta del coche—. Cuento con ello. Hablaremos pronto.

Se desliza dentro con suavidad, cerrando la puerta y dejándome de pie en hirviente rabia. Mientras el sedán se aleja, la contención que me mantiene a raya se rompe, y estrello mi puño contra el lateral del coche cuando pasa, el dolor en mis nudillos no es nada comparado con la furia que arde en mi pecho.

El coche de Cormac Doyle desaparece en la esquina, y me quedo en la acera, con la mano ensangrentada, la adrenalina bombeando ferozmente a través de cada nervio. Doyle ha dejado su punto muy claro: viene a por nosotros, y todos los que me rodean, especialmente Evie, están en peligro.

El juego acaba de cambiar. Y ahora, es personal.

EVIE

Kelly está sentada con las piernas cruzadas en mi cama, sujetando con cuidado una humeante taza de té de menta. Me observa preocupada, con el ceño fruncido, mientras yo tiro de los bordes deshilachados de mi colcha. Llevo dos días sin ir a trabajar, y el agotamiento que me invade no hace que esta conversación sea más fácil.

—Todavía no puedo creer lo de tus padres —murmura Kelly, negando con la cabeza incrédula. Sus manos pasan las páginas de una vieja revista extendida en el colchón entre nosotras—. Es como si estuvieran atascados cien años en el pasado. ¿Un matrimonio concertado? ¿En serio?

Suspiro, recostándome contra el cabecero, sintiendo la cabeza demasiado pesada sobre mis hombros. —Lo hacen con buena intención, Kelly. Es la tradición. Es lo que se espera. Y sinceramente, Elvin Murphy no es precisamente la peor persona con la que acabar. —La habitación se siente sofocante, sin aire circulando hoy.

Me lanza una mirada de incredulidad. —Evie, hablas de casarte con él como si te estuvieras poniendo brackets. ¿De verdad quieres esto?

Jugueteo con un hilo suelto de mi manga, incapaz de mirarla a los ojos. —No importa lo que yo quiera. Nunca ha importado. —Sé que su silencioso juicio es por preocupación. Es mi mejor amiga, después de todo.

Kelly resopla suavemente, claramente irritada. —Sí que importa. Es tu vida. Tienes derecho a opinar.

—No si quiero seguir siendo parte de esta familia. —Mi voz suena más débil de lo que pretendía, pero la verdad duele igual—. Elvin es estable, fiable, exactamente lo que mis padres quieren para mí. Yo también debería quererlo. Pero es que...

—Es que no lo quieres —termina Kelly por mí con voz suave. Cierra la revista y se gira para mirarme más directamente.

—No, no lo quiero —susurro—. Creo que... me estoy enamorando de otra persona. Alguien de quien definitivamente no debería.

Sus ojos se abren de inmediato, y se inclina hacia delante, con la curiosidad brillando intensamente tras sus pestañas. —¿Quién? —La sonrisa que curva sus mejillas hace que yo también sonría.

El calor me sube a las mejillas mientras pienso en Lochlan, en cómo su presencia llena una habitación, en su manera brusca de actuar cuando estamos a solas. Es agresivo. Todo en él es inapropiado para mi vida cuidadosamente planificada. Peligroso, imprudente, impredecible... e innegablemente emocionante.

—Es complicado —murmuro, mirando mi regazo—. No es el tipo de hombre que mi familia aprobaría jamás.

Kelly sonríe con picardía. —Suena exactamente como el tipo de hombre que necesitas, Evie.

Le ofrezco una débil sonrisa, aunque mi estómago se retuerce ansiosamente. Si Kelly supiera lo complicadas que son las cosas realmente. Presiono discretamente una mano contra mi vientre, con náuseas recorriéndome, no solo por la ansiedad sino por una sospecha que me ha estado carcomiendo durante días. *¿Embarazada?* La palabra gira incesantemente en mi mente, pero la aparto, sin querer admitirla en voz alta ni siquiera a ella.

—No creo que sea tan sencillo —digo finalmente, forzando mi voz a sonar firme.

Kelly se encoge de hombros y sorbe su té. —Quizás debería serlo. —Se inclina hacia delante con entusiasmo, sus ojos brillando con picardía—. Vale, detalles. ¿Son los tatuajes o todo ese rollo de

misterioso y taciturno? Porque Lochlan O'Rourke definitivamente tiene ambos.

Mis mejillas vuelven a calentarse, pero esta vez no puedo evitar que una sonrisa se extienda por mi cara. —Es ambos. Y ninguno. No sé, Kel... hay algo en él. Entra en una habitación y todos lo notan. Es como si el aire se volviera más denso, más caliente.

Ella finge desmayarse dramáticamente, agarrándose el pecho y desplomándose de lado sobre la cama. Me alegro de que su taza de té esté vacía, y suelta una risita mientras la deja en el suelo. —Oh, así que es uno de esos tíos. Del tipo "te-arruinaré-la-vida-pero-te-encantará".

Me río a pesar de mí misma, dándole un ligero golpecito en la pierna. —¡En serio! Y lo peor es que sabe exactamente lo irresistible que es.

—Uf, esos son los peores —coincide Kelly, incorporándose de nuevo con una sonrisa juguetona—. Peligroso y plenamente consciente de ello.

—No te equivocas —suspiro, todavía sonriendo. Luego frunzo el ceño y digo—: Es peligroso. Como realmente peligroso. Un criminal, Kel.

Ella arruga la nariz pensativa, acercándose y bajando la voz en tono conspiratorio. —Bueno, obviamente. Los buenos chicos no vienen con tatuajes, miradas ardientes y antecedentes penales. Eso es como... parte del paquete completo.

Gimo y me cubro la cara con las manos, mientras se me escapa la risa entre los dedos. —No estás ayudando, ¿sabes?

—¿Se suponía que debía ayudar? —Me da un golpecito suave con las yemas de los dedos mientras se incorpora—. Pensaba que estaba aquí para convencerte de tomar malas decisiones. Además, la idea de peligro para Elvin probablemente sea comer cereales después de las diez de la noche.

La risa sacude mis hombros con más fuerza, y por un momento, todo parece casi estar bien. —Eres terrible, ¿lo sabías?

Kelly sonrío triunfante. —Pero me quieres. Y por lo visto, también te gusta un buen chico malo a la antigua usanza.

Le lanzo un cojín, pero ella lo atrapa, riendo. No se equivoca: Lochlan es un problema. Y a pesar de todo, es exactamente el problema que quiero.

Me muerdo el labio, debatiendo internamente. Tal vez esta sea la apertura perfecta para contarle finalmente todo a Kelly: sobre los negocios de papá, sobre las amenazas, sobre Darren y el chantaje. Ella escucharía, me ayudaría a descubrir qué hacer. Pero justo cuando tomo una respiración temblorosa para hablar, un suave golpe en la puerta nos interrumpe.

Mamá asoma la cabeza, sosteniendo una bandeja de aperitivos y luciendo su sonrisa exageradamente alegre. —Pensé que vosotras podríais necesitar algo —dice animadamente, colocando la bandeja en la mesita de noche—. ¿Cómo te encuentras, Evie? —Extiende la mano para tocar mi frente, y yo la aparto.

—Estoy bien, mamá —respondo rápidamente, tratando de ocultar mi irritación por su intrusión.

Mamá dirige su atención a Kelly, y su sonrisa se vuelve cómplice. —Quizás tú puedas hacerla entrar en razón. Elvin llamó otra vez esta mañana. Realmente quiere llevar a Evie a cenar a algún sitio bonito. Para hablar sobre su futuro.

Reprimo un gemido, lanzando a Kelly una mirada desesperada, pero mi amiga simplemente sonrío educadamente a mi madre. —Estoy segura de que Evie sabe exactamente lo que quiere —responde Kelly con suavidad, cogiendo una galleta de la bandeja.

Mamá suspira, ignorando la suave evasiva de Kelly. —No entiendo tu vacilación, Evie. Elvin es un hombre maravilloso. Trabajo estable, buena familia... no tendrás que preocuparte por nada. Deberías quedar con él y hablar las cosas adecuadamente.

—Gracias, mamá —digo entre dientes—, pero todavía no me encuentro muy bien. ¿Podemos hablar de esto más tarde? —No estoy negando que haré lo que me pide, pero no me he sentido muy bien últimamente. Incluso ella puede entender eso.

Me lanza una mirada significativa, como para recordarme que más tarde significa pronto, y luego asiente. —De acuerdo, cariño. Solo prométeme que lo considerarás.

—Lo haré —digo en voz baja, esperando que sea suficiente para apaciguarla.

Cuando finalmente se va, cerrando la puerta suavemente tras ella, Kelly se vuelve hacia mí con una sonrisa socarrona. —Bueno, Evie, parece que tienes una cena romántica que planear.

—Por favor, no empieces —gimo, lanzándole otro cojín.

Kelly atrapa el cojín con una carcajada, pero el sonido se interrumpe bruscamente por el zumbido de un teléfono en la mesita de noche. Mi corazón salta a mi garganta cuando miro el aparato: el móvil desechable que Darren me obligó a coger. El miedo me recorre el estómago cuando veo una notificación.

Las náuseas me golpean con tanta fuerza que tengo que agarrarme al borde de la cama. Mi respiración se corta bruscamente.

—¿Evie? —La expresión juguetona de Kelly desaparece al instante—. ¿Estás bien?

—Estoy... estoy bien —tartamudeo, tratando de calmarme—. Pero creo que deberías marcharte a casa ya. De verdad que no me encuentro bien.

Ella duda, con la preocupación clara en sus ojos entrecerrados. —¿Segura? Estás pálida.

—Segura —insisto, forzando una débil sonrisa—. Solo estoy cansada.

A regañadientes, Kelly asiente, cogiendo su bolso de la silla. —Lláname si necesitas algo.

Asiento con la cabeza en silencio, esperando hasta que se haya ido para enterrar la cara entre mis manos temblorosas.

Mi mente corre, la ansiedad se abre paso por mi garganta. ¿Qué podría querer Darren ahora? Le di todo lo que me pidió, a menos que finalmente esté listo para destruir a mi familia de una vez por todas.

LOCHLAN

La niebla cuelga espesa sobre los muelles esta noche, arremolinándose alrededor de nuestros tobillos mientras nos movemos entre contenedores apilados como un laberinto de acero. El frío húmedo me atraviesa por completo, pero apenas lo noto. Draco camina delante, abriendo un contenedor para revelar armas perfectamente empaquetadas listas para ser trasladadas mañana por la mañana.

Jasper se coloca a mi lado, inclinándose para inspeccionar el cargamento. Silba suavemente. —Material de calidad —murmura con aprecio—. A Cormac no le va a gustar que expandamos el negocio bajo sus narices.

—No tiene muchas opciones —dice Draco, cruzando los brazos con confianza—. La huelga de la fábrica se ha resuelto. Doyle perdió influencia allí. Se echó atrás, justo como esperábamos.

Jasper resopla, dándome un codazo en el hombro. —Parece que los chicos de Doyle se acobardaron. Al final no querían una pelea de verdad.

Miro a Jasper de reojo, reprimiendo una sonrisa. Es fácil para él bromear ahora que la presión inmediata ha desaparecido, pero algo sigue inquietándome. —Cormac Doyle no es un gallina —digo en voz baja mientras examino pensativo las armas—. Es paciente, calculador. Está jugando a largo plazo.

—Venga ya, Loch —responde Jasper despreocupadamente, retrocediendo y cruzando los brazos cómodamente sobre el pecho—. Les quitamos su influencia. Están lamiendo sus heridas. Disfrutemos de la victoria por una vez.

Draco ríe quedamente, sacudiendo la cabeza. —Jasper tiene razón. Hasta Doyle sabe cuándo rendirse.

Niego lentamente con la cabeza, mis dedos recorriendo el borde frío del contenedor. —No se está rindiendo. Está cambiando de táctica. Créeme, es más peligroso ahora que lo hemos acorralado. Lo que sea que esté planeando a continuación, será letal.

Jasper suspira, pero su voz se suaviza con una comprensión reluciente. —¿De verdad crees que volverá a escalar la situación?

—No me cabe la menor duda —respondo honestamente—. Para él ya no es cuestión de orgullo. Es supervivencia. Golpeará más fuerte, con más inteligencia. Quiere que nos sintamos seguros para pillarnos desprevenidos.

El silencio se instala entre nosotros, roto solo por el eco distante de las olas golpeando contra los pilares. Miro la expresión pensativa de Jasper y suavizo mi tono. —Mira, sé que manejaste bien la huelga. Pero Doyle es peligroso porque no reacciona impulsivamente. Espera.

—Como una serpiente —murmura Jasper, sacudiendo la cabeza como si finalmente estuviera asimilando la gravedad del asunto.

—Exactamente como una serpiente —confirmando en voz baja—. Y cuando ataque de nuevo, no será algo que veremos venir.

Draco asiente sobriamente, captando claramente mi mensaje. —Comprobaremos la seguridad dos veces esta noche. Nos aseguraremos de que sea hermética.

—Bien —digo con firmeza, apartándome del contenedor—. Me quedaré por aquí un rato, vigilando. Algo no me cuadra.

Jasper coloca una mano tranquilizadora en mi hombro, su expresión ahora más seria. —Te preocupas demasiado, Loch.

Estoy a punto de responder, de quitarle importancia a la preocupación de Jasper, cuando un crujido abrupto hace eco por todo el muelle, congelándonos a todos en medio del movimiento. Mi sangre se congela al instante. Disparos.

Los ojos de Draco se abren de golpe por la sorpresa, su mano dirigiéndose instantáneamente al arma en su cintura. —¡Emboscada! —grita, y entonces la noche estalla en caos.

Las balas rasgan el aire, silbando a nuestro lado, astillando cajas y rebotando en los contenedores metálicos. Jasper se lanza a cubierto junto a mí, sacando su arma y disparando a ciegas en la oscuridad brumosa. Draco grita órdenes mientras nuestros hombres se dispersan y responden al fuego, los muelles transformados instantáneamente en una zona de guerra.

—¿Cómo coño nos han encontrado? —grita Jasper, su voz apenas audible sobre el caótico tiroteo—. ¡Sabían exactamente dónde estaríamos!

—No importa —respondo bruscamente—. ¡Sigue disparando y busca una maldita cobertura!

Me asomo por el lateral del contenedor, con el corazón latiendo como fuego de artillería en mi pecho, y disparo varias veces a las sombras que se mueven rápidamente entre la niebla. Los hombres de Doyle se mueven como fantasmas, precisos y calculadores. Las balas cortan el aire espeso a mi alrededor, golpeando los contenedores metálicos en violentas y explosivas ráfagas de chispas. El muelle se convierte en un campo de batalla de ruido ensordecedor: disparos haciendo eco desde todos lados, gritos ásperos superpuestos con el brutal estruendo de las cajas haciéndose añicos.

Uno de nuestros hombres se desploma cerca de mí, su grito cortado bruscamente mientras la sangre brota de su garganta, pintando el hormigón con un violento arco carmesí. Maldigo con dureza, agachándome más, la adrenalina rugiendo a través de mí como fuego. La niebla se adhiere a todo, convirtiendo las figuras en formas fantasmales, imposibles de identificar completamente, imposibles de combatir realmente. Aprieto los dientes mientras disparo una y otra vez, cada retroceso golpeando mi cuerpo con fuerza implacable.

A mi izquierda, otro de nuestros chicos cae al suelo, agarrándose el costado, con los ojos abiertos y aterrorizados mientras la sangre brota entre sus dedos, formando un charco oscuro debajo de él.

Intento gritar órdenes, pero el caos devora mi voz, ahogándola en disparos y gritos.

Desde algún lugar más profundo en la bruma, oigo a Draco rugiendo órdenes, su voz feroz pero distante bajo la tormenta de balas. Giro, presionando fuertemente mi hombro contra el contenedor, disparando repetidamente hacia la oscuridad, apuntando desesperadamente hacia cualquier indicio de movimiento.

Dos sombras se acercan cargando, emergiendo abruptamente de la penumbra. Disparo sin vacilar, derribando a uno de rodillas instantáneamente, con sangre derramándose de su pecho. El segundo tropieza pero sigue avanzando, con ojos fríos y concentrados. Mi pulso martillea salvajemente mientras apunto de nuevo, disparando directamente a su pecho. Su impulso lo lleva hacia adelante incluso cuando la vida abandona sus ojos, y se derrumba con fuerza en el suelo a mis pies.

La sangre salpica mis botas, caliente y espesa, extendiéndose por el pavimento. El violento estallido de los disparos aún llena mis oídos, entumeciendo cualquier pensamiento excepto el de sobrevivir. Más hombres caen, de los nuestros y de los suyos, hasta que los cuerpos cubren los muelles, cada forma inerte marcando el salvaje coste de la traición.

El tiroteo es brutal. Mis músculos duelen y mi visión se nubla con el humo y el agotamiento. Justo cuando empiezo a preguntarme cuánto tiempo más podremos resistir, un grito repentino atraviesa el caos, frenético y lleno de pánico crudo.

—¡Llega la policía! —grita uno de nuestros hombres de repente, con voz aterrorizada. En la distancia, las luces azules y rojas empiezan a destellar de forma amenazadora, cortando la espesa niebla.

Draco maldice, golpeando su puño contra el lateral de un contenedor de mercancías. —¡Joder. Salid de aquí! ¡Salid ahora mismo!

Agarro el brazo de Jasper y lo arrastro lejos de las cajas, corriendo en dirección a Draco mientras las balas silban a nuestro lado. Saltamos a través del laberinto de contenedores apilados y nos metemos en un callejón junto a los muelles. Los tres corremos

juntos, con los pulmones ardiendo y el pulso acelerado por el pánico y la adrenalina.

Finalmente libres de la amenaza inmediata, reducimos ligeramente nuestro ritmo, con la respiración entrecortada y los ojos escrutando señales de persecución. Draco mira por encima de su hombro, con rabia e incredulidad deformando sus facciones. —Sabían exactamente dónde estábamos almacenando ese cargamento. Exactamente.

—Lo que significa que alguien desde dentro está filtrando información —respira Jasper, haciendo una mueca ante la realidad de la acusación—. No hay otra explicación.

Draco se detiene bruscamente, girándose con brusquedad hacia nosotros, su expresión oscura y furiosa. —Hay un topo. Alguien lo suficientemente cercano como para conocer cada detalle.

Las palabras de Draco son afiladas y amargas. La traición nos mira a la cara como un enemigo invisible más peligroso que el propio Doyle. Mi mandíbula se tensa, y una furia fría se enrosca en lo profundo de mi pecho.

—¿Quién demonios nos traicionaría así? —pregunta Jasper, con la voz quebrada por la incredulidad.

La mirada de Draco se mueve entre nosotros, y veo la confusión, la traición que está sintiendo. —Alguien en quien confiamos implícitamente, alguien lo suficientemente cercano como para conocer cada cargamento, cada ubicación.

Miro de nuevo hacia los muelles, las luces rojas y azules inundando la niebla, las sirenas de la policía aullando. Mi pulso martillea en mis sienes mientras la implicación se asienta como hielo en mis venas.

—Encuétralo, Lochlan —ordena Draco fríamente—. Haz lo que sea necesario, porque si no desenmascaramos a esta rata rápido, Doyle nos destrozará pieza por pieza.

Asiento con seriedad, con la tensión anudándose entre mis hombros. —Considéralo hecho.

Pero mientras nos fundimos silenciosamente con las sombras, no puedo quitarme la sensación de pavor que se hunde más profundamente dentro de mí: que el traidor podría ser cualquiera. Y

hasta que lo encontremos, ninguno de nosotros está a salvo. Y si el riesgo acaba de elevarse, significa que tengo que mantener la calma mientras protejo a Evie. Algo que no estoy seguro de saber hacer ya.

EVIE

Miro hacia mi regazo donde descansa sobre mi muslo el móvil desechable que me dio Darren, oculto a la vista. Papá y Jasper siguen fuera, a pesar de que las negociaciones para terminar la huelga van bien. He oído que un cargamento se ha extraviado en alguna parte, solo productos farmacéuticos por lo que sé, pero tienen que lidiar con las consecuencias en los muelles y eso significa que Lochlan sigue rondando. Su tendencia a aparecer y cuestionarme me tiene acorralada, lo que significa que no puedo simplemente dejarlo todo y correr al aparcamiento como Darren insiste.

Le oigo en el despacho de papá gritando por teléfono, amortiguado por las paredes como suele ocurrir con la voz de papá cuando está enfadado. Quizás es algo relacionado con ese despacho, pero parece que incita a la ira a los hombres que trabajan en él. Algo golpea contra la pared y me sobresalto. Algunas cabezas se levantan despacio y miran en esa dirección, pero yo bajo la barbilla hacia el pecho.

Darren insiste en que baje a hablar con él inmediatamente, pero si me levanto y bajo ahora mismo, Lochlan me seguirá. Si hace eso y me ve con Darren Connelly, lo cuestionará todo y quién sabe qué pasará entonces. Ya me cuesta mantener a Darren contento tal como están las cosas.

Después de cuatro días de baja por enfermedad, demasiado cansada y con náuseas para levantarme por la mañana, por fin he vuelto al trabajo, y este imbécil cree que puedo saltar cuando él me lo ordene. Miro hacia la puerta del despacho de papá sabiendo que Lochlan se pondrá furioso si me alejo de mi mesa. Ha tenido a alguien llevándome al trabajo y recogéndome, vigilando cada uno de mis movimientos. Juraría que le ha pagado a Greg para que le diga cuándo voy al puñetero servicio.

Lo que él cree que podría estar pasando no es nada comparado con lo que realmente está ocurriendo, y temo que si no averiguo qué quiere Connelly, las cosas solo van a empeorar. Tengo que bajar a hablar con él, y no puedo dejar que las intimidaciones de Lochlan me lo impidan. Mi padre no puede ir a la cárcel porque yo le haya fallado.

Me levanto, aliso mi falda con las manos y me dirijo hacia la puerta de la oficina. Varios pares de ojos me observan mientras avanzo hacia ella, acercándome al estruendo de los gritos de Lochlan. Mi mano descansa sobre el pomo, y trago un poco de nervios. Podría enfurecerse porque interrumpa cuando está alterado, pero también podría calmarse un poco. Tiene que saber que todos podemos oírle, aunque no distinguimos lo que está diciendo.

La puerta cruje al abrirse y su atención se fija en mi rostro. Veo el portalápices de papá en el suelo junto a la puerta con los bolígrafos esparcidos alrededor, el mango roto, y sé lo que ha lanzado.

—Tengo que irme, Ro. Te llamaré después —gruñe al teléfono antes de colgar.

—Hola —digo tímidamente, cerrando la puerta tras de mí—. Estás bastante alterado, ¿eh? —Si puedo encontrar una manera de calmarlo, distraerlo un poco, tal vez entonces podré escabullirme y averiguar qué demonios quiere Darren para quitármelo de encima.

—¿Qué quieres? —pregunta bruscamente, dejando caer el teléfono sobre el escritorio. Se pasa una mano por la cara y luego por el pelo.

—Todo el mundo puede oírte gritar. —Avanzo más en la habitación, acercándome a él. Un plan comienza a formarse en mi

mente. Él necesita relajarse, y yo necesito que esté distraído, y quizás mis encantos femeninos sean lo que requiere esta situación. Aunque todavía me siento un poco mareada.

—Sí, bueno, así es la vida, ¿no? —Sus codos se plantan con fuerza sobre el escritorio, ambas manos en su cabeza. Está muy estresado, tal vez porque está atrapado detrás de este escritorio cuando está acostumbrado a moverse de un lado a otro. Conozco su historial como militar. Probablemente esté acostumbrado a la acción y a la lucha, algo muy apropiado para un criminal.

—¿Quizás puedo ayudarte a relajarte? —Rodeo el escritorio, agarro sus hombros con ambas manos. Mis pulgares presionan sus músculos tensos y mi cuerpo empieza a calentarse. Estar cerca de él me hace esto debido a la química que compartimos, pero intento mantener la cabeza fría.

—¿Crees que eso ayudará? —dice secamente. Tiene razón. No tengo ni idea de cómo relajarlo lo suficiente para poner su mente en un estado de calma y ganarme diez minutos de privacidad.

—¿Puedo intentarlo? —No soy buena en esto. Eso debería resultarle obvio. Tengo veintiún años, apenas sé nada de este mundo, y él parece más irritado porque estoy intentando darle un masaje. Me siento estúpida ahora. Quiero escabullirme e intentar salir sin que me vea. Podría ser mi única opción.

Pero los hombros de Lochlan se tensan, su cuerpo se endereza. Gira hasta que su silla da la vuelta, sus rodillas rozando las mías, luego me rodea la cintura con un brazo y tira de mí hasta que estoy sentada en su regazo, gritando de sorpresa.

—Tengo otra cosa en mente. —Sus manos ávidas manosean mis caderas, tirando de mí contra su cuerpo, y me siento confundida cuando sus labios se cierran sobre los míos bruscamente. Pero sigo la corriente, sin oponerme. Si esto es lo que él cree que funcionará, entonces tengo que seguirle el juego. No es como si no me lo hubiera follado ya varias veces.

—Tú, sobre mi escritorio, ahora —gruñe, y sus manos comienzan a maniobrar me antes de que pueda protestar.

—Loch... ¿en el escritorio de papá? —cuestiono. Mis pies apenas tocan el suelo antes de que me gire y me encuentre tendida sobre el

escritorio. Los papeles se caen, también la grapadora, y me agarro al borde mientras él me sube la falda con fuerza, recogéndola alrededor de mi cintura y quitándome las bragas hasta los tobillos en un solo movimiento.

—Loch, esto no es... —empiezo a protestar cuando siento su miembro contra mi entrada, y luego jadeo cuando empuja sin previo aviso. Ni siquiera estoy excitada, todavía lo suficientemente seca como para que tenga que esforzarse para forzar su polla dentro de mí. Le gusta el sexo duro, y le gusta que me resista, así que no estoy segura de qué pensar o sentir. Hasta que empieza a empujar lentamente, llenándome, para luego salir. Su polla humedece mi entrada lenta pero seguramente, y me encuentro arañando el escritorio, arqueándome hacia sus movimientos.

—Mira cómo se contrae ese culo —gruñe, agarrando mi nalga derecha con la palma de su mano—. Un día, también tomaré eso.

Aprieto los dientes cuando su pulgar presiona el apretado anillo de músculos, gimo cuando aumenta la velocidad. Mi cuerpo está ardiendo ahora, deseando sentir ese dulce alivio.

—Joder —jadeo—. ¡Oh, Dios, Loch!

—Mmm, por fin estamos de acuerdo en algo —gruñe mientras se frota contra mí, su pulgar avivando el fuego en lo bajo de mi vientre. No puedo creer que me esté gustando esto. No quiero que me guste, pero joder, qué bien se siente. Mis caderas empiezan a moverse más frenéticamente al compás de las suyas, y cuando su mano agarra con fuerza mi pelo y me obliga a levantar la cabeza, sé que él también está cerca.

Mi cabeza se arquea hacia atrás con tanta fuerza que casi no puedo respirar. Deslizo una mano bajo mi cuerpo, frotando febrilmente mi clítoris hinchado para acercarme más al orgasmo, y antes de que mi cuerpo estalle, siento su liberación, caliente y pegajosa. Cubre mi interior mientras se ralentiza, luego se escurre por mis muslos cuando se retira, y me quedo sin aliento, con los dedos empapados en su cálida eyaculación mientras su agarre en mi pelo me tira hacia atrás y me obliga a ponerme de pie.

Estoy en shock, con las bragas por los tobillos, el cuerpo temblando de necesidad mientras él se sube la cremallera del

pantalón y vuelve a sentarse. Su semen me corre por la pierna casi hasta la rodilla. Me agarra la muñeca y aprieta mi mano, obligándome a limpiarme con mis propios dedos, luego arquea una ceja mientras doy un paso atrás con cuidado y sacudo la mano.

Es degradante y asqueroso y jodidamente excitante cómo me trata como su pequeño juguete sexual. Estoy tan cachonda que puede que tenga que escabullirme solo para masturbarme, pero la idea de que Darren me está esperando en el aparcamiento se abre paso en mis pensamientos.

—Sí, tienes razón. Me siento mejor —dice. Su cabeza se balancea hacia atrás en el respaldo de la silla y aprieto los dientes. Mis ojos escanean el escritorio y veo uno de los viejos guantes de trabajo de papá, que agarro y uso para limpiarme la mano. Luego me agacho y me subo las bragas de un tirón mientras Lochlan sigue aturdido, con los ojos cerrados y el cuerpo disfrutando de su éxtasis post-orgásmico.

—Yo, eh... —Mi mente corre. Si tuviera tiempo para procesar todo esto, estaría sentada en ese escritorio con las piernas abiertas, diciéndole que me devorara. Pero no lo tengo. Y no puedo dejar pasar la oportunidad de usar esto a mi favor—. Iré a por un café a esa pequeña cafetería al otro lado de la calle. —Retrocediendo lentamente, soy muy consciente de que huelo a sexo, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

Lochlan gruñe en señal de aprobación y me marchó, salgo de la oficina de papá, paso junto a mi escritorio, agarrando mi móvil por el camino. Le envío un mensaje a Darren diciendo que tendré cinco minutos, y corro hacia el ascensor. Joder, estoy tan enfadada por no poder quedarme y disfrutar de eso, pero proteger a mi padre es mucho más importante que la gratificación sexual.

Pero esta es la última vez. Tengo que decirle a Connelly que se vaya a la mierda ahora, y tiene que escuchar. Porque si estas mierdas de andar a escondidas continúan, me van a pillar. Y ahora mismo, tengo mucho en qué pensar. Debo mantener a papá a salvo, a Lochlan distraído, a mamá feliz, a Elvin a distancia y evitar que mi mente entre en pánico por el retraso de mi periodo. Es mucho estrés, incluso para mí.

LOCHLAN

Relajación pulsa a través de todo mi cuerpo de la cabeza a los pies. Me recuesto en el escritorio y observo a Evie contonearse al salir, con mi semen aún brillando en la parte posterior de su muslo. No tiene ni idea de cuánto me relaja eso y me ayuda a calmarme después de un momento estresante, y que me permita dominarla solo añade más al disfrute.

Aspirando profundamente, vuelvo al ordenador y continúo indagando en los archivos que he estado revisando toda la mañana. Después de ver nuestro cargamento de armas convertirse literalmente en humo, no tengo ninguna duda de que estoy en lo cierto. Cormac ha estado lanzando amenazas contra nosotros, y están escalando.

Con los trabajadores en huelga volviendo al trabajo, ya no hay un "frente de batalla" que atacar. Está centrando sus esfuerzos en nuestras rutas de envío empezando aquí mismo. Así que quizás no esté planeando un ataque directo a las oficinas principales, pero esto es lo suficientemente cercano. Ha infiltrado a un miembro del personal cuidadosamente verificado e intenta interrumpir nuestro negocio atacando nuestros envíos uno a uno. Y quién sabe qué hará después si esto fracasa.

Mis ojos escrutan la pantalla mientras las palabras que salieron de la boca de Evie se registran lentamente. Dijo algo sobre ir al local de al lado para conseguirnos un café, pero tenemos una máquina de

café aquí mismo en la oficina. Suspiro y muevo el ratón a la siguiente pantalla, intentando ver quién ha enviado este horario de envío en particular por correo electrónico, pero nadie lo ha compartido en absoluto. No nos han hackeado, y si alguien hizo algo, fue guardarlo en una unidad externa o imprimirlo, pero lo habríamos visto pasar por la impresora.

Mirando hacia la puerta, pienso en Evie de nuevo, así que compruebo mi reloj. Solo lleva fuera unos minutos, pero algo me está carcomiendo la conciencia. No hay motivo para que vaya al local de al lado por un café. Quizás quiere una de esas bebidas de fantasía con siropes y espuma. Debería estar bastante segura, pero también pensaba que estábamos lo suficientemente seguros en los muelles cuando hicimos nuestra última revisión la otra noche.

Levantándome, me dirijo hacia la puerta mientras mi cuerpo empieza a tensarse de nuevo. Me molesta sentirme tan hipervigilante, necesitando saber dónde está y con quién. No soy estúpido. Me doy cuenta de que surge del hecho de que no fui tan cauteloso como debería haber sido con Maelyn, que corrió hacia ese edificio justo antes de que explotara. Y mientras me dirijo al ascensor, intento recordarme que no estoy en una zona de guerra, y que Evie solo está comprando café.

El viaje en el ascensor parece demasiado lento. Las escaleras habrían sido más rápidas. Así que respiro hondo y contengo el aire, soltándolo lentamente para controlar mi respiración. Suena la campanilla. Las puertas se abren, y casi me doy la vuelta. Hago una pausa por un segundo, aprieto los dientes y recuerdo cómo me colgó la última vez que no sabía dónde había ido. Le hablé bruscamente. No debería haberlo hecho. Realmente estaba enferma, se tomó unos días libres en el trabajo también.

Pero eso fue antes de que Cormac encendiera la mecha de este conflicto.

Salgo del ascensor y me dirijo hacia la puerta principal. El personal sigue con sus asuntos, sin ni siquiera levantar la vista, y mis ojos se fijan en la cafetería al otro lado de la calle a través de los escaparates. Los coches pasan zumbando por la calle. Mi tensión empieza a disolverse, y entonces la veo salir de la tienda con dos

café en la mano y el ceño fruncido. Eso me hace detenerme justo dentro de la puerta y observar.

El mismo hombre que estaba en el aparcamiento hace unas semanas la sigue fuera de la cafetería y ella se da la vuelta para enfrentarlo. Él está frunciendo el ceño, con las manos plantadas en las caderas. Mi cuerpo reacciona instantáneamente, pero he estado trabajando en mantener la calma y no sacar conclusiones precipitadas. Está lo suficientemente segura por el momento, y tengo curiosidad. Ese hombre estuvo aquí antes, y necesito averiguar por qué.

¿Está saliendo con ella? ¿O está ocurriendo algo más oscuro? ¿Y quién es él?

Evie está de espaldas a mí. No me ve cuando me deslizo por la puerta y me quedo bajo la sombra de un árbol plantado en la servidumbre, cruzando los brazos sobre el pecho. Están discutiendo, pero no puedo distinguir lo que dicen y mi sangre empieza a hervir. Esto no es solo una charla relacionada con el trabajo. Hay grandes emociones en juego en la conversación y empiezo a tener la sensación de que esto fue mucho más que solo ir a por un café.

Le dije el otro día que no comparto, y lo dije en serio. Por la forma en que ese hombre se inclina, agarrándole el brazo posesivamente, diría que se trata de una pelea de amantes y que no se supone que yo esté observándolos.

Ella mira nerviosamente a su alrededor, y puedo ver las lágrimas que le surcan la cara. Está tan alterada que está llorando, lo que es otro indicio de que ese hombre es más cercano a ella de lo que debería, y después de haberlo visto antes por aquí, mi mente solo llega a una conclusión: está tratando de romper con él. O él con ella...

El hombre me ve y retrocede sacudiendo la cabeza. Cuando empiezo a cruzar la calle, dice algo más en un tono bajo que no puedo oír y luego se da la vuelta y se marcha. Evie, tan angustiada por lo que acaba de suceder, le tira uno de sus cafés al hombre, pero falla, cayendo en la acera donde la tapa se abre y el café caliente se derrama por todas partes.

Ni siquiera presta atención a lo que está haciendo, girándose y caminando directamente hacia la calle mientras un coche se acerca. Engancho mi brazo alrededor de su cintura y la saco de la calle antes de que el coche nos alcance, y ella me golpea enfadada.

—¡Suéltame! Eres un estúpido... Oh, Dios... Loch —Su cara palidece, con la mano temblando. La dejo en el suelo, y ella da unos pasos hacia atrás mientras se limpia las lágrimas de las mejillas.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunto en voz baja. Estoy furioso, pero no quiero que se nos preste más atención. Ya hay gente mirándonos fijamente después de ese enfrentamiento con la figura oscura.

—No es nada —dice, extendiendo la mano y ofreciéndome el café.

—No era nada. Estás llorando y él se ha marchado cuando me ha visto. ¿Qué coño está pasando? —Me resisto al impulso de agarrarla del brazo, pero quiero respuestas.

—Te lo he dicho, no es nada. —Evie se gira para marcharse, y yo me pongo delante de ella, impidiéndole entrar en la oficina—. Apártate, Lochlan.

—Te lo he dicho, no comparto. Ahora eres mía. Si vamos a hacer esto, debes romper con él... ¿O eso era una ruptura? —Estoy completamente serio. Hay tantas emociones atravesándome que no sé con cuál quedarme y procesar primero. ¿Vamos a hacer esto? ¿Me está utilizando? ¿Fue aquello algo más que una mala ruptura?

—No te pertenezco —espetea Evie—, y aunque lo hiciera, no me estoy acostando con él. No es lo que piensas y no soy de tu propiedad. —Su cara se contrae en una mueca de enfado—. Además, sabes que tengo que casarme con Elvin Murphy. ¿Creías que esto iba a durar para siempre?

Se gira y se marcha pisando fuerte, llevándose el café con ella, y yo me quedo mirándola, demasiado enfadado para responder. Sé que está prometida a Murphy, algo de lo que tenía intención de hablar con Draco. Simplemente no me había dado cuenta de que era lo que ella quería. No cambia lo que siento por ella, pero quizás debería. Nunca debería haberme encariñado con ella. Fue una

tontería por mi parte pensar que quería algo más que un buen polvo.

Girándome, miro en la dirección por donde desapareció ese hombre. Mi instinto me dice que algo no encaja. Evie jura que no era lo que yo suponía, pero ¿qué significa eso? ¿Quién es ese hombre y por qué está agrediendo verbalmente a la hija de Draco? Si no averiguo esto, ¿qué hará después? Una cosa es segura: no volveré a perderla de vista. Es demasiado peligroso, aunque no me pertenezca.

Aun así tengo que protegerla.

EVIE

Joder, Lochlan me saca de quicio. No quería enfadarme y gritarle. Quería lanzarme a sus brazos y sentir su fuerza envolviéndome, y en cambio aquí estoy, alejándome furiosa en vez de contárselo todo y pedirle ayuda.

Mi corazón se siente muerto ahora, demasiado estresado durante demasiado tiempo como para saber cómo reaccionar a esta situación. Darren quiere que consiga nuestros datos financieros. Parece pensar que al hacerlo, se revelarán las conexiones de mi padre con políticos locales y autoridades de la Garda a quienes podría estar sobornando. Me negué, pero sé que no tengo elección. Si no lo hago, hará pública su campaña difamatoria. Una parte de mí desea que papá realmente tuviera contactos en la Garda. Así podría hacer que todo esto desapareciera.

Todavía llorando, me dirijo a los ascensores, manteniendo la cabeza agachada. La gente en la recepción me mira fijamente. Sé que han visto lo sucedido, y no puedo negar la ira de Lochlan. Al menos no me sigue pisándome los talones para empeorarlo todo. El ascensor al menos me protege un poco de todo eso.

Saco un pañuelo del bolsillo para limpiarme la cara lo mejor posible y me dirijo directamente a mi escritorio cuando llego a la segunda planta. Si voy a conseguir lo que Darren quiere, tengo que hacerlo rápido. Lochlan vendrá a mi mesa y verá lo que estoy haciendo. A estas alturas, me sorprende que no haya trasladado mi

escritorio a la oficina de papá como a una niña traviesa a la que se sienta en primera fila.

He hecho cosas horribles, pero él no sabe que fui yo. Nadie lo sabe. Me gustaría que siguiera siendo así, al menos hasta que descubra cómo hacer que Connelly se largue. Así que mis manos trabajan lo más rápido posible, accediendo a los extractos bancarios y descargándolos de nuevo en un pendrive. Cuanto más examino las cosas, peor me siento. Realmente hay grandes pagos a hombres cuyos nombres sé que son sinónimos de autoridad en Dublín. Papá está sobornando a hombres, pero ¿por qué?

La cabeza me da vueltas. Siento que voy a vomitar, pero sigo adelante. Lo que tengo es suficiente. Darren ha probado su punto, aunque no estoy segura de por qué quiere estos archivos, excepto para tener más medios para chantajearme. Mi instinto me dice que la única razón por la que quiere esta información es para demostrarme que mi padre es corrupto, y ha cumplido con su cometido. Me avergüenzo de papá y de cualquiera que sepa quién es y le permita continuar con lo que está haciendo. Lochlan incluido.

Cuando Jasper y mi padre entran, se me saltan las lágrimas. Cierro las ventanas de mi ordenador, pero las emociones no cesan. Me froto las sienes, intentando contener las náuseas. Jasper habla en voz alta, dando golpes alrededor con fastidio mientras se sienta en su escritorio, y siento una mano firme en mi hombro.

—¿Todo bien, Evelyn? —Papá nunca usa mi apodo en el trabajo, lo que normalmente agradezco, pero ahora mismo, me vendría bien uno de sus grandes abrazos y la seguridad de que estoy equivocada, que no es un monstruo como la familia de Lochlan O'Rourke. Hay demasiadas conexiones, demasiadas cosas que han salido a la luz para mostrarme que ni siquiera sé quién es.

—Papá —gruño, pero pierdo la batalla con mi estómago. Arcadas mediante, tiro de la papelería hacia mí y vomito mi desayuno en ella, tirando sin querer el café del borde del escritorio al suelo. Salpica los zapatos de papá y él retrocede rápidamente.

—Jasper, joder —sisea papá—. Trae unas toallas.

Vomito tan fuerte que creo que mis ojos se me salen de la cabeza. Sé que es por los nervios, o al menos eso espero, pero es lo

peor que me he sentido en semanas. Mi estómago se retuerce con fuerza. Me quedo inclinada sobre la papelera durante varios minutos hasta que creo que puedo enderezarme con seguridad.

Papá está rondando, Jasper me pone montones de pañuelos en la mano mientras otros en la oficina me miran fijamente. No estoy bien, y aunque rezo para que solo sea el estrés por Darren Connelly y los secretos que están saliendo a la luz sobre mi padre, no puedo descartar el hecho de que pueda estar embarazada. He estado manteniendo relaciones sin protección. No he estado pensando con claridad.

—Llévala a casa —gruñe papá a Jasper, luego se agacha a mi lado y me da una palmadita en la rodilla mientras me limpio la nariz.

—Ve a casa y descansa, cariño. Simplemente aún no te has recuperado del todo. —Sus ojos escudriñan los míos con curiosidad. No es en absoluto un hombre estúpido. La gripe no dura semanas. Solo dura días. Es como si viera a través de mi alma, sintonizando con mis miedos y leyendo mi mente. Pero es demasiado amable para decirlo en voz alta.

—Sí, papá —digo, asintiendo. Cuando se levanta, miro a Jasper. Cuando ninguno de los dos está mirando, agarro rápidamente el pendrive sin expulsarlo de forma segura y luego presiono el botón de encendido para apagar mi ordenador.

Siento el pecho pesado y estoy un poco mareada mientras sigo a Jasper hasta su coche. Pasamos junto a Lochlan al salir. Está sentado frente a un ordenador abajo, estudiando la pantalla atentamente. Está mirando la grabación de la cámara de seguridad, y hace que mi corazón se agite al ver mi cara ampliada junto a Darren Connelly, pero no puedo detenerme a explicarme ahora.

—Vámonos —refunfuña Jasper, agarrándome del brazo. No le hace ninguna gracia tener que salir del trabajo para llevarme a casa en mitad del día, pero no es mi elección irme a casa. También preferiría estar aquí, profundizando más cuidadosamente en los registros bancarios. Es desgarrador descubrir la corrupción de mi padre, pero al menos sé que estoy aprendiendo más sobre él, sobre quién es realmente.

De camino a casa, hago que Jasper pare en la farmacia con la excusa de necesitar antiácidos y jarabe para el estómago. Acabo de vomitar, así que no se opone a mi petición, aunque me dice que me dé prisa. Sin embargo, dentro compro un test de embarazo y lo meto en mi bolso para que no lo vea. Los vómitos son demasiado evidentes para mí, pero no me lo creeré hasta que vea un resultado positivo.

Si realmente estoy embarazada, tal vez debería dar un paso atrás, contarle a papá lo que está haciendo Connelly. Puedo poner en riesgo mi vida, pero no puedo hacerle eso a un bebé nonato. Ni siquiera me permitiré entrar en pánico todavía sobre lo que sucederá si estoy embarazada. Mi mente está demasiado saturada de pánico por Darren y mi padre. Si dejo que esos nuevos miedos se filtren, mi cuerpo se paralizará.

En casa, Jasper se detiene cerca de la calle solo el tiempo suficiente para que baje. Lo que sea que esté ocurriendo en la oficina del sindicato tiene a todos los hombres que trabajan allí actuando como idiotas. Da se detuvo para ser amable conmigo, pero cualquier otro día, me habría traído a casa él mismo. Ojalá pudiera acceder al ordenador ahora mismo y averiguar exactamente qué se suponía que debía enviarse y a quién. Quizás si supiera qué envío fue interceptado, entendería a qué viene tanto alboroto.

Miro hacia la casa. Está oscura. Mamá no está en casa ahora mismo. Su todoterreno no está aparcado en el garaje, y tengo toda la casa para mí, lo cual es bueno. Si supieran lo que llevo en el bolso ahora mismo, tengo la sensación de que se armaría una buena.

Me escabullo hasta mi apartamento y saco la prueba de mi bolso, cerrando la puerta con llave y dejando mi bolso en la mesita junto a la puerta. Con todo el café que he bebido esta mañana, no tendré problema para orinar en este palito. Nunca me he hecho una prueba de embarazo, pero parece bastante sencillo. Kelly me matará cuando descubra que he hecho esto sin siquiera contarle mis sospechas, y mamá... Dios mío. ¿Qué pensará? ¿Qué le dirán a Elvin?

Mis ojos se llenan de lágrimas mientras me bajo las bragas y me sujeto la falda alrededor de la cintura para sentarme en el inodoro.

Apenas puedo ver con claridad mientras arranco el envoltorio de plástico de la prueba y la sostengo entre mis piernas.

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y caen sobre mis rodillas, pero no las limpio. No puedo evitar que salgan más de lo que puedo evitar que las líneas rosadas se deslicen por el palito para confirmar lo que mi corazón ya sabe que es verdad.

Estoy embarazada.

Es el bebé de Lochlan O'Rourke, y si lo descubre, sé que mi vida está sentenciada. Ahora estoy vinculada para siempre a la familia O'Rourke, y eso significa que estoy manchada. Elvin nunca se casará conmigo. Mi madre estará devastada. Da probablemente intentará casarme de todas formas, alejarme de O'Rourke antes de que descubra que estoy embarazada de su hijo, y quién sabe qué pensará Loch. Ya me ha dicho que soy suya. Esto solo hará que le parezca más real. Pero ¿cómo puedo pertenecerle? ¿Cómo puede estar pasando todo esto?

No se supone que deba estar enredada con la mafia irlandesa. Solo se supone que debo terminar mi carrera y trabajar para el negocio de mi padre.

Me lavo la cara con agua fría para deshacerme de mi autocompasión, me compongo lo mejor que puedo. Es hora de que me serene. Si mi padre puede trabajar con criminales —quizás incluso ser uno él mismo— y ocultárselo a nuestra familia, entonces yo puedo manejar esta última entrega a Darren Connelly y mandarlo a la mierda. Voy a ser madre, y eso significa que necesito valor para proteger a mi hijo. No tengo ni idea de lo que haré o lo que sucederá después, pero rendirme no es una opción.

Soy la hija de mi padre. Mamá lo ha dicho más de una vez. Ahora tengo que demostrarlo.

LOCHLAN

Jasper me mira con el ceño fruncido mientras pasa a mi lado, su hombro chocando contra el mío. Veo la desesperación en el rostro de Evie, la manera en que ni siquiera me mira a los ojos. Y luego desaparecen, encerrados en los ascensores mientras yo los miro fijamente, atrapado entre querer decirle a Draco que ella es mía, que quiero que sea mía, y esa molesta sensación de traición al verla discutir con ese otro hombre.

Debería haberle dicho algo a Draco ya, pero no lo he hecho. No es el momento adecuado para sacar a relucir algo así, con el enemigo husmeando por ahí. Las huelgas ya fueron bastante malas, pero con Doyle enviando a sus hombres para interrumpir nuestro envío de armas, no puedo distraer a Draco ni pedirle que piense en ninguna otra cosa, por muy importante o urgente que sea.

Al darme la vuelta, empujo la puerta de las oficinas y el hedor a vómito me llega de golpe. Es revelador: la razón por la que Evie se dirige a casa, probablemente. Ha estado enferma, pero pensaba que ya estaba mejor. Aun así, quizás sea una de esas mujeres que vomitan cuando se emocionan demasiado. Tendría sentido. La última vez que estuvo enferma durante días también fue después de una discusión conmigo, lo que solo me hace sentir peor.

Maelyn nunca fue así; siempre estable y ecuánime. Pero Evie es todo lo que mi antigua compañera no era, suave y dócil, moldeable. Y viva... Que es como debe seguir. Así que su casa es mucho más

segura para ella, y hay menos posibilidades de que Draco nos vea discutir y entienda la realidad. Que me estoy enamorando de su niña aunque no debería.

Además, no es como si fueran a planear una boda precipitada con Cormac respirándonos en la nuca. Evie está preocupada por casarse con ese trajeado y sé que es algo muy real a lo que se enfrenta. Pero Draco tiene demasiadas cosas en su plato, y yo tengo tiempo. Tiempo para pensar en lo que realmente quiero y tiempo para pensar en cómo confesarle esos deseos a Draco. O tiempo para sacudirme estas emociones y sacar a Evie de mi piel. Si ella no puede dejar de ver a ese hombre, entonces no hay razón para pensar que tenemos un futuro de todos modos.

—Loch, ¿podría hablar contigo? —Draco está de pie en la entrada de su despacho con una expresión seria y su teléfono en la mano, los dedos presionados sobre el micrófono.

—Sí —gruño, echando un vistazo a la papelería junto al escritorio de Evie. Toda la oficina apesta ahora, y estoy feliz de encerrarme tras la puerta del despacho de Draco y evitar el hedor. Él camina alrededor del escritorio y deja su teléfono, presionando el botón del altavoz para que pueda escuchar lo que está pasando.

—Estamos escuchando —dice Draco aparentemente a nadie, pero su mirada se oscurece mientras mira fijamente el teléfono. La identificación de la llamada dice, *TD Byrne*, y sé por qué mi amigo está tenso. Un hombre de su estatus no llama para divertirse.

—Caballeros, quiero recordarles que el acuerdo que tenemos con el Jefe Ronan es de la máxima confidencialidad. —Suena enfadado. Miro a Draco con los ojos entrecerrados, pero su expresión no revela ninguna razón por la que esta llamada pueda estar ocurriendo o cómo interpretar la frustración del diputado—. Mi nombre está circulando por Amberes. ¿Entienden qué tipo de problema supone eso?

Los ojos de Draco están negro tinta, su mano agarrando su propio mentón. También es la primera vez que escucha esto, lo que significa que estoy viendo su reacción en tiempo real. Mis hombros están tan tensos que podrían romperse como una cuerda de piano incluso después de ese revolcón con Evie, y todo lo que puedo hacer

es imaginar a ese imbécil intentando agarrarla en la calle. La ira burbujea en mi pecho solo esperando una oportunidad para liberar algo de presión.

—Diputado Byrne, debe entender que hacemos todo lo que está en nuestro poder para...

—No tengo que explicarles qué tipo de problemas nos causará a todos si me descubren. —Su voz es afilada, interrumpiendo a Draco. Me meto las manos en los bolsillos de los vaqueros y aparto la mirada de su cara. Es vergonzoso mirar a la cara a un buen hombre mientras lo reprenden. Byrne no tiene derecho a gritarle a Draco, pero está bajo presión.

No soy tonto. Conozco los vínculos de Ronan con las altas esferas políticas aquí en Dublín, así que si algo ha ido mal y Byrne corre el riesgo de ser descubierto, todos lo corremos. Esto es serio.

—Diputado Byrne, ¿puede darnos contexto? ¿Qué está pasando en Amberes? —Echo un vistazo a la cara de Draco mientras se hunde en su silla, masajeándose las sienes. Primero los ataques en la línea de piquete, luego el envío de armas, ¿y ahora esto? Y Draco ni siquiera sabe que Evie está viéndose a escondidas con algún idiota a sus espaldas. Es como si estuviera viendo formarse la tormenta perfecta sobre el océano que se dirige a tierra con intención de causar una destrucción total, pero no hay nada que pueda hacer para detenerla.

—El envío de productos farmacéuticos fue detenido y registrado, y mi nombre está siendo compartido en relación con esto. Caballeros, arreglen esto, ahora. No tengo intención de caer solo. —La línea crepita con tensión. Cambio el peso de un pie a otro. Draco suspira y alcanza su teléfono.

—Nos ocuparemos, diputado Byrne, tiene mi palabra. —Finaliza la llamada, sin permitir más amenazas justificadas del Sr. Byrne, y luego se guarda el teléfono en el bolsillo mientras se levanta mirándome fijamente—. Tenemos que ir a los muelles para averiguar qué está pasando. No voy a quedarme aquí sentado esperando hasta que recibamos una llamada de la autoridad portuaria.

Pasa junto a mí, abriendo la puerta de un tirón, y sin que me lo pida, lo sigo. Evie va camino a casa con Jasper, y esta oficina puede

arreglárselas sola. He estado al margen durante demasiado tiempo mientras Jasper y Draco reciben los golpes. Ahora es el negocio familiar lo que está en riesgo y no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo se quema hasta los cimientos. Si Doyle quiere jugar duro, necesitamos el banquillo vacío, todos a cubierta.

La niebla se extiende desde el agua mientras nos acercamos a los muelles, envolviendo el coche como si estuviéramos invadiendo un pueblo fantasma. Todo el trayecto ha sido silencioso, con tensión en el coche. Draco nunca está así, pero sabe tan bien como yo que Cormac nos está jodiendo. Lleva meses forzando los límites, y con alguien en el interior, no es difícil determinar cómo se interrumpió nuestro envío de armas o cómo ocurrió esta nueva sorpresa.

—Ve por detrás y mira si puedes encontrar al inspector del puerto —ordena, señalando el almacén—. Yo entraré. Si los chicos no pueden decirme qué salió mal, tendremos que llamar a Bélgica. — Las líneas de su frente están profundamente grabadas en su piel. Parece cansado y listo para matar a alguien.

—Draco —digo, deteniéndome para apoyar mi mano en mi arma enfundada detrás de mi espalda. Él se detiene y me mira.

—Si Doyle tiene a un hombre dentro, tenemos que tener cuidado con quién hablamos y qué les decimos. —Mi mente está zumbando con pensamientos. Cormac ha sido lo suficientemente astuto como para infiltrarse a pesar de nuestro riguroso sistema de verificación. Mi mente evoca imágenes de un espía revisando archivos en los ordenadores, pero en realidad, podría ser cualquiera—. No podemos asustarlos. Necesitamos saber quién es y descubrir cómo lo consiguió.

Draco asiente con una expresión cómplice. Puede que sea la mano derecha de Ronan, pero su equipo pasó algo por alto y metió la pata, y es el nombre de mi familia el que está en juego. Esas drogas que se están moviendo no solo causarán problemas a los trabajadores del sindicato en sus puestos legítimos. Las autoridades de aduanas e importación irán tras cualquiera que tuviera carga en ese barco, incluidos Ronan y los negocios de nuestra familia.

—Vamos a resolver esto, Loch. Y sé que me llevaré la peor parte. —Su cabeza se inclina mientras se vuelve hacia la oficina, y yo

empiezo a moverme hacia el final del edificio.

El inspector del puerto es un hombre corpulento, de unos cuarenta y tantos, calvo. Su pelo peinado hacia un lado parece que ha pasado por una tormenta, siempre húmedo y aplastado. Y su barriga es redonda por una cerveza de más. Pero no lo veo por ningún lado. Busco en los muelles y en los almacenes de carga. Paso por la pescadería y el aparcamiento, y solo cuando vuelvo hacia donde está situado el almacén de carga veo movimiento.

Un hombre alto, delgado con pelo oscuro y gafas de sol, está charlando con el hombre que estoy buscando. Sin embargo, mis ojos se fijan en el hombre más alto, no en el inspector del puerto. Lo he visto algunas veces y hace que la lava surja a través de mi pecho hacia cada vena de mi cuerpo. Es el hombre con el que Evie estaba hablando esta mañana, aquí en los muelles. Y esta vez, veo algo que no había visto antes.

Tiene un tatuaje en el cuello justo debajo de su oreja derecha, una espada negra con la punta cubierta de sangre: el escudo de la familia Doyle.

Antes de poder pensar, estoy alcanzando mi arma. Mi mano está firme mientras la saco de la funda, pero puedo sentir el temblor que recorre mi brazo, como si el arma fuera a resbalarse de mi agarre. El hombre con el tatuaje me ve moverme y su expresión se agudiza. Ya está sacando su propia arma, apuntando directamente hacia mí.

Disparo primero, pero mi puntería falla. El temblor en mi mano hace que el tiro se desvíe. El hombre se agacha detrás de una pila de cajas, pero el inspector del puerto tropieza hacia delante, con un grito atrapado en su garganta, y luego desaparece. La bala destinada al hombre del tatuaje le da directamente en el pecho. Se desploma, la sangre se acumula debajo de él. Su cuerpo yace inmóvil y ni siquiera puedo obligarme a mirarlo.

Me centro en el hombre del tatuaje. Se mueve rápido, deslizándose entre cajas, desapareciendo en la niebla. Corro tras él, pero mis piernas se sienten como plomo y cada paso es más pesado que el anterior. El aire está cargado con el olor a pólvora, y no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Evie: su cara, sus lágrimas, la forma en que miraba a ese hombre esta mañana. Estaba lo

suficientemente cerca como para tocarla y no hice nada excepto acusarla.

Ella no sabe en lo que se ha metido. Este hombre, este Doyle, la tiene enredada en algo oscuro. Dejé que se acercara demasiado a esto porque no presté atención, igual que con Maelyn. Debería haberla mantenido alejada, debería haberlo visto antes, pero él llegó a ella y no estoy seguro de hasta qué punto está involucrada.

Otro disparo suena, y me agacho detrás de una caja justo a tiempo. La bala golpea la caja a mi lado, el estruendo es tan fuerte que me estremezco. Me arrastro buscando cobertura, con el corazón latiendo con fuerza, y estoy respirando demasiado rápido. Pero sigo adelante, manteniéndome agachado. El temblor en mi mano no se detiene, es como si mi cuerpo supiera lo que está pasando antes de que mi mente lo haga. No puedo seguirle el ritmo.

Avanzo a través de la niebla con las piernas ardiendo, y mi cuerpo se niega a cooperar. Cada paso se siente más pesado que el anterior. No me detengo, pero el temblor en mi mano no me permite apuntar correctamente. Lo estoy perdiendo.

Otro disparo atraviesa el aire, y me agacho, pero el hombre del tatuaje ya se ha ido. Me arrastro hacia adelante, desesperado, tratando de conseguir un tiro limpio, pero la niebla lo engulle todo. Es demasiado rápido.

Oigo movimiento, pero es débil, pasos demasiado lejanos para saber hacia dónde apuntar. Ahora es un fantasma, como los que me atormentan en mis pesadillas, burlándose de mí, diciéndome que soy un fracaso. Bueno, no voy a fallarle a Evie, no como le fallé a Maelyn. Incluso si tengo que encerrarla en mi sótano y no decírselo a nadie, tengo la intención de mantenerla alejada de ese hombre y fuera de peligro.

Y mi primer paso es contarle todo a Draco. Tiene que saber a qué nos enfrentamos. No solo tenemos un topo, sino que el enemigo está cortejando a su propia familia. No le va a gustar esto.

EVIE

Kelly y yo estamos sentadas en sillas de jardín fuera de mi pequeño rincón de la propiedad mientras mi madre se aleja después de traernos té. Kelly observa cómo mi madre desaparece en la casa antes de decir una palabra, y después de la bomba que solté antes de que mamá se acercara para "ver cómo estaba" —ha estado rondándome—, sé lo que viene.

—¿Me estás tomando el pelo? —Los ojos de Kelly están como platos, con ambas palmas extendidas sobre la mesa de hierro forjado que nos separa, mientras se inclina hacia delante sorprendida—. ¿Embarazada?

—¡Shh! —susurro, mirando hacia la casa. Es posible que mamá esté dentro, pero tiene un oído supersónico y no quiero que nadie lo sepa todavía. Siento como si pudiera marchitarme, como si mis entrañas se estuvieran enrollando alrededor de un carrete que me reducirá a la nada en cualquier momento. Tampoco es lo que yo quería, pero aquí estoy, con la vida jodiéndome por todos lados. Todo porque quería un poco de aventura antes de que me casaran como a una vaca en la subasta.

—Evie, por el amor de Dios, chica, vas a tener el hijo de un gánster —No puede dejar de mirarme fijamente, negando con la cabeza, y aún no ha oído lo peor.

—Mira, escúchame —Me inclino hacia delante y sirvo una taza de té con manos temblorosas—. No es solo eso. Hay más...

—¿Qué más que acostarte con el hombre que se supone que es tu jefe? ¿Qué más? —Se recuesta y toma el té, bebiéndolo con calma. Es mi mejor amiga y sé que se preocupa por mí, así que tengo que aceptar todo esto de buen grado—. Evelyn, tu padre va a matarte. Lochlan O'Rourke es...

—Un criminal violento, lo sé. Y es un chico malo y tú misma dijiste lo bueno que está. Así que la cagué y no usamos protección. Escúchame —Esta vez estoy seria, entrecerrando los ojos hacia ella—. Alguien me está chantajeando.

No me ando con rodeos cuando le hablo de Darren Connelly, de sus amenazas y las visitas. La forma en que piensa que me posee y puede exigirme cosas. Me sorprende que no haya intentado también algo sexualmente agresivo, y tal vez si me hubiera quedado en su coche un poco más aquel día que nos conocimos, quizás lo habría hecho. Kelly tiene los ojos abiertos de par en par todo el tiempo, como si no pudiera creer lo que estoy diciendo, pero el ligero temblor en mis manos y la forma en que mis hombros se encorvan deberían indicarle que solo estoy diciendo la verdad.

Cuando termino, digo:

—¿Y bien? No te quedes ahí sentada. Di algo —Mamá va a volver en cualquier momento para preguntar qué tal está el té, y lo que necesito ahora de mi mejor amiga es un consejo. Puede que Lochlan no sea el hombre ideal para casarse o para fugarse con él, pero estoy esperando un hijo suyo. Significa que, aunque no quiera, estaré eternamente conectada con la mafia irlandesa, al igual que mi padre. Incluso si él corta lazos con su negocio y se vuelve legal.

He visto sus registros. Hay pruebas de que está blanqueando dinero, falsificando libros, tal vez desviando cuotas sindicales y definitivamente sobornando a funcionarios públicos. Antes de que se meta demasiado en esto, creo que hay una manera de salvarle. Solo tengo que conseguir que Lochlan haga que su familia se aparte. Quizás decirle que estoy esperando a su hijo le ayude. Tal vez haya algún tipo de acuerdo que pueda hacer para liberar a mi padre de cualquier control que tengan sobre él.

—Creo que debes ser sincera con todos, Evie —Kelly deja su taza de té sobre la mesa y finalmente deja caer las cejas—. ¿Por qué no

dijiste nada hace semanas?

Me encojo de hombros y me froto la cara con ambas manos.

—Pensé que podría manejarlo. No podía dejar que mi padre fuera a prisión —Apoyo los codos en la mesa y escondo la cara. Decirlo en voz alta, que pensé que podría enfrentarme al chantaje de la mafia y hacer que esos capullos desaparecieran, suena simplemente absurdo. Tiene razón en cuestionarme.

—Díselo a tu padre inmediatamente, Evie —Siento su mano sobre la mía y escucho cómo las patas de la silla rascan el cemento que hay debajo. Al levantar la vista, la veo de pie, poniéndose las gafas de sol.

—Tengo que irme. Dale las gracias a tu madre por el té. Y mueve el culo a casa de Lochlan y dile que estás esperando un hijo suyo. Ya me lo agradecerás —Frunce los labios y me aprieta el hombro mientras se aleja. Sabía que solo tenía un minuto, pero desearía que se hubiera quedado más tiempo.

Me siento como una basura y no es solo por las náuseas matutinas. He estado en casa todo el día sin ir al trabajo porque no sé cómo afrontar nada de esto. Incluso he mantenido apagado y escondido el teléfono que me dio Darren para no tener que enfrentarme a lo que sea que pueda pedirme de nuevo. Sé que es un riesgo, pero estoy demasiado abrumada emocionalmente con todo esto para enfrentarlo.

Tan abrumada que entierro la cara entre las manos otra vez y ni siquiera oigo cuando mamá se acerca hasta que la silla rasca el suelo al sentarse. Abro los ojos sobresaltada, pensando que algún extraño ha entrado en nuestra propiedad, y suspiro aliviada al ver que solo es mi madre. Ella frunce el ceño preocupada y suspira.

—No has tocado el té.

—Lo siento, mamá, Kelly dio un sorbo pero tuvo que irse —Mis manos se dirigen hacia la tetera, pero ella me detiene, presionando su mano contra el dorso de la mía. Odio decepcionarla. Odio ver a mi padre amenazado. Odio todo esto, incluso el ojo morado que Jasper se llevó en los piquetes y las peleas, y solo quiero que mi vida sea tranquila. Quiero que todas las horribles verdades que he descubierto sean mentiras, que las cosas vuelvan a ser como antes.

—Evie, ¿qué ocurre? —La pregunta de mamá es sincera y honesta, y no quiero ocultarle nada, pero ahora mismo no puedo confesar nada. Primero tengo que contárselo a Lochlan y averiguar qué sabe sobre papá y los delitos de los que se le acusa. Y si me siento lo suficientemente segura, también le contaré lo del bebé.

—Mamá, yo... —Me tiembla el labio. Darren, Elvin, Lochlan, Papá... No sé ni por dónde empezar si tuviera el valor de contárselo.

—Oh, cariño, lo sé —arrulla, y entrelaza sus dedos con los míos—. Un matrimonio concertado no es tan malo como piensas. No has dedicado tiempo a conocerle, pero puede que te guste. Y si no, le respetarás. Es un buen hombre. Y ese respeto se convertirá en compañerismo, luego en respeto mutuo. Con el tiempo, ese respeto se transformará en amor. —Sonríe suavemente y yo cierro los ojos con fuerza.

—¿Qué sucede si me echo atrás? —Mi cerebro ya está pensando cincuenta pasos por delante, en cuando Elvin vea mi vientre hinchado y Lochlan exija respuestas. ¿Qué dirá mi padre entonces?

—Oh, querida —dice, sonando vacilante pero firme—. Eso no puede ocurrir, Evelyn. El señor Murphy y tu padre hicieron un acuerdo hace mucho tiempo. —Su mano se retira de la mía mientras comienza a reiterar las mismas cosas que he oído un millón de veces, cómo el amor es una elección y cómo amar a mi familia significa hacer lo que mi padre quiere.

Dejo que mis pensamientos se desconecten porque no soporto escucharlo una vez más. Lo he oído demasiadas veces ya. Me lo sé de memoria. Pero este pequeño bebé creciendo en mi cuerpo lo cambia todo, y temo que cuando la bomba estalle, va a afectar a más cosas que solo mi relación con mi familia. Va a hacer que este problema con mi padre parezca un juego de niños. Porque Lochlan O'Rourke no se va a quedar de brazos cruzados viendo cómo la mujer que lleva a su hijo se casa con otro hombre.

He visto lo posesivo que puede ser con algo como el sexo.

LOCHLAN

Después de casi ser acribillado esta tarde, intenté hablar con Draco sobre el lío en el que Evie se ha metido, pero él estaba tras la pista de algo, siguiendo a la persona que podría haber filtrado la información del cargamento. Le dije que necesitábamos hablar, pero luego vine a casa, donde ahora me sirvo el tercer chupito de whisky y escucho el zumbido de las noticias internacionales, con la esperanza de oír a qué se refiere TD Byrne cuando dice que "están barajando su nombre".

Si Ronan se ha enterado, todavía no me ha dicho nada, pero quizás esté haciendo lo mismo que Draco. Aunque esto afecta a mi familia, no me impacta directamente. Lo único que puedo hacer es recibir órdenes en esta situación y cumplirlas. Así que me quedo aquí rumiando, sin recibir actualizaciones, obsesionado con la cara del hombre que ahora sé que se llama Darren Connelly. Descubrí eso mientras revisaba todos los archivos de Draco en los muelles mientras le esperaba.

No consigo que mi cuerpo se calme. Tengo los nervios destrozados: músculos tensos, cabeza palpitante, manos cerradas en puños que no puedo aflojar. Desde el momento en que lo vi en ese muelle con el inspector portuario, he estado así. Evie no tiene ni idea de quién es, o al menos, no actúa como si lo supiera. Si sabe que Connelly está trabajando con el hombre que está atacando al sindicato, no es la chica que creo que es.

Está claro que no tiene miedo de acostarse con un criminal —se ha lanzado a por mí las suficientes veces para demostrarlo—, pero ahora que me doy cuenta de hasta qué punto ha llegado para ocultarme esta relación, tengo que preguntarme si realmente sabe quién es él y de lo que es capaz.

Este pensamiento solo me enfurece más. Agarro el vaso de chupito y lo lanzo contra la pared, donde se hace añicos. Lo único que quiero es protegerla, pero si acudo a ella con esta información, sobre quién es Connelly y lo peligroso que es para ella y su familia, me responderá como lo hizo aquella noche en el club. Pensará que la estoy controlando y diciéndole con quién debe relacionarse. No lo verá como protección o preocupación.

Así que me queda una difícil elección: exponerla ante su padre y ver cómo descarga su ira sobre ella, o intentar hacerla entrar en razón y ver cómo explota contra mí. De cualquier manera, pierdo cualquier oportunidad que tenga con ella, y la empujo directamente a los brazos de Elvin Murphy. Justo donde ninguno de los dos queremos que esté.

Suena el timbre, y supongo que es Draco o Jasper que vienen a ponerme al día. O quizás es mi hermano o uno de sus lacayos. Me muevo en esa dirección con la idea de llamar al personal para que limpie mi desastre.

Estoy más relajado ahora después de unas copas, pero de ninguna manera estoy borracho. Siento que esto se ha convertido en la norma: unas copas me bajan un poco la tensión para poder pensar con claridad y hacer mejor mi trabajo. No es un lugar saludable en el que estar, pero tengo que funcionar, y lo único que además me ayuda es algo que siento que estoy a punto de perder.

Cuando abro la puerta, me llevo una sorpresa. Evie está ahí retorciéndose las manos, con el labio atrapado entre los dientes, y miro alrededor, preguntándome quién la ha traído o cómo ha descubierto dónde vivo.

—¿Evie?

—Déjame entrar, Loch —entra con decisión, pasando a mi lado. Sus ojos recorren mi salón. Está oscuro, como a mí me gusta, y un poco desordenado. No suelo recoger mis cosas y no me gusta que el

personal entre husmeando, así que no contrato un servicio de limpieza con frecuencia. Mi vida es itinerante, voy a donde Ronan ordena, así que como fuera mucho e incluso paso la noche en otros sitios con bastante frecuencia. No soy muy hogareño. No hay razón para quedarse aquí rumiando sobre mis errores pasados.

—¿Qué haces aquí? —Pensaba que tendría que ser yo quien la buscara y la encontrara, así que verla entrar así en mi casa es sorprendente.

—Necesito hacerte una pregunta y necesito que seas sincero conmigo —sus ojos son insistentes, indagando en mis pensamientos.

Tanta emoción en mi pecho me hace sentir que estoy a punto de explotar. La tengo justo delante, sana y salva, y quiero atraerla a mis brazos y asegurarme de que siga así. Pero también quiero desahogarme con ella, decirle lo estúpida que ha sido al escabullirse con un hombre del que no sabe nada... o peor, un hombre que sabe que es malvado. Pero me quedo de pie, con los puños apretados, mirándola, sin moverme.

—¿En qué está metido mi padre? ¿Es como tú? ¿Es un criminal? —Sus ojos me escudriñan de nuevo como la primera vez que me hizo esta pregunta. Draco quiere que esté a salvo. Quiere que su secreto se mantenga oculto para ella, pero no es tonta—. Porque he visto que ha sobornado a algunos senadores, y he visto el rastro del dinero... Está blanqueando dinero a través del sindicato, ¿verdad?

—Tu padre es un buen hombre, Evie —le digo, acercándome a ella cuando veo que sus ojos se llenan de lágrimas. Así que ha tropezado con algo turbio en la vida de su padre y eso está destrozando su percepción de la realidad. ¿Es por eso que se rebela saliendo con Connolly?

No me permite abrazarla. Me aparta, se limpia los ojos y frunce el ceño.

—¿Lo sabías?

—Evie —gimo, pasándome la mano por la cara—. Por favor, confía en mí.

—¿Confiar en ti? —se burla—. Eres un lunático, un criminal. Literalmente eres lo opuesto a alguien en quien podría confiar.

Mi ira está fuera de control. Ella no se da cuenta de que está presionando tanto mis botones.

—¿Yo soy en quien no puedes confiar? ¿Tienes alguna idea de lo que estás haciendo o con quién estás tratando? —Connelly es peligroso y ella ni siquiera lo ve.

—Mira quién habla. ¿En qué has metido a mi padre? —Evie se acerca más, con las fosas nasales dilatadas por la furia, y lo único que puedo pensar es en lo mucho que me dolería perderla, si acabo viéndola sufrir. No puedo permitirlo. No lo permitiré.

La agarro y la atraigo contra mi pecho, aplastando mi boca contra la suya. Ella me aparta, retorciéndose y gruñendo.

—¡Para! No puedes simplemente besarme para ignorar este problema. Sé quién eres. Tomé una decisión calculada al meterme en la cama contigo. ¿Tuvo mi padre la misma opción? —Sus ojos relampaguean, pero deja de resistirse.

—Evelyn, lo único que quiero es servir a tu padre y protegerte. Es lo que prometí hacer. —La idea de perderla frente a Darren Connelly, ya sea por la fuerza o por engaño, ya sea física o emocionalmente, no me sienta bien. Me niego a quedarme de brazos cruzados viendo cómo la vida me arrebatara a otra persona que me importa cuando esta vez tengo la oportunidad de impedirlo.

—¿Quieres decir controlarme? —Su voz se quiebra, inundada de emoción. Tiene algún tipo de plan que no estoy entendiendo, pero necesito respuestas.

—¿Por qué reunirse con él? Se llama Darren, ¿verdad? ¿Por qué esconderte, Evie? Te dije que no comparto. —Bajando el tono, sigo sujetándola contra mi cuerpo y ella deja de resistirse.

—No lo entenderías. —Sus palabras me dan ganas de sacudirla para que entre en razón—. Y no te pertenezco.

Esta vez cuando dice las palabras, no es una protesta. Oigo la tristeza en su tono, pero es resignada, como si se hubiera rendido a su destino. Como si supiera que aunque luche, acabará casándose con Murphy.

—Lo único que tengo que hacer es decirle a tu padre que te reclamo como mía —digo suavemente mientras le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja, y ella aparta la cara.

Agarrándole la barbilla, la obligo a mirarme y noto lo disgustada que está. Dios mío, haría cualquier cosa por esta mujer y ella no cree que pueda. Mi deseo de protegerla y mantenerla a salvo anula mi pensamiento claro. La beso de nuevo, buscando cualquier indicio de conexión que tengamos, y esta vez, ella no me rechaza.

Ambos sabemos que esta no es la solución, pero nos aferramos el uno al otro como si nuestras vidas dependieran de ello. Nuestras lenguas bailan una danza delicada mientras mi polla presiona contra su estómago y sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura. Nos llevo hasta mi sofá, sin romper el beso ni una vez, como si cortar el contacto físico pudiera romper este tenue vínculo que tenemos, y la tumbo.

La beso fervientemente, sus manos suben por debajo de mi camisa para agarrar mi espalda mientras las mías desabrochan rápidamente su blusa y acarician sus pechos a través del sujetador. Mis labios trazan un camino ardiente por su cuello, besando y mordiendo suavemente. Dios, sabe a ángel, algo que no merezco ni siquiera estar cerca, y mucho menos tocar.

—Loch. —Su voz se quiebra cuando desabrocho sus vaqueros y se los bajo por los muslos. Sus bragas siguen rápidamente, y me lanzo entre sus piernas como un hombre privado de agua. Cuando mi lengua hace contacto con su centro, sus caderas se arquean y gime mi nombre como una oración.

—Dime que necesitas esto. Dime que soy yo el elegido —gruño contra sus pliegues húmedos antes de lamer su centro con un toque desesperado. He echado de menos esto, la he echado de menos a ella.

—Que te jodan —jadea, con ambas manos enterradas en mi pelo mientras muerdo su clítoris con rudeza. Sus piernas me apartan, pero sus manos me acercan y sé que quiere complacerme. Su centro se retuerce contra mi cara, y me desabrocho los pantalones con una mano mientras lamo sus pliegues.

—Dímelo —gruño, insertando un dedo bruscamente, lo que le hace soltar un gemido amortiguado de afirmación.

—¿Qué? —la provoco sin piedad, con la sangre latiendo en mi polla mientras ansío estar dentro de ella. La saco de mis pantalones

y chupo su clítoris con más fuerza, haciéndola estremecerse en el sofá.

—Te necesito —jadea, luchando contra mí mientras introduzco mi miembro en su estrecho centro. Sus protestas anteriores se desvanecen con cada profundo empujón en su húmeda calidez, y no puedo evitar gemir con satisfacción.

—¿Y? —pregunto de nuevo mientras ella araña el sofá, sus uñas dejando marcas en la tapicería.

—Eres tú a quien quiero. —Las palabras salen de sus labios en un suspiro tembloroso mientras acelero el ritmo, embistiéndola con renovado vigor. Sus piernas rodean mis caderas y sus uñas se clavan en mi espalda, haciéndome sangrar.

—¡Dilo otra vez! —gruño, inclinando las caderas para penetrar más profundo.

—¡Loch, Dios, te quiero a ti! —grita, respondiendo a mis embestidas con hambre desenfrenada. Cuando sus músculos se tensan a mi alrededor, sus ojos se ponen en blanco. Gime y jadea, retorciéndose, y yo la inundo con mi liberación.

Bombeo con embestidas lentas y profundas, y ella se derrite en el sofá, con los pantalones aún colgando de un tobillo. Parece en paz por un momento, y luego su ceño se frunce, la preocupación vuelve. Sé que quiere respuestas sobre su padre, pero no puedo dárselas, y aunque quiero exigirle que corte todos los lazos con Darren Connelly, creo que tengo una mejor manera de mostrarle de qué está hecho y ayudarla a ver la verdad por sí misma.

Me aparto, saliendo de ella, y ella se incorpora. La ayudo a levantarse, y se viste rápidamente. Tiene el pelo alborotado, los ojos hinchados de llorar, y me da un beso en la mejilla.

—Tengo que irme, Loch. Papá se preocupará. No sabe que me he ido. —Agarro su mano cuando empieza a alejarse, y ella se detiene y me mira.

—Ten cuidado, pequeña Evie... Este mundo no es seguro. —Mi advertencia solo puede llegar hasta donde ella quiera escucharla.

Su expresión de dolor me dice que se siente dividida, aunque no estoy seguro de si es por si debe hacer caso a mis advertencias o si es por un corazón roto.

Cuando se va, y me quedo metiendo mi miembro de nuevo en los pantalones, hago un nuevo plan. No voy a decirle nada a Draco. Voy a encontrar a Connelly y seguirlo, y cuando tenga la oportunidad, voy a matarlo.

Luego voy a reclamarla como mía. Elvin Murphy puede buscar a otra mujer. Evie es mía.

EVIE

He tomado una decisión, aunque no sé cómo llevarla a cabo. He quedado con Darren en el puerto. Le envié un mensaje diciéndole que estaría allí y, esta vez, tengo toda la intención de hacerle retroceder.

Mientras conduzco hacia allí, mi mente va a toda velocidad. Lochlan es todo lo que quiero, aunque simultáneamente representa tantas cosas tóxicas que me aterran. Pero aunque tiene una forma horrible de demostrarlo, sé que le importo. Quiere protegerme, incluso si esa protección viene en forma de un puño de hierro que parece controlador. Y por mucho que lo combata, sé que estoy enamorada de él.

Mis ojos se llenan de lágrimas y parpadeo para contenerlas y poder ver bien mientras conduzco. Lo que empezó como un encaprichamiento y una lujuria profundamente arraigada que me llevó a ser descaradamente coqueta ha cambiado ahora. Veo esa mirada en sus ojos, la que dice que realmente le pertenezco. De alguna manera, se le ha metido en la cabeza que soy suya y no tiene reparo en admitirlo. Que un hombre haga semejante afirmación sobre mí, casi tratándome como su propiedad... no estoy segura de cómo responder, pero extrañamente me resulta reconfortante.

Cuando entro en el aparcamiento del puerto, veo el coche de Darren enseguida. Está de pie junto a él, apoyado como le he visto

hacer varias veces antes. Es un hombre arrogante, que confía en su capacidad para intimidarme, pero esta vez se va a llevar una sorpresa.

Aparco mi coche pero lo dejo en marcha, con la puerta abierta mientras camino con decisión hacia él con el móvil de prepago en la mano. Me dio órdenes de traerle los horarios y lugares de las reuniones de mi padre con Ronan O'Rourke, el hermano mayor de Loch y jefe de su organización. No soy tonta. Sé que pretende utilizar esa información para tenderles una trampa o hacer que los maten, y no voy a ayudarlo.

—Chica lista, Evelyn. Ahora, ¿dónde está mi información? —Connelly desdobra los brazos, se aparta de su coche y viene hacia mí. Y cuando estrello el teléfono en su palma abierta, entrecierra los ojos.

—Se acabó —le digo, comenzando a alejarme antes de que siquiera registre mis palabras—. Búscate a otra persona. —Mi espalda está hacia él, lo que puede ser un error, pero camino hacia mi coche con pasos firmes y decididos.

La risa baja y profunda de Darren me pone los pelos de punta. Sé que es un hombre cruel, y no dudo que sea capaz de cosas malvadas y viles, incluido matarme, pero no me dejaré intimidar. Ni por él, ni por mis padres, ni por Lochlan. Viviré la vida que quiero vivir.

—¿Sabes que estás firmando el certificado de defunción de tu padre?

Girando sobre mí misma, le fulmino con la mirada, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en finas rendijas.

—Eres un necio, Connelly. Has cometido errores. —La sangre que resuena en mis oídos es suficiente para hacerme consciente de lo fuerte que es esta respuesta de lucha o huida en mi cuerpo, pero no retrocedo.

—¿Ah sí? —dice, levantando las cejas—. ¿Qué error es ese? —Se acerca a mí lentamente, como si intentara no asustarme. No estoy preocupada. Hay suficiente gente aquí para oír mis gritos. Incluso si no pueden evitar que me haga daño, sabrán quién es. Acabarán

atrapándole. Lo importante es que estoy rompiendo este vínculo. Ya no seré su peón.

—Sí, tú mismo me llevaste a la respuesta. Tu propia prueba de que mi padre es culpable es lo que me dio la idea. Mi padre tiene a funcionarios de la Garda, políticos y abogados en su nómina. Si crees que va a caer por algo, estás equivocado. Tiene a toda la puñetera ciudad en el bolsillo. —Mi mano tiembla sobre la puerta abierta mientras continúo—. No puedes tocarlo.

Darren se mueve rápidamente, viniendo tras de mí, e intento meterme en el coche de un salto. Pero es más rápido que yo. Sus manos me agarran por la cintura, el teléfono patina por el pavimento, y me saca a tirones mientras doy patadas y grito.

—Pequeña zorra —gruñe, agarrándome bruscamente y lanzándome al suelo junto al coche en marcha.

Me arrastro hacia atrás, moviéndome como un cangrejo lo más rápido que puedo, pero él balancea una bota y me golpea los tobillos. Cuando pienso que va a inmovilizarme, ambos oímos el chirrido de los neumáticos de alguien en el pavimento y él levanta la mirada. Eso me da tiempo suficiente para levantarme de un salto y empezar a correr antes de oír que estalla un tiroteo. No sé de dónde vienen los disparos, si de Darren o de otra persona. Lo único que hago es correr.

Los estruendos son tan fuertes que me tapo los oídos mientras corro, sin estar segura ni siquiera de adónde iré ahora. Mi coche sigue allí, en marcha con la puerta abierta, pero no puedo dar la vuelta y correr hacia el tiroteo. Me escondo detrás de un gran contenedor metálico para recuperar el aliento y siento las lágrimas correr por mis mejillas.

Los disparos continúan, y ni siquiera me permito asomarme para ver qué está pasando. Oigo más chirridos de neumáticos, y luego un motor acercándose. Cuando el coche derrapa para detenerse, me levanto de un salto para volver a correr, pero veo los ojos enfurecidos de Lochlan y en su lugar corro hacia él. Abre la puerta, me mete dentro y pisa el acelerador, saliendo a toda velocidad.

Mi pecho se agita. Estoy sollozando, con las manos temblorosas, y me arrastro por la consola central para acurrucarme en una bola

en el asiento del copiloto. Lochlan ha debido seguirme, y nunca me he alegrado tanto de saber que es tan obsesivo.

—¿En qué demonios estabas pensando, Evie? —Está enfadado, y con razón. Darren iba a matarme. No tengo ninguna duda.

—No pensaba —sollozo, con las palmas presionadas contra mis oídos mientras él continúa gritándome mientras conduce.

—¿Sales de mi casa después de que te diga que hablaré con tu padre, que le diré que te quiero, y vas directamente a los brazos de ese cabrón?

El coche da sacudidas mientras serpentea, lanzándome contra la puerta varias veces, y todo lo que puedo hacer es sollozar y preguntarme si acabo de lanzar una bomba nuclear en mi propia vida. Lochlan nunca me perdonará. Corrí directo de sus brazos a los de Darren Connelly, y él piensa que le estoy esquivando para ver a otro hombre. Es tan abrumador y he metido la pata hasta el fondo. Necesito que mi padre arregle esto porque esta vez, creo que no conozco la salida.

LOCHLAN

Cuando Evie finalmente se acomoda en su asiento y se abrocha el cinturón, dejo de regañarla. Se supone que ella no debe saber nada de este mundo. Se supone que debe existir a su alrededor a plena vista sin que ella se dé cuenta de nada. Pero aquí estamos después de un tiroteo, con ella sollozando en el asiento de mi copiloto con su inocencia hecha añicos. Es una maldita insensata, eso es lo que es, y yo soy un idiota por dejarla salir de mi casa. Solo estoy agradecido de haber decidido seguirla.

—¿En qué demonios estabas pensando? —pregunto de nuevo, sacudiendo la cabeza.

—Estaba bien —balbucea, cubriéndose la cara. Oigo la rabia en su tono, pero también hay miedo. No estaba bien. No está bien. Se está dando cuenta por primera vez del peligroso mundo en el que vivimos y está en shock porque su padre participa voluntariamente en él. Si piensa que su blanqueo de dinero y extorsión son lo peor, no tiene ni idea del dolor que está a punto de experimentar.

Mis manos agarran el volante con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos. No estoy pensando de forma racional. Mi mente va demasiado rápido para eso.

—Estabas a punto de ser asesinada o violada. ¿Te das cuenta? ¿No lo ves? Te han advertido tantas puñeteras veces, Evelyn. Tu padre te dijo que me hicieras caso. Yo te dije que dejaras de tontear

con ese hombre. Sigues caminando directamente hacia el peligro como si fueras invencible y vas a conseguir que te maten.

—¡Basta! —grita. Sus manos caen de su rostro mientras me fulmina con la mirada. Tiene los ojos enrojecidos, con lágrimas corriendo por sus mejillas, y golpea mi hombro con el puño tan fuerte que realmente duele. Luego retira la mano, acunándola—. Ya basta. No me posees, joder. No dejo de decírtelo. ¿Y por qué demonios me has seguido?

—Porque estás loca. Has ignorado órdenes directas, te has puesto en peligro a ti misma y a toda esta misión. Entraste en ese edificio y...

—¿Qué edificio?! —chilla Evie, y oigo un claxon sonando en mi oído. Giro la cabeza bruscamente para ver un coche que viene de frente y estoy en su carril, así que vuelvo al mío y reduzco la velocidad. El velocímetro muestra que voy al doble del límite legal sin darme cuenta. Mis manos tiemblan por el casi accidente.

—¿De qué jodido edificio hablas? ¿De qué estás hablando?

Después de casi matarnos en una colisión frontal, mantengo los ojos fijos en la carretera, pero mi estómago se contrae, todo mi pecho se siente paralizado. Todo lo que he pensado sobre Maelyn y su decisión de ignorar mis órdenes y entrar en ese edificio hace tantos años está fresco en mi mente.

Veó la última expresión en su rostro antes de que desapareciera, el asentimiento que hizo, el miedo en sus ojos. Veó el edificio explotar y la metralla caer sobre mí. Veó su cuerpo sin vida, desmembrado y esparcido en la tierra fría, y veo lo mal que lo estoy pasando.

—Nada —gruño, girando en una esquina y subiendo por la calle de Draco—. Tu pequeño novio es el maldito enemigo. Lo sabrías si te tomaras un minuto para escuchar a las personas que te rodean y se preocupan por ti. —Es lo más cerca que creo que llegaré a decirle que la amo. Pero lo hago, más de lo que he amado a nadie más—. Tu padre se va a volver loco.

—No puedes decírselo —gimotea—. Por favor, no se lo digas. No puede saberlo. —Hay más miedo en sus ojos ahora que cuando la

metí en mi coche con las balas pasando junto a nosotros—. No puedes decírselo, Loch.

No estoy seguro de por qué está tan nerviosa por esto, pero no tengo elección. Draco necesita saber que Evie ha estado viéndose a escondidas con un Doyle.

—¿Qué hacías con él?

—Nada, lo juro. No me acosté con él. No ando por ahí comportándome como una puta. Solo, por favor, no digas nada. — Usando la manga de su camisa, se limpia los ojos, manchando el material blanco de negro con lo que queda de su maquillaje.

Giro hacia la entrada de Draco y veo su coche allí. A estas alturas probablemente ya habrá oído que hubo otro tiroteo en los muelles. La Garda va a instalar más seguridad por allí si esto sigue ocurriendo.

—Ve a tu apartamento y esta vez, quédate allí, joder. ¿Entiendes?

—Pongo la palanca en aparcamiento y ella aparta la mirada.

—No se lo digas, Lochlan. Si te importa algo yo y mi familia, déjame manejarlo. —Su mano temblorosa descansa en la manija de la puerta, y la miro con dureza.

—No habrá nada entre nosotros a menos que dejes de escabullirte. No puedo estar con alguien que no respeta mis órdenes. —Mientras lo digo, hago una mueca.

Los hombros de Evie caen y sale del coche. La veo pasar junto al coche de Draco hacia el jardín trasero, más allá de la casa. Esas fueron las últimas palabras que le dije a Maelyn también, y luego la perdí. Pero Evie no está caminando por una zona de guerra hacia un edificio en llamas. Se dirige a su casa donde está a salvo, por ahora.

Y tengo que ir a lidiar con su padre y resolver este lío. De alguna manera, Connelly está involucrado en esta ofensiva de Cormac Doyle. Quieren nuestras rutas de envío y nuestra influencia sobre los trabajadores del muelle. Bueno, no va a suceder porque voy a cortar su acceso, empezando por la fascinación de Darren Connelly con Evie.

Salgo de mi coche pensando en ello. Probablemente sea otro de los juegos a largo plazo de Cormac, hacer que uno de sus hombres se acerque a Evie y la manipule de alguna manera. Estoy seguro de

que después de esa mierda en los muelles, Evie nunca volverá a hablar con ese hombre. Aun así, no podemos bajar la guardia.

Quiero respetar sus deseos porque me importa, pero Draco tiene derecho a saber el gran riesgo que ha estado corriendo su hija. Quizás sea ingenua, y quizás no lo supo hasta que era demasiado tarde, pero mi instinto me dice que aquí está ocurriendo algo más grande.

Draco abre la puerta antes de que llegue al primer escalón, y me fulmina con la mirada mientras dice:

—Entra aquí.

—¿Y ahora qué? —refunfuño, limpiándome el sudor de la frente. Si los agujeros de bala en el lateral de mi coche no son suficiente pista de que está ocurriendo algo muy chungo, es que está demasiado distraído para que le importe. Se dirige hacia su mueblebar donde Jasper está sirviendo algunas copas.

—Añade otra —dice Draco mientras cierro la puerta tras de mí. Miriam no está por aquí, probablemente ahuyentada por el humor de perros de Draco, así que somos solo nosotros tres mientras me acerco y me bebo el whisky de un trago.

—Ya no es solo Byrne. O'Malley ha llamado. ¿Cómo coño están consiguiendo estos cabrones nuestra información? Doyle está amenazando con hacerlo público, el muy bastardo. Tiene pruebas de que hemos comprado a algunos de ellos y están asustados. Tenemos que arreglar esto. —Draco se pasa la mano por la cara y luego bebe su whisky. Jasper hace de camarero, rellenando nuestros vasos mientras sorbe el suyo.

No es el momento adecuado para contarle a Draco sobre la peligrosa participación de Evie. Solo perdería los estribos y la arrastraría hasta aquí. Acaban de dispararle, casi se ha meado encima, y necesita unos momentos para descomprimirse. Los peligros nos acechan desde todos los ángulos ahora, pero mientras la mantenga encerrada en esta propiedad, al menos eso está bajo control.

—Papá, te vas a dar un infarto —el comentario de Jasper provoca un ceño más profundo en su padre, luego su rostro se suaviza mientras agarra el hombro de Jasper.

Me recuerda que la familia lo es todo y que si la hija de Draco realmente está en peligro y se lo oculto, me matará. Estos son sus hijos, no solo hombres con los que ha formado contratos. Si fuera mi familia, querría saberlo.

—Draco, hay algo que deberías saber, y antes de que hagas alguna tontería, solo has de saber que me estoy ocupando de ello. —Dejo el vaso vacío en la encimera del mueble-bar y me apoyo con fuerza, con la palma extendida sobre la fría madera.

—Por Dios, Loch. Tu hermano va a matarme por dejar que esto se descontrolara. No me digas que hay más. —La preocupación de Draco es muy real. En el momento en que Doyle descubrió que mi hermano, el jefe, había reemplazado a su difunto soldado con Draco, comenzaron a atacarle. Su negocio ha estado bajo fuego, luego su hijo. Le amenazaron con daños físicos, atacaron en las líneas de piquetes, y ahora a su hija. Ven a Draco como el eslabón débil, y van a por la yugular, todo con la esperanza de destruir el nombre de los O'Rourke.

—Es Evie —gruño, y cuando lo miro, veo una rabia en sus ojos como nunca antes había presenciado.

—No...

—Está bien —digo, levantando una mano para calmarlo—. Está de vuelta en su apartamento. La tengo allí sana y salva, pero debes saber que también la están acosando. Enviaron a uno de sus peones para manipularla. Ha estado saliendo con él a nuestras espaldas, a escondidas. No es seguro, y le he puesto fin esta tarde...

—¿En los muelles? —pregunta Jasper, interrumpiéndome—. ¿Ese tiroteo fuiste tú hace un momento? —Me mira con el ceño fruncido y la mirada de Draco empeora.

—Sí, pero ella está bien... Aunque sabe mucho más de lo que crees, y está aterrorizada. Deberías hablar con ella, pero no es una niña, Draco. Está haciendo preguntas y sabe cosas. Pero ahora comprende lo peligroso que es todo esto. Creo que no volverá a verlo. —Mi cuerpo se siente cansado, como si mis glándulas suprarrenales hubieran tirado la toalla y dejado de preocuparse por si estoy en peligro o cansado. Estoy entumecido y vacío, y lo único

en lo que puedo pensar es que Evie está a salvo ahora, encerrada en su apartamento. Es lo único que me da estabilidad.

—Pero son listos, y no se rendirán. Nos atacarán de otra manera.

—Draco empuja su vaso de whisky en la mano de Jasper.

—Estaremos preparados —le digo, asintiendo a mi propio vaso.

—La mantendré bajo llave —respira Draco. Me hace sentir mejor saber que comprende este riesgo.

Tengo que entender por qué la atacarían a ella, y tengo que averiguarlo muy rápidamente, antes de que se le ocurran ideas estúpidas otra vez. Si que le disparen no la hace entrar en razón, nada lo hará, y algo me dice que sea lo que sea lo que Connelly quería, no va a parar hasta conseguirlo. Volverá, y cuando lo haga, descubriré hasta dónde llega este agujero de conejo.

EVIE

Mientras me aplico la última pincelada de delineador y compruebo mi aspecto, pienso en mi coche abandonado en los muelles. Lo dejé en marcha con la puerta abierta y no tengo forma de saber si alguien lo apagó y lo cerró por mí. Papá conoce a suficiente gente que trabaja allí como para que alguien pudiera haberse ocupado, pero hasta que no vaya a comprobarlo, no tengo ni idea de dónde está. Lo que significa suplicarle a Jasper que me lleve al trabajo. Ya está acostumbrado después de las mezquinas órdenes de Lochlan de que alguien me haga de chófer.

Me detengo un instante, dejando caer los hombros. Fue la primera señal de que se preocupaba por mí y estaba tan enfadada con él por "controlarme" que no lo vi por lo que era. Quería que estuviera a salvo y era horrible mostrándolo. Me siento fatal por haber sido tan insensible con él cuando merecía algo mejor. Estaba perdida en mi propio estrés y dolor. No podía ver nada más.

Cojo el móvil y un jersey por si la oficina está fría, luego me dirijo a la casa principal donde encuentro a Jasper con chándal y camiseta, sentado a la mesa de la cocina disfrutando de su desayuno. Tiene el pelo de punta en varios sitios, con ojos adormilados fijos en mí mientras cierro la puerta corredera de cristal en la parte trasera de la casa.

—¿Por qué no estás listo? —Mirando el reloj del microondas, veo que son las nueve menos veinte, así que solo tenemos unos minutos

para ponernos en marcha o los dos llegaremos tarde.

—No voy —dice con la boca llena, chorreando leche por la barbilla hasta el chándal.

—Joder, ¿puedo coger tu coche entonces? El mío está en los muelles. —No le explico por qué está allí o que posiblemente haya sido robado junto con mi cartera, pero tampoco parece importarle.

—Imposible. —Da otro bocado antes de tragar el anterior y habla con la boca llena de comida.

—Dios, eres un cretino. ¿Por qué no? —Pongo la mano en la cadera mientras dejo mi jersey en el respaldo de la silla junto a él. Hace tiempo que no tenemos una buena discusión porque pensaba que había madurado. Cuando acepté el trabajo en el sindicato, creí que demostraba cierta madurez por mi parte, y me mostró lo adulto que parecía él también. Todo esto es simplemente grosero.

—Lo ha dicho papá. Quiere que te quedes en casa hoy. Probablemente mañana también. Hay algunas cosas que solucionar en la oficina y...

—¡Ugh! —gruño, dando una patada al suelo. Ambas manos se cierran en puños a mis costados de pura furia—. No, no soy una niña. No necesito que un hombre me diga qué hacer. Dame las llaves y déjame llevar tu coche al trabajo.

Jasper me mira de reojo y frunce el ceño.

—¿Crees que me gusta quedarme al margen para hacer de niñera? Te has metido en un lío y ahora tenemos que limpiarlo.

Estoy a punto de responder algo desagradable cuando la culpa me cierra la mandíbula. No sé exactamente a qué se refiere o qué sabe, pero si Lochlan le contó a mi padre sobre Darren Connelly, tiene sentido que me mantenga encerrada en casa. Tampoco tengo coche para ir a ningún sitio por mi cuenta, así que ni siquiera puedo investigar y averiguar qué sabe papá. A menos que mamá me deje coger su coche.

Por suerte, antes de que mi propia culpa y vergüenza me delaten, mamá entra en la habitación con expresión seria.

—Vosotros dos, ya basta. Tenemos visita. —Hace tiempo que mamá no nos regaña por discutir también. Me hace sentir avergonzada, como una niña traviesa de la que sus padres

desaprueban—. Evelyn, tienes visita. Por favor, ven al salón. —Su tono cambia de repente, y miro con mala cara a Jasper mientras paso a su lado.

La única persona en el mundo que se me ocurre que podría venir a esta hora es Lochlan, pero si quisiera algo de mí, simplemente vendría a mi apartamento. Me dirijo hacia el salón con determinación, sin saber realmente qué esperar, pero cuando doblo la esquina y veo a Elvin Murphy sentado en el sillón de mi padre con su caro traje blanco y camisa azul oscuro, desabrochada por arriba para mostrar el vello de su pecho, me estremezco.

—Mamá —susurro, pero no me oye. Continúa hacia el salón y se sienta frente a él en su sitio habitual, dejándome el lugar en el extremo del sofá más cercano a Elvin.

Él sonrío al verme entrar. El encanto rezuma de él como el pus de una infección, y por primera vez me doy cuenta de lo poco que realmente me importa este hombre. Lo conozco desde hace años, desde que éramos preadolescentes, pero en lo que se ha convertido, en lo que su padre lo ha transformado, no me resulta nada atractivo.

Elvin se levanta cuando me acerco bajo la atenta mirada de mi madre. No puedo ser irrespetuosa, así que ofrezco mi mano, que él besa —no tan elegantemente como lo habría hecho Lochlan— y luego se sienta. Mi corazón golpea contra mis costillas rogando ser liberado. La ira que quiere estallar contra mi madre por esta pequeña encerrona, y contra mi padre por encerrarme, queda pulcramente oculta tras una sonrisa artificial mientras me acomodo en el sofá.

—Evelyn, es tan bueno verte. —Se hunde en el sillón de papá, alisándose la camisa sobre el pecho. El gesto dirige mi atención a los ostentosos anillos en sus dedos, el caro reloj en su muñeca y el tatuaje que asoma por el puño de su camisa. Va bien arreglado, pero todavía hay un toque de rebeldía en él. Es una parte de él que siempre me ha gustado, pero que supuse que le quitarían a golpes para cuando llegara a la edad de casarse.

—Elvin, mamá no me dijo que estarías aquí. Tendrás que perdonar mi entrada tardía —estoy nerviosa, con ganas de regañar a

mi madre por esto, pero las ruedas en mi cabeza están girando, tratando de que todo tenga sentido.

Lochlan me arrebató de la calle en los muelles en un rescate loco, luego me llevó a casa a la cama como una niña buena. Le dice algo a mi padre que hace que este me encierre en casa y que Jasper me diga que soy un desastre, y ahora mamá tiene a Elvin Murphy en nuestro salón. Todo se ha descontrolado demasiado y las cosas han pasado de conversaciones tranquilas para las que no estoy preparada a un verdadero cortejo. Está aquí en el salón de mis padres cortejándome.

—Elvin, si me disculpas un momento. Necesito hablar con mi madre... —Miro hacia ella y me devuelve una mirada decidida.

—No, querida, Elvin está aquí para verte. Podemos empezar a discutir el acuerdo.

Odio cómo dice la palabra acuerdo como si no fuera toda mi vida con la que está jugando. Estoy enamorada de Lochlan, no de Elvin Murphy, y no quiero casarme con él. No sé lo que quiero. Solo sé que no le va a gustar cuando descubra que estoy embarazada, y si no tiene cuidado, voy a vomitar sobre su alfombra persa.

—Seguramente, puede esperar unos minutos más mientras hablamos un segundo. —Mantengo la mandíbula firme, las manos dobladas en mi regazo. Me han entrenado sobre qué hacer, me han enseñado cómo actuar, pero estoy harta de ser la jodida niña buena a la que empujan hacia cosas que no quiere. Soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones. Estoy embarazada del bebé de otro hombre. No puedo casarme con Elvin.

—Evie, hemos estado esperando esto durante años. Al menos, yo lo he hecho. Me encantaría que finalmente pudiéramos hacer planes para casarnos. —La voz de Elvin suena sincera. Por un segundo, siento una punzada de culpabilidad por querer romper el acuerdo. Su expresión también está llena de compasión. Le conozco. Es un buen hombre, aunque un poco ostentoso, pero de buen corazón—. Espero darte una buena vida, una más plena de lo que los humildes negocios de tu padre pueden proporcionar... una más segura.

Él extiende la mano hacia la mía, pero me giro hacia mamá y me doy cuenta de lo que está pasando. Mi padre le contó sobre Darren

Connelly, sobre el peligro. Por eso está aquí. Piensa que va a llevarme a una seguridad que no quiero ni necesito. Estoy lo suficientemente segura con Lochlan, y él es el hombre que quiero.

—Madre de Dios —gruño, cubriéndome la cara con una palma.

—Evelyn Elaine, cuida tu lenguaje. —El tono de mamá es más duro de lo que esperaba. La oigo cambiar de posición en su asiento incómodamente y me la imagino sonriendo avergonzada a Elvin. No sé qué sabe ella sobre papá o sus negocios, los crímenes que ha cometido, pero no puedo simplemente soltarlo. Lo que sé y lo que he aprendido no es algo para anunciar en un café familiar.

—Mamá, lo siento. No me siento bien. —Descubro mi cara y sonrío educadamente a Elvin. Su oferta parece sincera, y si sabe algo sobre lo que mi padre está involucrado, su protección también sería genuina. Simplemente no puedo hacer esto. Estoy demasiado emocional, y podría vomitar. Así que vuelvo su juego contra ellos.

—Estoy muy fatigada ahora mismo. Papá me ha pedido que me quede en casa para descansar, así que eso es lo que debería hacer.

—Me levanto, alisando mis manos por mi falda. No voy a casarme con este hombre sin importar lo que diga nadie. Y no sé cómo decírselo todavía, pero lo haré—. Gracias por pasarte por aquí. Hablaremos en otra ocasión.

—Evelyn, no seas grosera —sisea mamá, poniéndose de pie, pero paso de largo y la ignoro por completo. Jasper ya no está cuando atravieso la cocina, el cuenco todavía sigue donde él estaba en la mesa. Me dirijo a mi apartamento y me encierro. Si no puedo salir, entonces nadie más necesita entrar. Tengo que pensar.

Necesito encontrar la manera de contarle a Lochlan sobre el bebé pronto. Si ya lo hubiera hecho, Elvin no habría aparecido en casa de mis padres. Y necesito encontrar la forma de decepcionarlos a todos con suavidad.

Mientras me cambio a mis propios pantalones de chándal y camiseta, me acurruco en la cama y pienso en lo contenta que estoy de que al menos Darren Connelly me haya dejado en paz. Nunca debería haber pensado que podía proteger a mi padre. Debería haber dicho algo desde el principio.

LOCHLAN

Draco está dando vueltas como un animal enjaulado, con los hombros en tensión como si fuera a reventar y arrancarle la cabeza a alguien. Las persianas están a medio cerrar, la luz se filtra a través del escritorio y raya el suelo como en una maldita sala de interrogatorios. El silencio entre nosotros no es tranquilo. Crepita. Sabe a rabia y a café quemado.

—He estado recibiendo llamadas —murmura, con voz baja y dura—. De gente que antes me debía favores. Están abandonando el barco, retirando sus nombres de cualquier negocio que yo toque. Como si tuviera una jodida enfermedad contagiosa.

Le observo. No está descontrolándose. Todavía no. Draco no pierde el control... él desmembra las cosas lentamente, trozo a trozo, hasta que no queda nada que pueda contraatacar. Pero está cerca. Su rabia está demasiado controlada. Ahí es cuando resulta más peligrosa.

—Cormac Doyle está yendo de bocas —digo—. Filtrando nombres. Conexiones. Ha convertido a la mitad de los diputados en cobardes.

Draco deja de moverse. Sus ojos se cruzan con los míos, inexpresivos y asesinos. —Les di a esos cabrones protección. Cobertura política. Viajes gratis y contratos inflados. Y en cuanto las cosas se ponen ruidosas, me tiran a los lobos.

Dejo que el silencio se prolongue durante un respiro y le veo pasarse la mano por la cara con ansiedad. —No lo están haciendo a voz en grito. Están utilizando canales secundarios. Presión silenciosa. No te están procesando... te están borrando.

Exhala con fuerza, el tipo de sonido que debería venir acompañado de sangre en el suelo. —¿Tienes una respuesta, entonces?

Asiento lentamente. —Quemamos un cuerpo. No literalmente. No a menos que tengamos que hacerlo. Pero les damos a alguien a quien puedan crucificar.

Me mira como si le estuviera entregando un cuchillo. Y eso es lo que estoy haciendo.

—Tiernan Callahan —digo—. El pequeño capullo ha estado desviando fondos desde el momento en que le diste una tarjeta de acceso. ¿Quiere ser importante? Bien. Le convertimos en la historia. Los informáticos pueden reescribir sus registros, enterrar tu nombre, hacer que parezca que ha estado haciendo negocios a tus espaldas.

Draco no contesta de inmediato. Simplemente camina hasta la ventana, baja una persiana de un tirón y observa la calle como si estuviera imaginando de dónde podrían venir las balas.

—No se irá en silencio.

—Entonces lo enviaremos en trozos.

Pasa un instante. Luego murmura: —Hazlo.

Draco sale sin decir una palabra. La puerta se cierra tras él, pero su presencia aún impregna la habitación. Tras un momento, me levanto, me muevo alrededor del escritorio y me siento en su silla. Cruje bajo mi peso como si supiera que no pertenezco aquí. Todo se siente extraño, como estar en la piel de otro hombre. Quieren que esté estacionado, obediente, útil de una manera que no derrame sangre. Pero nunca se me ha dado bien fingir.

El silencio no se marcha. Se congela lentamente alrededor del esqueleto de la habitación, oprimiéndome el pecho como un cinturón apretado una muesca de más. Me siento con él un momento más, luego acerco la silla y me giro hacia el monitor. El acceso de Draco ya está activo. Sus archivos están justo donde los dejó. Todo lo que tengo que hacer es hurgar.

Lo que Doyle le está dando a la prensa no salió de la nada. Esta filtración no es una conjetura afortunada o alguien que se coló en el servidor equivocado. Es precisa. Alguien desde dentro les dio un mapa.

Empiezo con los registros de la red. Cada punto de acceso deja una marca, aunque piensen que no. Nuestro equipo técnico se gusta de presumir sobre la seguridad, pero solo son buenos enterrando cosas después de que salen mal. Quiero ver quién lo abrió primero.

Los registros financieros están más desordenados de lo que deberían. Alguien ha estado dentro de ellos en las últimas setenta y dos horas. Varias veces. El mismo usuario. Examino las marcas de tiempo, y mi estómago se tensa cuando aparece el nombre.

Evelyn O'Leary.

Al principio, creo que lo he leído mal. Pero está ahí otra vez. Y otra vez. Mismo terminal. Mismas credenciales. Accediendo a los archivos protegidos, los servidores restringidos, cada página que podría condenar a este sindicato en manos de alguien como Cormac Doyle. No es una navegación casual, tampoco... esto fue una inmersión completa. Pagos detallados, números de ruta, cuentas de donaciones vinculadas a falsas organizaciones benéficas. Todo lo que hemos trabajado por enterrar.

Profundizo más. Su registro de actividad ilumina la pantalla. Extrajo archivos del lado no oficial del libro mayor. Exportó copias. Algunas fueron a la impresora. Otras se volcaron en una memoria USB. El registro de auditoría muestra cuatro dispositivos externos conectados en los últimos dos días. Uno de ellos permaneció enchufado durante casi cuarenta minutos.

Cuarenta minutos son suficientes para destriparnos.

Mi pecho se tensa, respiraciones cortas y agudas. Me obligo a ralentizarlas. Esto no tiene sentido. Evie no tiene acceso a la mitad de esto. Ni siquiera debería saber dónde encontrarlo.

A menos que alguien se lo mostrara.

A menos que estuviera buscando.

Me muevo en la silla, mis dedos moviéndose más rápido ahora, revisando los registros del sistema, las notas de vigilancia, los registros de entrada al edificio. Hay imágenes marcadas por

seguridad interna... baja prioridad, nunca revisadas. Abro los archivos. No hay sonido, pero no lo necesito. La imagen es suficiente.

Evie. Detrás del almacén. Hablando con alguien que no reconozco al principio. Alto, pelo oscuro, traje a medida, rostro apartado de la cámara. Pero cuando da un paso atrás, ajustándose el reloj, su perfil es nítido como un cuchillo.

Darren Connelly.

El arreglador de Doyle. Su ejecutor. Su sombra.

Está a centímetros de ella, y ella no se aleja.

Mis manos se tensan en el borde del escritorio hasta que el cuero cruje. De repente, la habitación se siente más fría, más pequeña. El peso en mi estómago pasa de la sospecha a algo más pesado. Traición es una palabra demasiado limpia para lo que siento trepando por mi columna.

La he estado observando. Protegiéndola. Aceptando este trabajo de oficina que nunca quise solo para mantenerla a salvo. Y todo este tiempo, ella ha estado proporcionándoles las balas que usarán para abatirnos.

Me recuesto lentamente, dejo que el brillo del monitor ilumine mi cara. Reproduzco el vídeo. Una vez. Dos veces. Sus manos tiemblan. Parece asustada. No desafiante. No presuntuosa. Pero el miedo no la hace inocente. El miedo significa que sabía lo que estaba haciendo.

Me paso ambas manos por la cara y exhalo entre los dientes. La verdad descansa en mi regazo como un arma cargada. Y ahora tengo que decidir qué cojones hacer con ella.

Evie no traicionaría a su padre. Adora el suelo que pisa. Lo defiende como si fuera una religión. He visto cómo lo mira cuando entra en una habitación, como si nada pudiera tocarlo, como si fuera invencible.

Entonces, ¿qué cojones es esto?

Miro fijamente la pantalla, reproduciendo el vídeo otra vez. Está asustada. Eso es lo que más me inquieta. No es imprudente. No es estúpida. Pero está metida en algo profundo, y me está carcomiendo porque no sé por qué. No sé qué está haciendo ni quién la obligó a hacerlo. Y debería saberlo.

Debería haber visto venir esto.

Mi pecho se tensa de nuevo, la respiración se entrecorta sin permiso. Por un segundo, no es Evie quien está en la pantalla, es Maelyn. El mismo miedo en sus ojos. La misma forma en que sus manos temblaban antes de atravesar esa maldita puerta en Kandahar y no volver a salir. Debería haberla detenido. Debería haber sido más rápido, más contundente, cualquier cosa menos lo que fui.

Y ahora aquí estoy de nuevo, sentado detrás de otro escritorio, viendo a otra mujer que debería estar protegiendo a un paso de que la maten.

Me aparto de la silla. El suelo cruje bajo mis botas cuando me levanto. Mi piel está demasiado tensa, el corazón acelerado como si quisiera salirse de mi pecho. Esto ya no es una filtración. Es una bomba de relojería.

Y Evie está justo en el radio de la explosión.

No sé lo que ha hecho. Pero sé esto: no puedo perder a otra. No así. No otra vez.

Me pongo de pie de un salto antes incluso de darme cuenta de que me he movido.

Mis piernas se sienten entumecidas, mi pecho demasiado apretado. No pienso, simplemente agarro mi teléfono y busco el contacto de Jasper.

Lochlan 15:13: ¿Dónde está Evie? Llámame ya.

En cuanto lo envío, abro una conversación con Draco.

Lochlan 15:14: Evie está en peligro. Voy a la casa. Algo va muy mal.

No espero respuestas. Me meto el teléfono en el bolsillo y salgo. Por el pasillo, a través de la escalera, las botas golpeando el hormigón como si intentaran hacer que el edificio lo sintiera. No me molesto con el ascensor. Necesito que el ardor en mis piernas coincida con el fuego que desgarrar mi pecho.

Está en problemas. No sé cuán profundo ni quién más está involucrado, pero no acudió a mí, y eso dice más de lo que puedo soportar pensar.

Debería habérmelo dicho.

Llego a la calle, el aire afilado en mi garganta, y cruzo hacia el coche sin disminuir la velocidad. En cuanto el motor arranca, salgo disparado, los neumáticos chirriando mientras tomo la curva demasiado bruscamente.

Sigo viéndola. Ese momento congelado en la pantalla: Evie de pie con el hombre de Doyle como si ya se estuviera preparando para algo que no puede evitar. No enfadada. No desafiante. Solo asustada.

Y lo hizo sola.

Me dije a mí mismo que la estaba protegiendo, manteniendo la distancia para que estuviera a salvo. Pero ya estaba hundida. Ya se estaba ahogando. Y no lo vi.

Igual que con Maelyn.

Esa misma sensación en mis entrañas ha vuelto, como si algo vital se estuviera escapando de mi alcance y yo fuera demasiado lento para detenerlo. Debería haber estado allí. Debería haberlo sabido.

Sea lo que sea en lo que se ha metido, la está matando desde dentro. Y si Connelly está involucrado, esto no termina con una amenaza. Termina con sangre.

Ella no es una soldado. No está hecha para este tipo de guerra.

Pero yo sí.

Y si tengo que quemar cada fragmento de lo que queda entre ella y yo para sacarla, eso es exactamente lo que haré.

EVIE

El agua de la bañera se ha quedado tibia, pero no me he movido. Simplemente sigo hundiéndome más y más en ella, como si quizás, si me quedase lo suficientemente quieta, pudiera desaparecer. Simplemente... desvanecerme en el vapor. Sin más sermones, sin más charlas organizadas sobre el dichoso Elvin Murphy y su «trabajo estable» y su «familia respetable». Sin más conversaciones sobre el deber, la tradición o lo que le debo a mi padre.

No estoy segura de qué me asusta más: decirles que estoy embarazada o dejar que Lochlan lo descubra primero.

Mi mano flota sobre mi vientre, apenas un poco abultado. Es una tontería, lo sé. Demasiado pronto para sentir algo. Pero no se trata del tamaño. Se trata del peso que supone. De su permanencia. Este no es un error que pueda ocultar tras el velo de una noche de borrachera o un mal juicio. Esto cambia la vida.

Y le quiero. Ahí está el problema.

No quiero quererle. Sé que no debería. Pero le quiero.

El golpe en la puerta rompe el silencio, no es fuerte, solo firme. Un golpe. Luego nada.

Cierro los ojos. —Está abierto —digo en voz alta, con la voz pastosa—. Estoy en la bañera.

Probablemente sea mamá otra vez, que vuelve para disculparse. O papá, que por fin quiere hablar. Quizás Jasper. No lo sé. No me

importa.

Quito el tapón con los dedos del pie y alargo la mano hacia la toalla, mientras el sonido del agua al vaciarse ahoga el ruido exterior. Pero lo oigo: movimiento. El crujido de la tabla del pasillo. Alguien pisando suavemente. Ninguna voz que responda.

Me seco rápidamente, todavía hablando por encima del sonido del agua como si no estuviera sola.

—No quiero otro sermón, ¿vale? Ya he oído suficiente por hoy. Conoceré a Elvin, sonreiré educadamente, pero no prometo nada. Esta noche no.

Me pongo el albornoz, ciñendo el cinturón a mi cintura, sin prestar atención a quienquiera que esté ahí fuera, y salgo del baño con un rastro de vapor siguiéndome. Me quedo paralizada mientras me anudo el cinturón del albornoz a la cintura.

Darren Connelly está de pie cerca de la ventana, parcialmente de espaldas como si llevara allí el tiempo suficiente para ponerse cómodo. Verle me deja sin aliento, no por la sorpresa sino por una especie de horror lento y repelente que se instala bajo mi piel antes de que mi cerebro lo asimile. La pistola en su mano apunta hacia abajo, suelta y casual, como si aún no necesitara apuntarla. Lleva el abrigo todavía abotonado. Sus zapatos están secos. No acaba de llegar... lleva aquí un rato.

Mi primer instinto no es gritar, ni correr, ni hablar. Simplemente me quedo ahí, con el frío del suelo penetrando en mis pies mientras todos los nervios de mi cuerpo intentan paralizarse a la vez. No hay ningún sitio adonde ir. Ningún rincón donde retroceder. Somos solo nosotros dos y los tres metros de suelo abierto entre yo y el baño, y la pequeña habitación bien podría ser una jaula.

—Has dejado la puerta sin cerrar —dice sin darse la vuelta.

Su voz es tranquila, tan baja que apenas la capto. No respondo. No creo que pudiera, aunque quisiera. Tengo la garganta demasiado seca, y el miedo ya ha hecho su trabajo. Se ha incrustado profundamente en mi columna, vaciándome desde dentro.

Se vuelve para mirarme, por fin, como si fuéramos viejos amigos encontrándonos en mitad de una conversación. Sus ojos se posan en mí, examinan la toalla en mi pelo, el fino albornoz, los pies

descalzos, y odio lo pequeña que me siento bajo esa mirada. Odio que me vea así.

—Necesito saber cuándo se reúne tu padre con Ronan O'Rourke —dice. Las palabras salen suaves, ensayadas, como si las hubiera dicho antes, quizás incluso a alguien que no tuvo oportunidad de responder.

Niego con la cabeza, más por instinto que por desafío. —No lo sé.

—Sí que lo sabes.

Lo dice sin rodeos, y sé que lo cree. No intento discutir. ¿Qué sentido tendría? Ambos sabemos que he visto cosas que no debía. Que he escuchado a escondidas. Que he leído nombres que no debía reconocer. No está aquí por una simple suposición.

—No te lo voy a decir —digo en voz baja—. Sea lo que sea lo que crees que sé, no te lo voy a dar.

Su boca no se mueve, pero algo cambia en sus ojos. No es enfado, todavía no... solo una especie de certeza dura como el acero que me dice que esta conversación no termina con una elección. No realmente.

—No voy a ser tu peón —añado, y odio que mi voz tiemble al final.

—Ya lo eres —dice—. Simplemente aún no has descubierto para qué bando estás jugando.

Mi estómago se retuerce. Pensaba que había tenido miedo antes. Ni siquiera había empezado.

Se desplaza unos pasos hacia un lado, y me doy cuenta de que está entre la puerta y yo. No por casualidad. Se ha colocado ahí deliberadamente. Empiezo a retroceder sin pensar, el albornoz ciñéndose más a mi alrededor mientras me muevo hasta que mi cadera choca con el borde del lavabo.

No levanta la pistola. No tiene que hacerlo.

—No hagas esto más difícil de lo necesario —dice. Su voz es serena, pero ahora hay presión tras ella—. Simplemente dime lo que necesito saber.

Niego con la cabeza. —No te voy a dar nada.

Otro paso de él. Otro paso atrás mío. Los últimos metros de espacio en la habitación se cierran rápidamente.

—He sido paciente —dice—. Más de lo que probablemente merezcas. Pero si sigues protegiéndoles, te conviertes en parte del problema.

—No estoy protegiendo a nadie. Solo...—Mi voz se quiebra—. Los matarás.

Su expresión no cambia. —Ese es precisamente el objetivo.

En cuánto digo que no otra vez, su rostro se tensa, no con sorpresa, ni siquiera con enfado, sino con determinación. Cierra la distancia y me agarra del brazo, arrastrándome hacia delante con una fuerza que me deja sin aliento. Apenas registro el borde de la mesa golpeando mi cadera antes de ser lanzada contra la pared.

El dolor atraviesa mi columna. El impacto rompe algo en mi cabeza y mi visión se nubla. Antes de que pueda recuperarme, su mano me agarra del pelo y me levanta, aplastándome contra el yeso.

—Estás perdiendo el tiempo —dice, con su aliento caliente en mi mejilla—. El tuyo. El mío. El de ellos.

Araño su antebrazo, pero él me acerca bruscamente hasta que nuestros cuerpos están pegados y puedo sentir la presión de la pistola entre nosotros. Mi bata ya está medio deshecha por la lucha, el cinturón retorcido y tirando con cada movimiento.

Intento gritar, pero me tapa la boca con la mano, presionando lo justo para cortar el sonido pero no la respiración. Su peso está completamente sobre mí ahora, una rodilla empujando entre mis muslos, inmovilizándome. No puedo moverme. Apenas puedo respirar. La presión contra mis costillas hace que sienta como si el aire se escapara de mis pulmones con cada jadeo superficial.

Sacudo la cabeza violentamente, debatiéndome, pero él solo se aprieta con más fuerza. Su mano se desliza por la curva de mi costado, lenta, medida, y cuando sus dedos se enganchan al cinturón de mi cintura y tiran una vez, todo en mí se convierte en hielo.

—Puedo hacer esto como yo quiera —murmura, demasiado tranquilo—. Los dos lo sabemos.

Las lágrimas pican en mis ojos, involuntarias y furiosas. No quiero llorar. No quiero que vea lo que esto me está haciendo. Pero el miedo está por todas partes ahora. Está en mis manos, temblorosas. Está en mis piernas, bloqueadas e inútiles. Está en la forma en que dejo de luchar —solo por un segundo— porque una parte enterrada de mí se pregunta si dolerá menos así.

Su mano deshace el nudo.

Me estremezco con fuerza, una sacudida de todo el cuerpo, el pánico anulando todo lo demás. Mi voz regresa en un ronco y desesperado susurro.

—Por favor, no...

Presiona la pistola contra mi estómago.

—Entonces dame lo que quiero.

Su rodilla se eleva más, su agarre se aprieta en mi pelo, y me doy cuenta, con una claridad nauseabunda, de que no está fanfarroneando. No vino aquí para asustarme. Vino aquí para destrozarme.

Abre la bata de un tirón sin vacilar, jalando hasta que la tela cede. El cinturón se desliza de mi cintura. Mis manos van directas a mi pecho, tratando de mantener las piezas juntas, pero él agarra mis muñecas y las fuerza por encima de mi cabeza, clavándome a la pared. Mi piel desnuda golpea el frío yeso. La conmoción me arranca un sonido —vergüenza, pánico y rabia enredados en mi garganta.

Me retuerzo, pateo, golpeo con la rodilla hacia arriba, pero él cambia su peso rápidamente y atrapa mis piernas. Sus caderas se clavan en las mías. Su aliento está en mi cara. Su mano empuja la bata fuera de mis hombros por completo.

Me mira como si no fuera nada.

Grito, aguda y guturalmente, luchando como algo acorralado. Mis uñas arañan su mejilla, y él sisea, agarrando un puñado de mi pelo y echando mi cabeza hacia atrás con tanta fuerza que veo estrellas. Mi pecho está agitado ahora, completamente expuesto. Su mano se mueve más abajo.

Es entonces cuando la puerta se abre de golpe hacia dentro.

El sonido es ensordecedor, la pared convirtiéndose en polvo mientras el pomo se incrusta en ella. Lochlan irrumpe con la fuerza

de un huracán, y Darren ni siquiera tiene tiempo de girarse antes de ser derribado de encima de mí, con su espalda golpeando el suelo con un crujido.

Lochlan está sobre él en un parpadeo, sus puños ya balanceándose. El primer golpe gira la cabeza de Darren hacia un lado. El segundo le abre la ceja de par en par. La sangre salpica el suelo en un charco carmesí. Darren gruñe, se arrastra, intenta alcanzar la pistola, pero Lochlan la pateo a través de la habitación sin romper el ritmo.

No habla. Golpea.

Cada puñetazo aterriza con un golpe sordo de nudillos contra hueso. Uno tras otro, sin piedad, sin ritmo. La cara de Darren se derrumba bajo el peso —labio destrozado, dientes flojos, nariz aplastada. Se ahoga, la sangre acumulándose en su boca, pero Lochlan sigue adelante. Su respiración es irregular, dientes al descubierto. Sus manos están cubiertas con la sangre de Darren, la piel de sus nudillos ya partida y en carne viva.

Darren araña el suelo, intenta alejarse rodando, y es arrastrado de vuelta por el cuello y estrellado contra el lado de la mesa. Esta se rompe bajo él. Astillas de madera se esparcen por el suelo. Grita, con el brazo doblado de forma extraña, el rostro irreconocible.

Lochlan lo levanta de nuevo, lo estrella contra el suelo.

—Te mataré —gruñe, con voz profunda, apenas humana—. Te mataré, joder.

Darren se debate, lanza un codazo, falla. Da una patada contra el suelo y de alguna manera, apenas, se libera. Tropieza hacia la puerta, resbalando en su propia sangre, y desaparece por el césped.

Lochlan se queda allí, con el pecho agitado, los puños apretados a los costados.

Y yo me derrumbo en el suelo, temblando, con la bata colgando de mis brazos, expuesta y rota, jadeando por aire.

Se vuelve hacia mí, con el rostro salvaje, los ojos fijos en los míos, y por primera vez, sé que estoy a salvo. Porque él vino.

Lochlan ya está a mitad de camino hacia la puerta, su pecho todavía agitado, sangre corriendo por sus manos y antebrazos. Su mandíbula está tan apretada que puedo ver los músculos saltando

bajo la piel, y hay una mirada en sus ojos que dice que no ha terminado. Ni por asomo.

—No, no te vayas —jadeo, tropezando hacia delante. Agarro su muñeca con ambas manos, clavando las uñas en su piel antes incluso de darme cuenta de lo fuerte que lo estoy sujetando—. Por favor. No vayas tras él.

Intenta soltarse, pero no lo dejo ir. Me deslizo frente a él, presionando mi cuerpo contra el suyo, desesperada, aún medio desnuda, temblando tan violentamente que no puedo articular las palabras en orden.

—No pude... No sabía qué hacer, él dijo... dijo que si no le ayudaba le diría a todo el mundo lo de mi padre, lo que hizo, y entonces la unión caería, y él iría a prisión, y sería mi culpa y pensé que tal vez si los retrasaba lo suficiente, podría encontrar una salida, pero entonces vi a Connelly y...

Me atraganto con mi propia respiración. Mis rodillas empiezan a ceder, y él me sostiene por los brazos, manteniéndome en pie.

—No quería que llegara tan lejos —sollozo—. Pensé que podría arreglarlo. Pensé que podría ocultarlo.

—¿Esconder qué? —Su voz es baja, áspera, apenas humana todavía.

—Todo. Los archivos, las copias, lo que les di. Ni siquiera sabía cuánto me estaban utilizando. Dijeron que si se lo contaba a alguien, lo matarían. O a ti. O a ambos. Y entonces descubrí que estaba embarazada y mamá... ella me está obligando a casarme con Elvin, como si eso borrara todo, como si simplemente tuviera que empezar de nuevo y fingir que nada de esto nunca...

Me agarra la cara y me besa.

Con fuerza. Desesperado. Como si intentara evitar que me haga añicos. Me derrito en el beso, con las manos aún aferradas a su camisa, sollozando contra su boca. El beso no pide. Toma. Y yo lo permito.

Cuando se aparta, su frente descansa contra la mía.

—No te vas a casar con él —dice en voz baja.

Se separa, su respiración pesada contra mi boca, su frente aún apoyada contra la mía. Sus manos permanecen en mi mandíbula,

sus pulgares acariciando las comisuras de mi boca como si intentara silenciar el pánico que brota de mí.

—No quiero hacerlo —susurro, con la voz entrecortada—. Simplemente no sabía si tú... si querías esto. Nosotros. El bebé.

Se queda inmóvil. Cada parte de él.

Sus ojos buscan los míos, no frenéticamente, sino profundamente, como si intentara confirmar que ha oído lo que cree haber oído. No habla, solo me mira fijamente. Su mandíbula está tensa, pero no por ira, sino como si estuviera conteniendo algo enorme, algo peligroso, algo real.

—Estás embarazada —dice finalmente, las palabras casi sin aliento.

Asiento.

Deja escapar un sonido, silencioso, crudo, medio incrédulo. Su mano cae sobre mi vientre. No con cautela. Deliberadamente. Sus dedos presionan suavemente contra la piel justo debajo del borde de mi bata.

Su garganta se mueve como si estuviera tragando vidrios rotos.

—Es mío —dice, apenas por encima de un susurro—. Es mi bebé.

Asiento de nuevo, todavía llorando, y algo en su expresión se quiebra. El miedo, la furia, el peso de todo lo que nunca dije... todo ello se estrella tras sus ojos.

—Deberías habérmelo dicho —murmura—. Deberías habérmelo dicho en el momento en que lo supiste.

—Tenía miedo.

No pregunta de qué. Ya lo sabe.

Entonces su agarre cambia. Todavía me está sujetando, pero es diferente ahora: más firme, posesivo, como si estuviera reclamando lo que es suyo. No con violencia. No por orgullo. Por necesidad.

—No voy a dejar que te lleven —dice—. No me importa lo que diga tu madre, o tu padre, o ese pequeño cabrón presumido con el que intentan atarte. Lo mataré si es necesario. Mataré a cualquiera que crea que tiene voz en esto.

Empiezo a llorar con más fuerza.

—No vas a ir a ninguna parte —continúa—. Ahora eres mía. ¿Me oyes?

Logro asentir temblorosamente. —No quería perderte.

Presiona su boca contra mi pelo. —No lo harás. —Su voz es baja, firme y aterradora en su certeza—. Ni ahora. Ni nunca.

Lochlan se inclina, enganchando sus dedos detrás de mis muslos y levantándome en sus brazos. Envuelvo mis piernas a su alrededor mientras usa una bota para cerrar la puerta, luego se gira, dirigiéndose hacia mi cama.

—Te dije que no comparto, y lo dije en serio —gruñe, dejándome caer en la cama. Dejo que la bata se abra, ya no tengo miedo de quedar al descubierto. Por este hombre, haré cualquier cosa, incluso morir.

LOCHLAN

La extiendo como un festín mientras se deshace de su bata rasgada. Evie me desea desesperadamente, y después de lo que he presenciado al entrar, entiendo por qué. Sigue llorando, buscándome mientras me quito la ropa y me coloco sobre ella, rezando para que Draco y Jasper no reciban mis mensajes antes de que termine con ella.

—Oh, Dios, Loch... Por favor... —Sus manos rodean mis costillas, sus piernas se abren para recibirme.

Me introduzco en ella de una sola y brusca embestida, sintiendo cómo su húmedo calor me envuelve, apretando mi miembro como un torniquete. Su rostro se contorsiona entre placer y dolor, clavando sus uñas en mi espalda mientras la penetro. La sujeto por las caderas, intentando evitar su herida, pero es imposible. Gime entre dientes.

—Lo siento —gruño, besando su cuello, dejando una marca de amor—. Lo siento tanto...

—Oh, por favor... —gimotea. Sus dedos tiran de mis costillas, sus pies se enganchan detrás de mis caderas. Me deleito en cada embestida lenta y profunda mientras mis labios reclaman los suyos de nuevo. Su pelo sigue húmedo, todavía goteando de un baño o ducha, y saboreo la sal de sus lágrimas en sus labios. Si hubiera llegado un minuto más tarde, quién sabe lo que Connelly le habría hecho.

—Te quiero, Evelyn, y no voy a permitir que ningún otro hombre te toque nunca más.

—Loch... —Sus gemidos son música para mis oídos. La rodeo con un brazo y giro hasta que ella está a horcajadas sobre mis caderas, con las manos extendidas sobre mi estómago mientras sus caderas se balancean.

Me cabalga como si su vida dependiera de ello, con los ojos fuertemente cerrados mientras desciende y luego se eleva, clavando sus uñas en mi piel. —Sí... —siseo, sintiendo el familiar tirón del orgasmo acercándose por segundos. Mis manos agarran sus caderas, guiando sus movimientos hasta que se inclina hacia delante, su pelo haciéndome cosquillas en el pecho mientras siento los calientes espasmos de su núcleo a mi alrededor, preparándose para liberarse.

Guío sus caderas en una danza lánguida mientras nuestros cuerpos encuentran un ritmo. Sus pechos rebotan, su boca abierta de placer. Cuando su mirada encuentra la mía, sé que está ahí, justo al borde. —Yo... yo... —Sus manos se apoyan en mi pecho húmedo, sus pulmones jadeando por el esfuerzo.

—Córrete para mí —gruño en su oído, mi pulgar encontrando su clítoris, frotándolo mientras ella grita mi nombre en un gemido ahogado. Continúa cabalgándome mientras empujo hacia arriba dentro de ella, y su sexo pulsa alrededor de mi miembro. Observo cómo su cuerpo se contorsiona y se retuerce. Se estremece y sacude y se pierde en el momento, y yo ralentizo mis embestidas para controlar mi propia liberación.

Cuando se calma, giro de nuevo, poniéndola otra vez boca arriba. Me ciervo sobre ella, entrando y saliendo lentamente mientras sus ojos se abren parpadeando y sonrío suavemente a través de lágrimas continuas.

—Ninguno —digo, puntuando cada palabra con una embestida—, ningún hombre volverá a tocarte así jamás.

Las lágrimas siguen derramándose por sus mejillas, pero están más tranquilas ahora, más calmadas que antes. —Lo mataré —prometo, todavía follándola suavemente, creando fricción entre

ambos. Sus paredes me agarran más fuerte en respuesta—. Lo siento.

—No es culpa tuya —dice, su pecho subiendo y bajando con cada palabra. Vuelve a apretarme, y no puedo evitar gruñir contra su cuello—. Te quiero —susurra, clavando sus uñas en mis hombros.

—Yo también te quiero —digo, sintiéndolo más que nada en el mundo—. Te quiero tanto, joder. —Sus uñas se clavan en mi piel mientras mis embestidas ganan velocidad de nuevo. Agarro sus caderas y la penetro con fuerza, decidido a borrar cada duro recuerdo del tacto de Connelly con el mío propio.

—Oh, Dios... Más rápido... —gimotea, y sus caderas se elevan para encontrarse con mis embestidas. Su cuerpo comienza a moverse de nuevo, ondulando contra el mío mientras me esfuerzo por empujar más profundo. Su respiración es errática, sus dedos arañan mis costados, y sus labios siembran besos en mi pecho, mordisqueando y chupando mi piel.

Mi miembro palpita, mis testículos se contraen contra mi cuerpo mientras siento que su núcleo se tensa de nuevo. El orgasmo la corona como un amanecer, iluminando su rostro y despertando su cuerpo. Se estremece y sacude de nuevo, y yo aguanto hasta que no puedo más. Espasmos calientes y violentos sacuden mi cuerpo y un puro éxtasis incandescente recorre mis venas mientras me derramo dentro de ella, nuestra humedad mezclándose mientras ambos caemos al abismo.

Me derrumbo sobre ella, sin aliento y agotado, besando su frente. Sus brazos me rodean con fuerza, apretándome como si su vida dependiera de ello, acurrucándose contra mi clavícula. El aroma de su champú mezclado con nuestra excitación combinada es embriagador, un fuerte recordatorio de que es mía y solo mía.

Su cabeza descansa bajo mi barbilla. Puedo sentir cada respiración cuando sube y baja contra mi pecho. Ambos estamos empapados de sudor, nuestros pulmones todavía procesando el peso de todo lo que vino antes. La habitación está en silencio. Ese tipo de silencio que se siente merecido.

Su pierna está enredada con la mía. Una de sus manos descansa sobre mi corazón, sin moverse. La mía rodea su espalda, los dedos

extendidos sobre la curva de su columna. Su piel está cálida. No ha hablado. Yo tampoco.

Hay sangre bajo mis uñas. Debería importarme. No me importa.

Me muevo lo justo para atraerla más cerca. Ella no se resiste. Su cuerpo se presiona contra el mío como si fuera donde debe estar. Sin vacilación. Sin disculpas.

Permanece en silencio durante mucho tiempo, pero puedo sentir cómo cambia su respiración, cómo su cuerpo se tensa ligeramente antes de hablar.

—Lo sé desde hace semanas —dice—. Al principio no quería creerlo. Seguía pensando que quizás solo se me había retrasado, que quizás era el estrés. Pero lo sabía. Y estaba aterrada.

Su voz suena desgarrada, pero no se está derrumbando. Ya no se esconde. —No porque no lo quisiera. Lo quería. Lo quiero. Sino porque no sabía qué sentirías tú. Si te sentirías atrapado. Si pensarías que lo hice a propósito. Si te marcharías.

Me quedo quieto, dejándola hablar.

—Me ponía frente al espejo e intentaba imaginar tu cara cuando te lo dijera. A veces te quedabas callado. A veces enfadado. A veces, simplemente te marchabas. Y cada vez que lo imaginaba, pensaba: quizás es mejor si me lo guardo para mí.

Se mueve ligeramente, su mano rozando mi estómago como si necesitara algo a lo que aferrarse.

No retira la mano de inmediato, simplemente la mantiene ahí, como si estuviera esperando a que yo me apartara. Cuando no lo hago, finalmente vuelve a hablar.

—Todavía quieren que me case con Elvin.

Su voz es ahora más baja, pero no insegura. Es algo más amargo que el miedo.

—Han estado presionando más últimamente. Fijando fechas. Hablando como si fuera un hecho. No he dicho que sí, pero tampoco he dicho que no, y eso se siente peor.

Traga saliva y luego apoya su frente en mi clavícula.

—Odio la forma en que me miran. Como si fuera algo que gestionar. Una pieza de la familia con la que no saben qué hacer, así que simplemente me empujan hacia la siguiente casilla aceptable.

Deslizo mi mano por su columna, lenta y deliberadamente. No se encoge. Se inclina hacia mí.

—Sigo pensando que si dejas que ocurra, todo será más fácil. Sin escándalos, sin explicaciones, sin nadie preguntando por qué te elegí a ti.

Siento el peso en esa última palabra, cuánto lo siente. Lo asustada que sigue estando por lo que le costará elegirme.

—No me importa si es más fácil —digo—. Me importa si es lo que tú quieres.

Levanta la cabeza y me mira, con los ojos brillantes. —Casarme con Elvin no es lo que quiero. Te quiero a ti. Quiero esto.

Sus ojos recorren mi pecho hasta mirar mi rostro, y hago una pausa. Paso mi pulgar por su mejilla, lento, constante, sintiendo cómo su respiración se entrecorta bajo mi mano. Ahora me observa, completamente concentrada, como si estuviera esperando algo más profundo.

—Necesito que entiendas algo antes de que esto vaya más lejos —digo—. No soy el hombre que tu padre quería para ti. No soy limpio. No juego con reglas que protejan a nadie fuera de este círculo.

Su expresión no cambia. Continúa.

—He enterrado a hombres. He sepultado secretos y cubierto sangre. He mentido, robado, amenazado y cosas peores... por mi familia, por las personas que importan. Esa es la vida en la que me criaron. Es la vida que aún elijo. Y si estás conmigo, significa que tú también estás en ese mundo.

Permanece en silencio, pero no hay miedo en sus ojos. Sin vacilación. Solo el peso constante de su amor presionando contra cada verdad fea que expongo.

—Sé quién eres, Lochlan.

—No creo que lo sepas —digo—. No todo.

—Sí lo sé —dice—. Lo sabía antes de que cruzaras mi puerta esta noche. Lo sabía la noche que te permití tocarme por primera vez. Sabía qué tipo de hombre estaba eligiendo. Y te elegí igualmente.

Respiro profundamente. Dejo que se asiente.

—Todo lo que me importa ahora —dice, con voz baja—, es que mi padre esté a salvo. Y que este bebé esté a salvo. Que yo lo esté.

Cierro los ojos por medio segundo, luego la miro de nuevo. No hay parte de ella que quiera más que esto: la honestidad, el acero bajo la suavidad, la forma en que me confía su miedo.

—Nadie te tocará —digo—. Nunca más. No mientras yo respire.

Ella asiente, pero veo el último atisbo de incertidumbre todavía parpadeando detrás de sus ojos. Me inclino, sostengo su rostro con ambas manos y lo repito.

—Eres mía. Y mataré por ti si es necesario.

Sus ojos no vacilan. —Lo sé.

Paso mi mano por su brazo una vez más antes de moverme. Las sábanas se deslizan cuando me siento. Ella no intenta retenerme, pero sus ojos no se apartan de mí en ningún momento. Encuentro mi camisa al pie de la cama y me la pongo. La adrenalina regresa, lenta al principio, pero creciente. Mis manos están firmes ahora, mi mente clara. Todo lo demás puede esperar. Los Doyle no.

Evie me observa vestirme sin preguntar adónde voy. Ya lo sabe. Me siento al borde de la cama y alcanzo mis botas. —Necesito que te quedes aquí. —Ella no discute, pero tampoco aparta la mirada—. No se detendrán —digo—. No después de esta noche. No después de que puse mis manos sobre uno de los suyos. Alguien va a pagar por lo que te hizo.

Se envuelve más en la manta sobre su pecho, no porque tenga frío. —¿Vas a matarlo?

Miro por encima de mi hombro, encuentro sus ojos. —Sí.

No responde, pero veo la frialdad en su mirada, la forma en que aprueba silenciosamente, aunque nunca lo dirá. Luego, termino de atarme las botas, me levanto y vuelvo hacia ella. Me inclino, beso su frente y me quedo ahí, respirándola por un último segundo.

—Quédate quieta. No salgas. No recibas llamadas. No abras la maldita puerta a menos que sea yo o alguien que yo envíe. Prométemelo.

Ella asiente. —Te lo prometo.

La beso de nuevo, con más fuerza esta vez, y luego me dirijo hacia la puerta. Y cuando me voy, me voy con una sola cosa en la

sangre. Guerra.

EVIE

Tumbarme en la cama viendo a Lochlan marcharse me produce un dolor físico en el pecho. Sé lo que va a hacer y no sé cómo justificar ese tipo de violencia. Pero también sé que nunca voy a cambiarlo. Por eso me lo explicó todo, que es un criminal y un hombre violento, y que eso nunca cambiará. Por eso me dio la opción de alejarme ahora, pero no puedo. No quiero.

Mi padre es igual que Lochlan, probablemente metido en delitos más graves de los que conozco y seguramente sin sentir la más mínima vergüenza por ello. Ahora todo tiene sentido: la forma en que me mantuvo alejada de sus negocios durante tanto tiempo, cómo me protege e intenta controlar mis acciones. Ha estado ocultándome cosas para mantenerme a salvo. Es honorable, pero ingenuo. Su vida entera está envuelta en pecado y, como Lochlan y los pecados de su pasado, le está alcanzando.

Me levanto de la cama y me esfuerzo por llegar a la cómoda para sacar algo de ropa. Si Lochlan puede ir a cazar a los hombres que quieren hacer daño a mi padre y asesinarlos a sangre fría para proteger a mi familia, entonces tengo que madurar y dejar de posponer la difícil conversación que debo tener con mi madre. No sé si ella conoce la implicación criminal de papá, pero no me gustan los secretos, y no voy a dejar que ande a oscuras sobre esto o cualquier otra cosa. Tengo que contárselo todo.

Después de ponerme unos pantalones de yoga y una camiseta, me recojo el pelo en un moño y meto los pies en mis zapatillas. Loch me pidió que me quedara aquí a menos que enviara a alguien a buscarme, pero no puedo mantener esa promesa ahora mismo. Además, no voy a salir, solo a hablar con mamá en la casa principal, donde probablemente esté cocinando o leyendo.

Atravieso el jardín, ensayando cuidadosamente lo que le diré. No sé cómo mi padre se enredó con el clan O'Rourke, pero sé que está metido hasta el cuello. Probablemente sea la razón por la que quiere casarme. Sé que cosas así suceden todo el tiempo en familias como la de Lochlan. Simplemente no voy a permitir que me pase a mí, ya no.

Mamá está sentada en el patio trasero en una silla cuando me acerco. Hay un montón de pañuelos sobre la mesa frente a ella. Su teléfono tiembla en su mano. Tiene rastros de rímel por las mejillas y sus ojos están rojos e hinchados.

—Mamá, ¿estás bien? —Mi primer pensamiento es que algo ha ocurrido, que las amenazas de Darren Connelly se han cumplido y papá ha desaparecido. Me apresuro a su lado, acercando una silla. Las pesadas patas metálicas arañan las baldosas de piedra haciendo un fuerte chirrido, y me hundo en el asiento mientras rodeo su mano con la mía.

—Estoy bien, cariño —dice, sonriendo y quitándole importancia con la otra mano. Sin embargo, las evidencias no mienten. No está bien. Está hecha un desastre.

—Mamá, ¿qué está pasando? ¿Por qué lloras? —Soy yo quien debería estar llorando, emocionada por demasiadas hormonas y sabiendo que el hombre que amo está ahí fuera, poniéndose en peligro para salvar a mi familia. Debería estar histérica, pero extrañamente estoy tranquila.

Ella suspira, apretando los labios hasta formar una fina línea, y sé que algo va mal. Juguetea con la esquina de un pañuelo mientras retira la mano de mi agarre. Me siento confundida y ligeramente nerviosa por lo que va a salir de su boca a continuación.

—Tu padre...

Contengo la respiración, libero la tensión de mis hombros y me preparo para sus siguientes palabras, pero no llegan. —Mamá, ¿papá está en problemas? —Solo puedo pensar en la amenaza que hizo Connelly sobre delatar a papá—. ¿Está aquí?

—Tu padre está fuera con Lochlan y Jasper —Los ojos de mamá se elevan para encontrarse con mi mirada, y sé que ella lo sabe. Actúa como si no supiera cómo decírmelo, pero cuando le tomo la mano, su cabeza cae.

—Mamá, lo sé... —murmuro en voz baja—. Papá no es quien pensábamos.

Su cabeza se levanta de golpe, los ojos abiertos por la sorpresa. —¿Qué sabes? —Entorna los ojos mientras frunce el ceño. Agarra mis manos con las suyas, dejando el teléfono a un lado.

—Vi los registros bancarios y lo sé. Mamá, está blanqueando dinero para los O'Rourke, sobornando a las autoridades. No sé qué más, y no estoy segura de querer saberlo, pero han ido a por él durante un tiempo. Lochlan acaba de estar aquí... Él... —Mi labio tiembla mientras intento encontrar las palabras.

—Estarán bien —dice con rigidez, con un tono de falsa felicidad, como si intentara convencerse a sí misma de que es verdad.

—Van a matarlo —susurro, negando con la cabeza. Connelly acaba de recibir la paliza de su vida. No sé cómo logró escapar, pero lo hizo, y ahora Lochlan y mi padre lo están cazando, probablemente a su jefe también.

Mamá asiente y se le llenan los ojos de lágrimas. —Me asusta tanto cuando hace esto.

—¿Entonces lo sabías? —Me sorprende que supiera del lado oscuro de mi padre y se quedara, o quizás siempre ha sido así. Tal vez ella, como yo, ama al hombre y odia su pecado.

—Oh, Evelyn —suspira, reclinándose en su asiento. Usa un pañuelo para secarse los ojos, y me relajo un poco mientras continúa—. Siempre lo he sabido. Intentamos ocultárselo a vosotros, los niños, durante tanto tiempo. Jasper lo descubrió hace años. Deseaba desesperadamente que la vida de tu padre siguiera siendo un secreto, pero nunca hubo posibilidad de ocultároslo para siempre.

—Es por eso que quería que te casaras con Elvin. Los Murphy son una buena familia, totalmente ajenos a esta vida. Y Howard y Melanie son tan buenos amigos. Ellos conocen las deudas que tenía tu padre, cómo se vio arrastrado a esta situación. Ellos, como nosotros, querían una vida mejor para ti y para Jasper... se ofrecieron a adoptarlos. Pero yo no lo permitiría.

—¿Así que organizasteis mi matrimonio con Elvin? —Todo tiene sentido ahora y entiendo lo que ha estado pasando. Pensaron que podrían ocultármelo para siempre, y estuvieron tan cerca de conseguirlo. Si no fuera por Darren Connelly... si no fuera por Lochlan—. Mamá, tengo que decirte algo.

Me mira con tanto dolor en sus ojos, y me froto la cara para serenarme. —¿Qué ocurre?

—Mamá, Lochlan y yo... Nos hemos estado viendo. Nosotros, eh... tuvimos relaciones, y... —Mi pecho está tan oprimido que creo que podría partirse en dos—. Estoy embarazada.

Sus ojos no parpadean. Nada en ella cambia o se altera ni siquiera ligeramente. Absorbe la noticia sin ninguna reacción. Creo que voy a vomitar sobre ella.

—Di algo. —La idea de que hayan pasado toda mi vida intentando mantenerme alejada del mundo oscuro y criminal de papá no es sorprendente. Lo irónico es cómo entré en él por mi cuenta.

—¿Le quieres? —Su voz suena hueca, pero puedo oír la decepción, no por mis decisiones o el hecho de que pronto será abuela, sino por el hecho de que estoy más cerca del peligro de lo que nunca he estado y lo elegí por mí misma.

—Sí, más que a nada. —Presionando una mano contra mi vientre, le digo valientemente—: No me voy a casar con Elvin, mamá. Lochlan y yo vamos a criar a este bebé juntos. Quiero estar con él. —Las lágrimas se forman en mis ojos mientras mantengo mi postura, observándola sentarse hacia adelante. Me alcanza la mano y la aprieta.

—Bueno, los hombres que amamos están ahí fuera defendiendo a nuestra familia, Evelyn. No puedo hablar por tu padre ni dar su bendición, pero puedo decirte que no puedes elegir a quién ama tu

corazón. Recemos para que esos hombres que amamos vuelvan a casa, y cuando lo hagan, hablaremos de ello. —La preocupación vuelve a asomar alrededor de sus ojos, arrugándolos, formando líneas, y entrelazo mis dedos con los suyos y dejo caer algunas lágrimas.

Tiene razón en una cosa. Necesitamos rezar.

Si la tormenta en la que se están metiendo desata tornados, ambas podríamos dormir solas esta noche. Y ahora temo que eso pueda ocurrir realmente.

LOCHLAN

A parcamos a cuatro manzanas, bien alejados de las luces de seguridad. El muelle está concurrido esta noche, con camiones de carga al ralentí y carretillas elevadoras traqueteando sobre el hormigón húmedo. Los hombres gritan órdenes contra el viento, sus voces enredadas en el zumbido constante de la maquinaria. Jasper sale primero, encendiendo un cigarrillo mientras se apoya en la puerta del coche. Draco se une a él en silencio, explorando con la mirada lo que tienen delante. Ninguno habla al principio, ambos tomando la medida de la escena.

Rodeo el coche y observo con ellos. Al otro lado del patio, los hombres de Doyle se agrupan cerca de un contenedor que aún no ha sido descargado, sus risas audibles incluso desde aquí. Jasper inclina la cabeza hacia ellos.

—Connelly está justo ahí. Chaqueta azul, hablando con el gordo cabrón junto a la carretilla elevadora.

Draco asiente lentamente, comprobando su arma una última vez.
—¿Cormac?

—Dentro de la oficina principal, probablemente. No le gusta ensuciarse los zapatos —dice Jasper con sequedad.

Los ojos de Draco se deslizan hacia mí. —¿Estás listo?

Flexiono los nudillos, sintiendo la sangre seca agrietarse en las articulaciones. —Más que listo.

Nos separamos silenciosamente, Jasper desviándose hacia la izquierda, mientras Draco y yo nos acercamos de frente. El sonido de nuestros pasos se pierde en el caos, engullido por el gemido de los motores y el estruendo metálico. Uno de los tipos de Doyle nos ve tarde, con la botella de cerveza a medio camino de su boca. Se queda paralizado, luego deja caer la botella, buscando torpemente una pistola mal colocada en la cintura de su pantalón.

Draco no espera a que la saque. Su disparo resuena con fuerza en el patio, preciso, controlado. El hombre cae hacia atrás, con la sangre difuminándose en el aire tras él. El pánico estalla instantáneamente: hombres gritando, agarrando armas, agachándose detrás de las cajas. Jasper abre fuego desde un lado, abatiendo con calma a los más lentos en cubrirse.

Avanzo entre los disparos, con los ojos fijos en Connelly. Él me ve acercarme, el miedo tensando su rostro. Levanta su pistola y dispara tres veces al azar, sin acercarse siquiera a darme. No me estremezco ni disminuyo la velocidad, cerrando rápidamente la distancia entre nosotros. Cuando lo alcanzo, golpeo su mandíbula con el puño con fuerza suficiente para hacerlo girar lateralmente. Se tambalea, dejando caer su arma, sosteniéndose torpemente contra la pared del contenedor.

—¿De verdad pensaste que te saldrías con la tuya después de tocarla? —Mi voz es áspera, mi respiración controlada. La rabia es fría y clara ahora, llenando cada vena, expulsando todo lo demás.

Se incorpora apoyándose en el contenedor, con sangre deslizándose ya por su barbilla. —Vete a la mierda...

Lo golpeo de nuevo, esta vez más abajo, hundiendo mis nudillos en su estómago hasta que se dobla, tosiendo. Lo agarro por el pelo y tiro de su cabeza hacia arriba para que pueda mirarme a los ojos.

—Pídele perdón —gruño—. Aquí mismo, ahora mismo.

Escupe sangre a mis pies. —Vete al infierno.

Mi siguiente golpe rompe algo en su cara, el hueso desplazándose visiblemente bajo la piel. Connelly grita, un sonido agudo y desesperado. Lo arrastro al suelo, inmovilizándolo con una rodilla sobre su pecho. Se retuerce débilmente, agarrando mis muñecas, sus uñas arañando inútilmente mi piel. Lo golpeo otra vez,

y otra, cada golpe cayendo con más fuerza, mis puños resbaladizos con su sangre, sus súplicas ahogándose en silencio bajo la violencia.

Un disparo suena bruscamente a mi izquierda, sacándome de mi visión en túnel lo suficiente para levantar la mirada. Jasper grita una advertencia, y me giro justo a tiempo para ver a Cormac Doyle saliendo a toda prisa del edificio de oficinas, con el arma desenfundada, disparando imprudentemente en dirección a Draco. Draco se agacha con elegancia, las balas golpeando el revestimiento metálico detrás de él. Jasper dispara dos veces, sin dar más que a los contenedores tras los que Doyle se esconde. Doyle maldice, disparando una última vez antes de desaparecer por el laberinto de cajas y equipos.

Miro a Connelly, ensangrentado debajo de mí, todavía respirando débilmente. Mi pecho se tensa con algo frío y afilado. —Tocaste a mi mujer —digo en voz baja, envolviendo mis manos alrededor de su garganta—. Y ahora vas a morir por ello.

Sus ojos se hinchan, inyectados en sangre y desesperados, sus dedos arañando mis manos. Aprieto mi agarre, sintiendo cómo el músculo y el hueso ceden bajo la presión, el pulso bajo mis palmas desvaneciéndose lentamente hasta desaparecer. Solo cuando sus manos finalmente caen flácidas lo suelto, enderezándome lentamente.

El patio se queda en silencio a nuestro alrededor. Draco se acerca, mirando brevemente el cuerpo de Connelly. —Doyle ha escapado —dice, con frustración en su voz.

—No importa —dice Jasper, acercándose a nosotros—. Recibirán el mensaje alto y claro.

Draco asiente brevemente, entrecerrando los ojos mientras examina los destrozos que quedan. —Dejadlo todo como está. Que Cormac vea exactamente lo que hicimos aquí esta noche.

Señala hacia los cuerpos dispersos por el hormigón mojado. Los rastros de sangre brillan bajo las luces del muelle, reflejándose en los charcos ya teñidos de rojo. Los trabajadores se han dispersado, dejando las carretillas elevadoras en marcha, abandonadas a mitad de turno. Es un desastre, deliberadamente así.

—La policía responderá rápido —dice Jasper en voz baja, comprobando su reloj—. Tenemos quizás diez minutos.

Draco enfunda su arma, mirando brevemente hacia mí. —Preparad los coches. Hemos terminado aquí.

Mientras Jasper se aleja, agarro el brazo de Draco y lo llevo aparte, fuera del alcance del oído. Sus ojos se dirigen bruscamente a los míos, cejas levantadas en una pregunta silenciosa.

Draco espera, inmóvil, sus ojos escrutando los míos como si se estuviera preparando para un golpe. Enderezo los hombros y encuentro su mirada directamente.

—Evie no estaba saliendo con Connelly —digo en voz baja—. Nunca le quiso. La tenía atrapada, Draco, con chantaje. Amenazó con exponer tus negocios, el dinero del sindicato, toda la mierda bajo cuerda. Sabía exactamente lo que destruiría a tu familia, y la obligó a ceder.

Su expresión se endurece al instante. —¿Ella era el topo? ¿Mi propia hija?

Niego con la cabeza enérgicamente. —No quería hacerlo. Lo hizo porque estaba asustada. Asustada por ti, con miedo a perder todo lo que habías construido. Connelly la arrinconó, y Evie intentó solucionarlo ella misma, intentó ganar tiempo para ti.

La mirada de Draco se vuelve gélida, con rabia latente en las profundidades de sus ojos, silenciosa pero letal. —¿Y cómo sabes todo esto, Lochlan? ¿Cómo es que habla contigo y no conmigo?

No me inmuta. —Porque hemos estado viéndonos.

Sus ojos se abren de par en par, la ira ahora aflorando abiertamente. Da medio paso hacia mí con los puños apretados. —¿Habéis estado... qué?

—No estoy orgulloso de haberte mentado —digo con firmeza, negándome a romper el contacto visual—, pero tampoco me voy a disculpar. Evie lo significa todo para mí. Si lo que dice es cierto —y le creo—, entonces está embarazada, Draco. Y ese niño es mío.

Draco parece a punto de golpearme, sus músculos tensos bajo la chaqueta, la mandíbula apretada mientras se contiene. Me mantengo firme, listo para recibir el golpe si viene, dispuesto a pagar cualquier precio por amar a Evie. El ruido de las sirenas se

hace más fuerte, más cercano, las luces cortando líneas irregulares a través del puerto. Finalmente, Draco deja escapar un lento suspiro, cargado de resignación y enfado.

—Se suponía que iba a casarse con Murphy —dice, con voz baja y amarga—. Él podría haberla mantenido fuera de esta mierda, Lochlan. Darle una vida al margen de todo lo que he hecho.

—¿Crees que Murphy podría protegerla de hombres como Connelly? —pregunto, con voz ronca—. ¿De Doyle o de cualquiera de los cabrones que la herirían para herirte a ti? Murphy es blando. No tiene lo que hace falta. Lo sabes. Ella necesita a alguien que entienda esta vida, que la mantenga a salvo, cueste lo que cueste. Yo moriría por ella, Draco. Mataría hasta al último hombre de esta ciudad por ella.

Draco permanece en silencio, con la mandíbula tensa, los ojos tormentosos mientras sopesa todo. Las sirenas están casi encima de nosotros, las luces intermitentes bañando el muelle en rojo y azul. Finalmente asiente, a regañadientes, con un movimiento corto y brusco.

—Si fuera cualquier otro, Lochlan... —Se interrumpe, con los ojos oscureciéndose—. Si tenía que ser alguien de nuestra vida, querría que fueras tú. Pero entiende esto. Ella es lo único que me queda sin ser tocado por este veneno. Júrame, aquí, ahora mismo, que nunca permitirás que le pase nada. Ni por los Doyle, ni por los putos policías, ni siquiera por ti mismo.

—Lo juro —digo sin vacilar—. Por mi vida.

—Entonces tienes mi bendición. —Se gira bruscamente hacia las luces que se aproximan—. Ahora lárgate de aquí y ve con ella. Yo me encargaré de limpiar esto.

Me dirijo hacia el coche, con la sangre enfriándose en mis nudillos, el corazón estabilizándose mientras imagino a Evie esperándome en casa: viva, a salvo. Después de perder a Maelyn, nunca creí que merecería paz de nuevo, pero Evie lo ha cambiado todo. Ella es mi salvación, lo único que me salva de la culpa que casi me devoró por completo.

EVIE

Mamá y yo esperamos durante horas. Nunca la he visto tan preocupada, aunque por lo que puedo ver, han hecho un gran trabajo ocultándome el mundo entero de papá durante toda mi vida. La convengo para que entre en casa y preparo agua caliente para el té. Me cuenta sobre otras ocasiones como esta, antes de que el hermano de Lochlan asumiera el liderazgo de su organización, cuando papá tenía un cargo mucho más bajo y corría más riesgos.

Me siento al borde de la silla mientras la observo sorber té con manos temblorosas. Todo el tiempo tengo el estómago revuelto. En dos ocasiones, me escabullo para vomitar: las náuseas matutinas combinadas con la ansiedad. Cuando oscurece, mi miedo aumenta.

Quiero volver a los días de ingenuidad e inocencia. Mi afán por descubrir la verdad me arrojó a una vida en la que no estoy segura de sentirme a salvo. Saber que mi padre y el hombre que amo están ahí fuera cazando a sus enemigos con la intención de herir físicamente o matar a cualquiera que se interponga en su camino me aterroriza. Algo podría salir mal. Se derramará sangre, y me da pánico que sea la de uno de ellos.

Inclinada sobre el inodoro por tercera vez esta noche, escucho voces, voces de hombres. Los gemidos de alivio de mamá llegan a mis oídos poco después, y me tomo un momento para beber un poco de agua, luego me limpio la cara antes de correr hacia el salón donde encuentro a papá, Jasper y un Lochlan de aspecto cansado.

Él permanece a un lado con la cabeza agachada mientras mamá abraza a Jasper con un brazo y a papá con el otro.

Entro, sintiendo cómo las lágrimas se acumulan en mis ojos. Hay sangre en los zapatos de papá, una mancha en la camisa de Jasper, pero puedo ver que no proviene de ellos. Los puños de Lochlan están ensangrentados otra vez, y tiene importantes moratones en las mejillas por la pelea que tuvo antes en mi apartamento con Darren Connelly. Todavía lleva un peso sobre sus hombros, pero parece más por fatiga que por preocupación, como si su estrés fuera menor.

Cuando sus ojos se alzan para encontrarse con los míos, también lo veo allí. Todo ha cambiado en su expresión y lenguaje corporal. Cuando se fue, estaba en una misión, y puedo ver solo por su postura encorvada que su misión ha terminado. Connelly debe estar muerto, o al menos la amenaza neutralizada. Quiero correr hacia él, rodearle con mis brazos y sollozar contra su pecho porque está a salvo y todos mis temores se han disipado.

En su lugar, me acerco de puntillas a mi padre, espero a que suelte los hombros de mamá y me apoyo en él cuando se gira hacia mí. Apesta a humo de cigarrillos y whisky, con un toque de sudor y otros olores almizclados. Lo había olido antes, pero no desde que era niña. He llegado a saber que así olía papá en un mal día: en días en los que me sentaba en su regazo y me leía un cuento, o más tarde, cuando crecí, cuando se sentaba frente a mí en la mesa y parecía demasiado ansioso por escuchar cómo me había ido el día.

—Papá —susurro mientras las piezas encajan en mi mente. El olor que estoy percibiendo es pólvora, y acabo de darme cuenta. Los tres estuvieron juntos cazando a Connelly y a los hombres que le incitaron a chantajear, quizás incluso más cosas que me da miedo preguntar.

—Pequeña Evie —ronronea, sujetando con fuerza mis mejillas. Presiona sus labios contra mi frente, apretando mi cabeza tan fuerte que duele. Pero no me aparto. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas. Agarro las solapas de su chaqueta y sollozo. Pensé que alguien iba a morir, y lo más probable es que alguien lo hiciera... pero no ellos.

Por eso le susurro un agradecimiento al universo por velar por ellos. No hace que la tensión abandone mis músculos doloridos, pero al menos significa que podré dormir esta noche.

—Me alegro tanto de que estés a salvo, papá —empujando contra su pecho, me aparto y le miro a los ojos. Hay preocupación allí, quizás también miedo, pero no enfado. No lo que esperaba ver.

—Deberías decirle eso a él ahora —dice, levantando la barbilla hacia Lochlan. Sin embargo, no me suelta, y sonrío a través de las lágrimas—. Tendremos que dejar a Murphy con suavidad, pequeña Evie. No le va a gustar, pero perteneces a Lochlan.

Cuando sus manos me sueltan, casi quiero que se queden ahí, que me mantengan cautiva en ese momento en el que yo soy su niña y él es mi papá, y nada en el mundo podrá separarnos o empañar la conexión que tenemos. Pero cuando giro la cabeza y veo a Lochlan, ahora con los hombros cuadrados y las manos juntas frente a la hebilla de su cinturón, sé que papá tiene razón. Ya no soy la hija de Draco O'Leary. Soy la mujer de Lochlan O'Rourke. Mi corazón, alma y cuerpo le pertenecen solo a él, y para siempre, así será.

Él permanece estoico mientras camino hacia él, pero las lágrimas solo aumentan a medida que la misma sensación de alivio me invade respecto a él. Podría haber muerto esta noche, ¿y qué habría hecho yo entonces? ¿Cómo habría seguido latiendo mi corazón?

—¿Ha terminado? —susurro antes incluso de alcanzarle, y él asiente una vez, abriéndome sus brazos. Es una sensación tan poderosa cuando se cierran alrededor de mis hombros, más aún cuando levanta mi barbilla y me besa con fuerza. Mis padres están aquí mirando, Jasper también, y no hay ninguna vergüenza en este momento.

—Ha terminado, cariño, y nunca más te hará daño —Lochlan pronuncia las palabras con tanta ternura, como aplicando bálsamo sobre mi corazón herido.

Ni siquiera me he parado a pensar en lo que ese monstruo me habría hecho en mi apartamento si Lochlan no hubiera derribado la puerta y lo hubiera perseguido, y no quiero hacerlo. No quiero permitir que ese momento defina este, en el que Da finalmente da

su bendición a nuestro amor y se levanta la presión de que me empujen a casarme con Elvin Murphy. Es demasiado dulce como para empañarlo.

Aferrándome a él tan fuerte que puedo sentir su corazón latiendo contra mi mejilla, pregunto: —¿Está muerto? —Tengo miedo de saber lo que pueda decir, miedo de lo que eso significa sobre él, aunque ya me haya dicho que es un asesino.

Cuando pellizca mi mandíbula y levanta mi rostro para encontrarse con su mirada, sus ojos son firmes. —Nunca me preguntes qué pasa ahí fuera—. Su tono es severo, no enfadado u hostil, sino estricto—. Y te prometo que nunca tendrás que preocuparte de si tu corazón está a salvo o si te estoy protegiendo. —Asiento sin pensar. Me pregunto si así es como lo hace mamá, si ella y Da tienen un acuerdo como este también.

—Sí —susurro, pero conozco la respuesta. La veo en sus ojos. Darren Connelly está muerto por sus manos, y mi corazón puede descansar tranquilo sabiendo que Lochlan será mi protector y escudo mientras estemos juntos.

—Creo que tenemos público —dice suavemente, rozando sus labios con los míos de nuevo, y sonrío. Su pulgar limpia algunas lágrimas, y me giro, sin soltar su mano, y me pego a su costado para enfrentarme a mis padres.

Da sigue tenso, frunciendo el ceño mientras camina hacia su sillón reclinable y se sienta. Jasper se deja caer en un extremo del sofá mientras coloca una bota en la esquina de la mesa de café. Servicial como siempre, mamá se apresura diciendo: —¡Té en un momento! —y desaparece en la cocina, y Lochlan me guía para sentarme en el otro extremo del sofá, junto a él, para que nuestros cuerpos sigan pegados.

—Evelyn, tenemos una boda que planear. —Los ojos de Da se encuentran con los míos solo brevemente, y aparta la mirada mientras se quita la corbata y se desprende de su chaqueta—. Supongo que te mudarás ahora... ya no necesitarás un trabajo.

—¿Qué? —Me giro para mirar a Lochlan a los ojos, frunciendo el ceño, y luego miro a Da de nuevo—. ¿Qué quieres decir con que no necesitaré un trabajo? Estoy sacándome un título en empresariales,

solo me quedan unas pocas clases. No voy a quedarme en casa de alguien horneando y tejiendo. Quiero tener una carrera y...

Lochlan agarra mi rodilla con fuerza y suspira. —Está bien, Evie.

Mi corazón late suavemente mientras los ojos de Jasper se alzan para mirarme. Se encoge de hombros y se dirige a Da. —Tienes que admitir que ha sido la mejor que hemos tenido nunca en esa posición, Da.

Da se frota la cara con ambas manos, que ahora veo que también tienen sangre. No parece feliz con la situación, pero sé que se adaptará eventualmente.

—Simplemente no es seguro. —Su infeliz protesta solo hace que Lochlan apriete más su brazo alrededor de mis hombros.

—Evelyn no es una niña, Draco... —La forma en que me defiende calienta mi alma. Me relajo contra él y apoyo mi cabeza en su hombro—. Contrataremos seguridad. La oficina la necesita de todos modos. —No le está dando una opción a Da, y eso me dice mucho sobre quién juega un papel más importante en este juego en el que están involucrados.

A Da no parece gustarle mucho, pero gruñe su reconocimiento. Luego se levanta, dándose palmadas en las rodillas. —Voy a lavarme antes del té. —Lo observo mientras gira sus manos y mira sus nudillos ensangrentados. Luego se marcha, y Jasper también se pone de pie.

—Estoy agotado. Voy a descansar. —Jasper ni siquiera dice buenas noches o se despide. La noche encorva su figura mientras sale de la habitación, y estoy a solas con Lochlan por primera vez desde esta tarde.

Girándome para verlo mejor, extiendo mi mano en su pecho pensativamente. Hay tantas preguntas que quiero hacerle sobre lo que pasó, dónde estaban, cómo ocurrió todo, pero no puedo. Me pidió que no dijera una palabra al respecto, así que tengo que respetar eso. En lugar de eso, pregunto: —¿Qué quería decir Da con "tenemos una boda que planear"? —le pregunto con cautela. Lo precedió con un comentario sobre decepcionar a Elvin suavemente, así que sé que no se refiere al acuerdo.

—Voy a casarme contigo, y se lo dije claramente. —Su brazo me acerca más. Ni siquiera me molesta un poco la sangre en sus manos. Trazo el moretón morado oscuro en su pómulos y frunzo el ceño.

—¿Simplemente lo anuncias así? —Mis palabras quedan suspendidas entre nosotros como un desafío silencioso a su autoridad, y él se burla al principio, luego se ríe. Luego su risa se convierte en una carcajada que sacude su cuerpo.

—¿De todas las cosas por las que podrías enfrentarte a mí, eliges esta? ¿La colina en la que morirás? —Los labios de Lochlan todavía se curvan en una media sonrisa mientras me atrae con más fuerza contra él, con la mano ahuecando mi trasero.

—Me dijiste que diera lo mejor de mí, ¿y por qué iba a dejar que me conquistaras tan fácilmente? —No puedo evitar sonreírle mientras su mano se desliza por mi espalda hasta mi cabeza. Me atrae hacia abajo hasta que mi frente descansa contra la suya, y luego cierra los ojos.

—Soy un hombre muy jodido, Evelyn. —Su voz es ahora tranquila—. Cosas más allá de mi control me afectaron y me cambiaron de maneras que no sé cómo manejar. Ten paciencia conmigo, y lo resolveré. —Sus ojos se abren de nuevo y miran a los míos—. Pero te doy mi palabra de que te amaré hasta el día en que muera, y nunca estarás más segura en ningún otro lugar que en mis brazos.

Nuestros labios se tocan suavemente, luego ansiosamente, y me dejo llevar por el momento. Pasó de ser mi enamoramiento a alguien a quien temía, a la fuerza motriz de mi vida. Y pronto, se convertirá en mi marido. Nunca pensé que las cosas serían así, pero si tuviera que volver atrás y hacerlo todo de nuevo, no cambiaría nada.

EPÍLOGO

LOCHLAN

Los labios de Evie están cálidos. Es lo único que registro durante un segundo. No la gente que nos observa, no el sacerdote detrás de nosotros, no el peso de mil ojos esperando para aplaudir o llorar o asentir con aprobación. Solo ella, besándome como si lo sintiera de verdad, como si ya supiera que nunca me alejaré de esto.

Cuando se aparta, sus ojos están fijos en los míos. Sin vacilación. Sin nervios. Su mano sigue en la mía, sus dedos firmes, seguros, como si me estuviera anclando allí. No necesito anclaje, pero aun así ayuda.

El sacerdote dice algo final en irlandés. Oigo mi nombre. El suyo. Entonces está hecho.

Nos giramos. Los bancos están llenos: familia, soldados, asesinos con traje y algunos hombres que no encajan en ninguna categoría pero conocen bien un rifle. Veo a Ronan cerca del frente, con la mandíbula tensa, las manos detrás de la espalda como si estuviera vigilando. Me mira a los ojos durante un segundo, hace el más leve asentimiento. Nada suave. Solo un acuerdo silencioso.

Fuera, el viento muerde. Principios de primavera, húmedo y cortante. El cielo está completamente gris y con nubes bajas, pero sin lluvia, al menos no todavía. La capilla se alza en lo alto de la colina, muros de piedra cubiertos de hiedra y musgo como si hubiera estado esperando este día más tiempo del que llevamos vivos. Las

campanas sobre nosotros emiten un último tañido lento mientras salimos al aire libre.

El patio está preparado para la recepción, mesas bajo una carpa, decoradas con luces que importarán más cuando caiga el sol. Sillas viejas de madera. Mantel blancos con la vajilla ya colocada. Flores por todas partes, mayormente silvestres, con rosas aquí y allá. Sin duda, el toque de Evie. Huele a que viene lluvia y a que alguien ha encendido una hoguera de turba cerca.

Los siento antes de verlos: mis hermanos del campo de batalla. Hombres de los que no he sabido en meses, algunos en años. No llegan ruidosamente, pero son inconfundibles. La forma en que se mueven. La forma en que miran a la multitud, nunca relajados, incluso en una boda. Siempre escaneando, siempre localizando salidas.

Dean es el primero. El pelo un poco más largo, la misma cicatriz bajo el ojo. Nos estrechamos los antebrazos en vez de abrazarnos. Es lo que hacemos. Mason le sigue, luego Elias. Algunos otros que no he visto desde que el último convoy salió bajo fuego.

—Vaya, vaya —dice Dean, sonriendo con suficiencia—. No pensé que lo tuvieras en ti.

—Yo tampoco —admito—. Pero ella dijo que sí, y aquí estamos.

Mira a Evie, que se está riendo de algo que acaba de decir Jasper. El viento atrapa su velo y ella se lo aparta con una mano. Está resplandeciente, diría la gente. Pero no es algo romántico. Es poder. Ahora sabe quién es.

—Ella es tu oportunidad de hacerlo bien —dice Mason en voz baja. No es del tipo que habla mucho, pero cuando lo hace, impacta.

—Lo sé.

Dean baja la voz.

—¿Piensas alguna vez en Maelyn?

—Todos los días.

—Ella te diría que no lo echas a perder.

—No lo haré.

Nos quedamos ahí un momento, sin decir más. No hay nada más que decir. Estos hombres me vieron en mi peor momento. Enterrando amigos. Arrastrando cuerpos. Drogándome solo para

poder dormir. Saben lo que me ha costado llegar hasta aquí, y lo respetan de la manera en que solo tipos como nosotros pueden hacerlo. No con palabras. Solo con presencia.

—Te ves bien —dice Elias—. Pareces alguien que ya no está tratando de morir.

Miro a Evie otra vez. Tiene una mano en su vientre ahora, casi siete meses de embarazo, todavía bailando con esos tacones como si el mundo le debiera alegría. Y tal vez se la deba.

—Sí —digo—. Porque ya no lo estoy.

Dean me estudia durante un segundo, luego asiente una vez. Nada más que eso. Mason termina lo que queda en su vaso y lo deja en el borde de una jardinera como si no perteneciera a nadie. Elias se ajusta la chaqueta y no dice nada. No me felicitan. Están aquí para ver con sus propios ojos que logré salir al otro lado.

—Dale las gracias —dice Dean—. Por arrastrar tu penoso trasero de vuelta.

—Ella ya lo sabe —me río.

—Aun así. Tuviste suerte. —Los hombros de Dean se relajan mientras desliza las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Sí. La tuve. —Un momento pasa en silencio otra vez. Momentos como este son típicos con estos hombres. No hay necesidad de llenar el aire con charla cuando has sobrevivido a una zona de guerra juntos y vivido para contarlo. Entonces el tono cambia y sé que han obtenido la paz que vinieron a buscar. Un suspiro colectivo se libera, y mis hombros se relajan.

Mason señala con la barbilla hacia las mesas.

—Ve a bailar con tu esposa, tío.

Lo dice como una orden, un último empujón. Han terminado aquí. Consiguieron lo que vinieron a buscar.

Asiento una vez, y se dispersan, volviendo con sus esposas y familias. Mis ojos escanean la sala para encontrar lo que estoy buscando y se posan en la visión más hermosa del mundo.

Evie está hablando con Jasper cerca del borde de la carpa. Él tiene una pinta en una mano y la otra perezosamente enganchada al respaldo de su silla como si estuviera en medio de contar alguna historia que está inventando a medias. Ella se ríe de él de una

manera que hace resaltar su belleza natural, con la mano todavía descansando sobre su vientre hinchado: nuestro hijo. Su rostro está iluminado con una emoción que siempre quiero ver expresada allí. Está preciosa.

Me ve acercarme y se levanta expectante, y muevo los dedos hacia ella, llamándola a la pista de baile. Desenreda su vestido y me encuentra a mitad de camino, y la acompaño el resto del trayecto.

—Tus viejos amigos parecen estar a medio segundo de organizar una incursión —dice.

—Probablemente lo estén. —Mi sonrisa rígida mientras saludo a uno de nuestros invitados al pasar se siente genuina. Estoy saliendo de la bruma de shock furioso de la resaca posguerra. Evie está haciendo esto por mí. De alguna manera me está sanando. Amarla es exactamente lo que necesitaba hacer para sobrevivir a esto.

—¿Estás bien? —pregunta suavemente. Oigo la preocupación en su tono.

Tomo su mano. —Mejor —Y es verdad. Estar con ella, estar cerca de ella me hace mejor. Soy una mejor persona, un mejor hombre cuando estoy a su lado, y casarme con ella fue la decisión más inteligente que he tomado en mi vida.

La música cambia a algo más antiguo. Un pequeño rasguño en la grabación, como si se reprodujera de un disco que alguien encontró en el ático de su tío. El tipo de canción que no necesita letra para expresar lo que significa.

La guío hacia fuera, con pasos lentos sobre la piedra irregular. Su mano encuentra mi hombro como si lo hubiera hecho cientos de veces mientras gira hacia mi abrazo. Mi brazo rodea su cintura. Ella exhala una vez suavemente.

—¿Estás nervioso? —pregunta, sus ojos escudriñando mi expresión con intención de comprenderme.

—No. Solo no quiero estropear esto. —Ese miedo aún persiste, el de hacer algo que pueda poner en riesgo su vida o perderla. No estoy seguro de que desaparezca nunca. No estoy seguro de querer que lo haga. Me mantiene alerta.

Ella apoya su cabeza contra mí. —Entonces no lo hagas. —Casi puedo ver su suave sonrisa, y vuelvo a reírme. Me encanta que su

actitud sea siempre práctica. Terminó su carrera y volvió al trabajo como si nada hubiera pasado, e incluso ahora en su último trimestre, sigue adelante, sin dudarlo.

Nos balanceamos de un lado a otro, solo con el ritmo entre nosotros. El espacio se cierra hasta que no queda ninguno.

La gente mira, pero no molestan. Es como si todo se desvaneciera: sillas, mesas, ruido, incluso el suave parpadeo de las velas contra las paredes blancas de la carpa.

Cuando acepté ese trabajo para Draco bajo las órdenes de mi hermano, temía que fuera el fin de mí como hombre. Era un castigo que debía soportar por perder mi lugar en este mundo y, en mi mente, se convirtió en una mancha negra en mi reputación.

Pero ahora lo veo como lo mejor que me ha pasado. Evelyn es la magia que necesitaba para encontrarme a mí mismo entre el caos y el ruido que atormentaban mi mente. Sin ella, estaría perdido en un mar de culpa y arrepentimiento que me devoraría vivo. Con ella, vuelvo a ser humano. Ella me salvó, y yo la salvé a ella. Pero nunca estaremos en paz.

Pasaré el resto de mi vida haciendo todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que tenga todo lo que siempre ha soñado y para garantizar que su corazón esté lleno y su mente en paz.